HAN VENIDO A DESTRUIRNOS... DESDE DENTRO

INVASORES

LIBRO 2



NICK CLAUSEN

Copyright © 2025 por Nick Clausen

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse en ninguna forma sin el permiso escrito del editor o del autor, salvo lo permitido por la ley de derechos de autor de los Estados Unidos.

CONTENIDO

LIBRO GRATIS

1. ELISABETH

2. TIM

3. VERONICA

4. FELIX

5. MOLLY

6. FELIX

7. MOLLY

8. TIM

9. MOLLY

10. VERONICA

11. MOLLY

12. VERONICA

13. VERONICA
14. MOLLY
15. FRANK
16. VERONICA
17. MOLLY
18. VERONICA
19. MOLLY
20. VERONICA
21. MOLLY
22. VERONICA
23. TIM
24. VERONICA
25. VERONICA
26. TIM
27. VERONICA
28. VERONICA
29. TIM
30. VERONICA
31. VERONICA
32. HELENA
33. VERONICA

34. HELENA

35. VERONICA

36. HELENA

37. VERONICA

38. HELENA

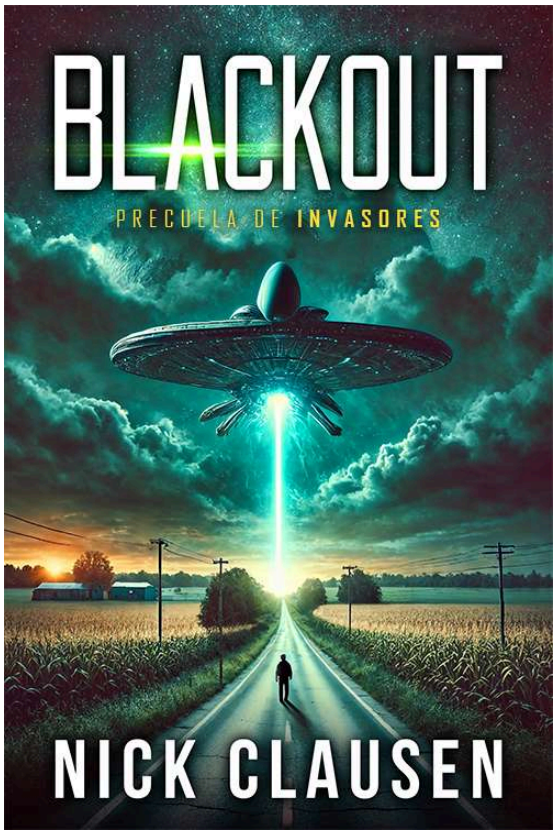
39. VERONICA

40. HELENA

41. TIM

42. HELENA

LIBRO GRATIS



Obtén la precuela gratuita, *Blackout*, y descubre cómo empezó todo.

Solo disponible en **nick-clausen.com/graits**

1

ELISABETH

—¿FELICIA, CARIÑO?

La joven se da la vuelta al oír la voz de Elisabeth. Lleva un montón de sábanas blancas.

—¿Son las sábanas de la cama de Alan?

—Sí. Pensé que las cambiaría.

—Gracias, pero… estás ensuciando el suelo.

Elisabeth señala las baldosas. Hay un rastro de polvo gris.

—Oh. Lo siento mucho. Pasaré la aspiradora.

—Asegúrate de hacerlo —le dice Elisabeth, y luego se gira y...

Oye un ruido y se incorpora bruscamente en la silla. Mira a su alrededor y se encuentra en el pasillo del centro de detención. Los agentes también están sentados, más cerca de la puerta. Uno mira su teléfono, el otro juguetea con el arma. Ninguno parece haber notado que Elisabeth se ha quedado dormida.

Había vuelto atrás en el tiempo. Su mente había reproducido la última vez que vio a Felicia. Desearía haber sido un poco más

amable con ella.

Discretamente, se arregla el pelo y se sienta más erguida. Un dolor de cabeza insoportable empieza a latirle en la parte posterior del cráneo. Falta de sueño, demasiada preocupación. En su regazo está Prince. El perro se mueve y la mira.

—Está bien, cielo —murmura, aclarándose la garganta—. Vuelve a dormir.

El perro mira hacia la puerta, como si anhelara ver a Alan.

Elisabeth también desea verlo. Sabe que, lógicamente, no sucederá. Lundbeck le explicó que aquello no era una enfermedad corriente y que era extremadamente improbable que apareciera una cura.

Y, aun así, no puede evitar mantener la esperanza.

Alan es su vida, su roca. Antes de conocerse, Lis era un desastre. Había pasado por tres matrimonios turbulentos en solo diez años, todos con maridos abusivos, física y emocionalmente. Nunca creyó que conocería a alguien como Alan. Puede ser severo, sí, pero nunca le ha levantado la mano y siempre la ha hecho sentir segura.

Discuten de vez en cuando, como todas las parejas, pero casi siempre es por culpa de las inseguridades de Lis: sus celos, su necesidad de control, su falta de confianza en él. A diferencia de sus anteriores esposos, Alan nunca se deja provocar por sus acusaciones infundadas ni por sus exigencias irracionales.

Por eso las cosas nunca se agravan entre ellos.

En realidad, hacen una gran pareja, y Lis lo ama con todo su corazón. Conocer a Alan incluso le hizo desear tener hijos. Por

desgracia, Lis resultó ser estéril debido a unos pólipos uterinos. Así que adoptaron a Prince. Tiene once años y sigue siendo su bebé.

Se inclina y besa la cabeza del perro. Él la mira y mueve la cola.

—Papá estará bien —le dice—. Estoy segura. Recemos otra vez.

Junta las manos, cierra los ojos y le pide a Dios, por enésima vez, que le devuelva a Alan.

Justo cuando susurra «Amén», el ruido vuelve. El mismo que la despertó.

Es un sonido extraño, seco. Casi como madera vieja partiéndose. Prince también lo oye y vuelve a mirar la puerta. Los guardias no parecen notarlo, a pesar de estar más cerca de la celda.

Pensándolo bien, Alan ha estado muy callado durante la última hora. El tranquilizante que le inyectaron dura unos cuarenta y cinco minutos.

—¿Disculpen?

Los guardias no la oyen.

—¿Disculpen?

El más cercano la mira. Su expresión está cansada. No es de extrañar: también ha estado despierto toda la noche.

—¿Sí?

—¿No es hora de otra inyección?

El guardia mira su reloj.

—Sí, supongo que tiene razón. Pero no ha dicho nada, así que… —vuelve a lo suyo con el arma, sin molestarse en levantarse para comprobar a Alan.

—Pero acabo de oírlo hacer un ruido —insiste Lis.

—Yo no oí nada —responde el guardia, sin mirarla.

Elisabeth resopla y se levanta. Deja a Prince sobre la silla, se acerca a la puerta y mira por la ventana.

Al principio, no ve a Alan por ninguna parte, y casi entra en pánico. No está en la cama, donde pasa la mayor parte del tiempo. Tampoco en el suelo. Lis se pone de puntillas para asegurarse de que no esté tumbado junto a la puerta. No lo está.

Entonces nota las cadenas. Habían sustituido el poste de la cama que Alan arrancó cuando Tim estuvo allí, y ahora tiene una cadena en cada tobillo. Las cadenas siguen fijadas a la cama, pero, extrañamente, de ahí se extienden hacia arriba.

Lis las sigue con la mirada. Tarda varios segundos en comprender qué es aquello que cuelga en la esquina, bajo el techo. Parece un saco de dormir. Solo que no está hecho de tela, sino de algún tipo de material orgánico. Y en algunas zonas es transparente. A través de la extraña membrana, puede ver a Alan. Está encogido en posición fetal, suspendido boca abajo.

—¿Qué demonios…? —susurra Lis.

Su voz hace que el guardia por fin se levante.

—¿Qué pasa?

—No… no lo sé —responde ella, apartando la mirada de Alan para dejarle ver.

Como le pasó a Lis, el guardia tarda unos segundos en localizarlo. Cuando lo hace, frunce el ceño.

—Mierda. Bueno, esto sí que es nuevo.

—¿Qué? —pregunta el otro guardia, acercándose.

—Se ha metido en una pupa —gruñe el primero—. Como una maldita larva.

—¡Ese es mi marido del que estás hablando! —exclama Lis.

Los guardias la ignoran. Prince gime desde la silla.

—Joder —dice el otro guardia—. Será mejor llamar a Lundbeck.

—¿Crees que ha vuelto?

—No lo sé —responde, sacando el teléfono y marcando.

Lis se acerca y vuelve a mirar a Alan. El guardia tiene razón: lo que lo envuelve parece un capullo.

—¿Alan? Cariño, ¿puedes oírme aún?

No hay respuesta. Puede distinguir uno de sus ojos a través de la membrana. Está cerrado, como si durmiera. Parece rodeado por algún tipo de líquido espeso. Al observar con atención, Lis nota que el capullo —o lo que sea— palpita lentamente. Como un enorme pulmón que respira. La transparencia del capullo disminuye con cada pulsación.

Mira la mano de Alan. Seis dedos, visibles cuando la membrana se vuelve más translúcida. Y puede ver que los dedos son más cortos de lo habitual. Las yemas parecen desvanecerse. Con cada pulsación, Lis vuelve a verlos… y se da cuenta de que están acortándose visiblemente.

«Se están disolviendo. Él se está disolviendo.»

El pensamiento es tan horrible que no puede decirlo en voz alta. Retrocede tambaleante, tapándose la boca con una mano.

—¿Qué ocurre?

Una voz familiar la hace girarse. Lundbeck avanza a grandes zancadas por el pasillo.

—Díganoslo usted, jefa —dice uno de los guardias, señalando la puerta de la celda—. ¿Ha oído hablar de algo así?

Lundbeck se detiene junto a la puerta y mira dentro. Al ver a Alan, exhala.

—Hostia… esto no puede ser bueno.

—¿Está muerto? —pregunta uno.

—Parece bastante vivo —responde el otro.

—Tiene que ayudarlo —dice Lis con voz temblorosa—. Tiene que hacer algo. Antes de que… antes de que se transforme por completo en… —rompe a llorar.

—Llévala a la sala de descanso —ordena Lundbeck a uno de los guardias—. No deberías ver esto, Lis.

—Oh, Dios mío… oh, por favor, Dios…

El guardia la toma del brazo, y Prince le enseña los dientes.

—Maldita sea. Controle a ese perro, ¿quiere?

Lis está a punto de responder cuando el ruido vuelve. El crujido seco de madera partiéndose. Es mucho más fuerte esta vez, y viene claramente de la celda de Alan.

Todos miran hacia la puerta. Desde donde está, Elisabeth puede ver una esquina del capullo. Mientras lo observa, se endurece de repente. Ocurre en cuestión de segundos, como si el agua se congelara a una velocidad imposible. La transparencia desaparece, y Alan se esfuma.

El ruido suena de nuevo. Luego el capullo empieza a moverse. Primero con una leve vibración, después temblando con violencia. Puede que sea su imaginación, pero Lis está segura de sentir las sacudidas en el suelo.

—Jesucristo —murmura Lundbeck, retrocediendo. Gira la cabeza hacia los guardias—. Sacad a todo el mundo de aquí. Ahora mismo.

Creo que está a punto de…

Lundbeck no llega a terminar la frase. La puerta de la celda sale despedida, aplastando al guardia más cercano contra la pared. Algo negro, parecido a una nube, irrumpe en el pasillo y los derriba a todos.

También hay un sonido, un estallido fuerte, como un globo gigantesco explotando. Retumba en los oídos de Lis, dejándola sorda al instante.

Intenta levantarse. No puede ver nada: la sustancia negra lo cubre todo. La inhala con un jadeo ronco, siente cómo le llena los pulmones. Está en su nariz, sus oídos, sus ojos. Arrastrándose, llama a Prince, sin oír su propia voz. Siente que se asfixia, cuando de pronto la masa negra se dispersa un poco.

Al mirar alrededor, Lis logra ver algo. Está dentro de una niebla espesa, pero distingue el pasillo, las sillas, a Lundbeck, a los guardias, la puerta arrancada. Y a Prince. El perro se pone en pie, estornuda y sacude el pelaje. Luego corre hacia Lis; ella lo toma en brazos y se incorpora.

Lundbeck y uno de los guardias también se levantan. Lis no espera. Avanza por el pasillo hacia la puerta trasera. Ya está abierta… o más bien, ha desaparecido. Al parecer, la onda expansiva fue lo bastante fuerte como para arrancarla de cuajo.

Lis sale tambaleándose, tosiendo y frotándose los ojos para quitarse lo negro. Se aleja del edificio, intentando salir del alcance de la niebla, y esta se hace algo menos densa, pero sorprendentemente aún flota en el aire, incluso allí fuera.

Finalmente, se da la vuelta y mira el edificio. Entonces comprende cuán potente fue la explosión. Todas las ventanas han estallado, y la sustancia negra se filtra por el edificio como humo saliendo de un incendio. Sin embargo, no asciende al cielo: se expande lateralmente, en ondas concéntricas, engullendo las casas cercanas.

Lis se da cuenta de que está recuperando el oído. Oye a Prince gemir y toser. Oye los gritos de la gente. Y oye su propio corazón, martilleándole en el pecho.

2

TIM

TIM NO ENTIENDE LO que está viendo.

Helena está muerta. Eso lo sabe con certeza. La sintió desangrarse.

Y, sin embargo, está mirándola a los ojos, y ella le devuelve claramente la mirada. Parpadea despacio, como si despertara de un sueño agradable, y una sonrisa le pliega las comisuras de los ojos.

—Hola, papá —dice en voz suave.

—Hola —responde él con un graznido, pensando para sí: «¿Estamos los dos muertos? ¿O simplemente he perdido la cabeza?»

—¿Estás… bien? —pregunta ella.

Tim asiente, sintiéndose atrapado en un sueño.

—Sí, estoy bien. ¿Cómo te sientes?

—Cansada —admite—. Y un poco de frío. Pero por lo demás… —se encoge de hombros y vuelve a sonreír.

Solo entonces Tim se da cuenta de que aún tiene la palma de la mano presionada contra el cuello de Helena. Está pegajosa de

sangre. Teme retirarla. Teme que su mano haya hecho de tirita temporal que mantiene a su hija viva de forma artificial. Pero la parte racional de su cerebro sabe que no puede ser.

Además, la sangre ya no fluye. Lo que solo puede significar que las venas de Helena están vacías y su corazón ha dejado de latir.

Excepto que no.

Puede sentirle el pulso, lento pero fuerte.

—¿Qué… qué está pasando? —pregunta.

Helena parpadea.

—No lo sé. Pensé que me estaba muriendo.

Por fin Tim reúne el valor para aflojar lo justo hasta que su palma pierde contacto con el cuello. Se despega con un sonido suave y pegajoso. Tim fija la vista en la piel manchada de sangre del cuello de su hija.

Espera ver la hendidura. Ver brotar sangre fresca.

Pero no ve ninguna de las dos cosas.

Entre toda la sangre a medio secar, sí ve la herida. Solo que le ha ocurrido algo extraño. De algún modo, el tiempo parece haberse adelantado varios días. Porque la herida está cerrada y en vías de curarse por completo.

Tim parpadea varias veces, inundado por una sensación de irrealidad.

—¿Qué pasa, papá? —pregunta Helena, escrutándole el rostro—. ¿Qué me ha ocurrido?

—Estás bien —se oye decir—. Creo… creo que Dios te ha curado.

Helena alza la mano y deja que la yema de los dedos recorra la herida. Se mira los dedos. Luego toma la mano de Tim y le mira la

palma. Por último, sus ojos se encuentran con los de él.

—No, papá. Creo que tú me has curado.

Le da la vuelta a la mano, y Tim se queda mirando su propia palma. Al principio solo ve la sangre de Helena. Pero entonces observa algo raro. Justo en el centro de la palma hay una zona con forma de almendra, del tamaño exacto de la herida de Helena, donde la piel está ligeramente abultada. Está arrugada y blanda, como cuando has estado en remojo en la bañera durante una hora.

—Madre mía —murmura Tim, cuando por fin lo asimila. Mira a Helena, y una sonrisa incómoda le tira de la comisura de la boca—. Yo no… no sabía que podía hacer eso.

Helena sonríe, y se le llenan los ojos de lágrimas.

—Te quiero, papá.

Alza los brazos para abrazarlo, y Tim la recoge en un abrazo apretado.

—Yo también te quiero, cariño. Más que a nada en este mundo.

Probablemente sea el mejor momento de la vida de Tim. Mejor que cuando nació Helena. Y dura apenas diez segundos, antes de que oiga un ruido y gire la cabeza.

La puerta se ha abierto, y la mujer gorda está ahí, mirando fijamente su teléfono, que a su vez apunta a Tim y a Helena. Tiene los ojos muy abiertos, la boca entreabierta de incredulidad.

—Tiene que estar tomándome el pelo —gruñe Tim, soltando a Helena mientras se pone en pie. De pie, rozará ya los tres metros; el simple aspecto de Tim basta para que la mujer se retraiga un poco. Le complace ver el miedo en su cara: bien merecido, por fisgonear

sin pudor en un momento tan íntimo—. ¿Qué demonios estás mirando?

La mujer farfulla algo, por fin deja de grabar, se da la vuelta y se aleja a trompicones.

—Papá… ¿estás… estás herido?

Tim baja la vista y ve que Helena ya se ha puesto en pie. Ella le toca con cuidado el costado por donde le alcanzó la mujer. Ya puede sentir cómo las heridas se cierran.

—Estoy bien —dice automáticamente. De pronto, la fuerza lo abandona. Solo ahora nota lo agotado que está.

Helena lo agarra, como si pudiera evitar que caiga.

—¿Seguro que estás bien, papá?

—Solo estoy un poco cansado —murmura, apoyándose en la mesa —. Ha sido un día largo. Estaré bien.

Le sonríe, luego suspira de alivio y agotamiento. Le tiemblan las piernas, así que arrastra una silla y se sienta.

—¿Y ahora qué pasa? —pregunta Helena, mirando hacia la puerta.

Tim se frota la cara.

—Tienen mucho que limpiar. Pero están en ello. Seguro que lo arreglan.

Abajo, Tim oye a los policías inundar el edificio. Por los sonidos del exterior, han cerrado toda la calle y están evacuando el inmueble.

—¿Y tú, papá? —Helena se sienta a su lado, buscándole la mirada.

Él se encoge de hombros.

—Tendrán que pinchar y hurgar si quieren encontrar una cura para esto, y yo soy el único sujeto que no se les va a resistir.

Ahora ella lo mira con intensidad.

—Entonces, ¿te encerrarán?

—Sí, supongo.

—Y no volverás a salir, ¿verdad? O sea, nunca.

Él le devuelve la mirada, odiando que tenga que verlo así: un engendro apaleado. Sorprendentemente, a ella no parece afectarle demasiado.

—Probablemente no, no. No creo que sea probable que reviertan esto.

Helena se emociona, pero se muerde el labio para contenerse.

Luego, para su sorpresa, dice:

—Vámonos, papá.

Al principio, él piensa que quiere decir que vayan a reunirse con los policías y dejar que se lo lleven. Pero sus ojos, de repente, arden de determinación.

—¿Adónde? —pregunta él.

—A donde no te molesten.

Gruñe.

—Es una idea estupenda. Pero les di mi palabra, cielo.

Helena emite ese gemido de exasperación que él le ha oído tantas veces en el pasado cuando chocaban o se topaba con sus principios estúpidos y obstinados. Sabe lo que significa su palabra. Sabe que no romperá una promesa, ni siquiera por ella.

—Escucha, cariño —le dice—. Me aseguraré de que podamos vernos. Pero esto es muy importante. Si puedo ayudarlos de alguna manera, tengo que hacerlo. Aunque sea con la más mínima posibilidad. Al fin y al cabo, yo empecé todo este lío, así que es mi…

Se interrumpe cuando otra cosa capta la atención de Helena. Ella saca el teléfono, lee un mensaje y frunce el ceño.

—Dios… —susurra—. Dennis me acaba de escribir. Mira, papá…

Le da la vuelta al teléfono. Es un vídeo de noticias que muestra imágenes temblorosas, a vista de pájaro, de alguna ciudad. Parece de anoche, porque todo se ve gris y turbio, como si aún no hubiera salido el sol. Pero el rótulo al pie dice: «EN DIRECTO DESDE HORNSTED: BROTE TÓXICO DE AGENTE INFECCIOSO DESCONOCIDO.»

La cámara enfoca un edificio que él reconoce: el centro de detención donde tienen a Alan. Parece un hormiguero al que alguien ha hurgado. La gente corre de un lado a otro, claramente alterada por algo. Al principio no ve ningún peligro. Hasta que hacen zoom y muestran la sustancia negra. Y por fin comprende por qué la escena se ve tan turbia.

La materia negra no solo cubre todo lo que se ve: coches, aceras, el edificio… también llena el aire como ceniza de un gran incendio. Las personas de la pantalla están embadurnadas de ella. La cámara se aleja para mostrar la magnitud. Ha alcanzado varias manzanas. Cubre un círculo de más de doscientos setenta metros de diámetro, con el centro de detención en el medio.

—La madre que… —murmura Tim—. ¿Qué ha pasado…?

Ahora puede oír a los policías abajo, gritando entre sí, abriéndose paso por el edificio.

—Esto es… esto es malo, ¿verdad? —pregunta Helena.

—No lo sé —miente, y saca el teléfono. Llama a Lundbeck, sin esperar realmente que responda.

Ella descuelga casi de inmediato.

—¿Sí? —su voz suena tensa, y se corta en un ataque de tos.

—¿Qué ha pasado, Ulla?

Lundbeck termina de toser, escupe y resopla.

—Ha explotado, Tim. Ha explotado de mala manera.

Tim siente que las entrañas se le hunden y que el suelo se ablanda bajo sus pies.

—¿Ya estás de vuelta allí?

—Sí, volamos de regreso en cuanto te dejamos… ojalá no lo hubiera hecho, pero… —vuelve a toser.

—¿Qué… qué tan grave es? —logra preguntar Tim. Es consciente de que Helena lo mira fijamente.

—Grave —le dice Lundbeck—. Irreparable, probablemente. Tenemos al menos a un centenar de infectados sueltos. Todos y cada uno de mis hombres en el lugar recibieron una dosis letal. Incluso los que llevábamos mascarilla. Simplemente… simplemente se abrió paso. Y está en todas partes, Tim. ¿Recuerdas cuando nos preocupaba si era aéreo…? —suelta una risa ronca y tose de nuevo —. Pues es aéreo, desde luego. Para ahora ya lo habrá arrastrado el viento por media maldita ciudad.

—Oh, no —murmura Tim, comprendiendo por fin el alcance total de la situación—. No se puede detener.

—No. Eso creo yo también. Seguiremos trabajando, pero… dentro de media hora, todos estaremos… bueno…

No necesita terminar la frase.

—Mierda. Lo siento mucho, Ulla. Me siento responsable de esto.

Entonces Lundbeck dice algo que Tim no esperaba en absoluto:

—Si no hubieras sido tú, habría sido otro —Lo afirma con toda naturalidad. Y probablemente sea verdad. Esto siempre fue inevitable. Aquello vino aquí para ganar, y habría encontrado la forma incluso si Tim nunca hubiera ido a mirar la roca. Aun así, no le alivia mucho su conciencia.

—Voy a llamar a mi hija ahora, Tim —Se oye otro breve ataque de tos—. Te sugiero que tú también busques a tus seres queridos. Cuídalos bien —Y cuelga sin más.

Tim guarda el teléfono en el bolsillo. Helena sigue mirándolo. Probablemente lo ha oído todo.

—¿Es el fin? —pregunta—. ¿Así se acaba el mundo, papá?

Tim respira un par de veces.

—Desde luego tiene toda la pinta, sí.

—¿Aun así… aun así vas a entregarte?

Niega con la cabeza.

—Ahora ya no serviría de nada.

—¡Gracias a Dios!

Su expresión de alivio es tan sincera y tan fuera de lugar que casi hace reír a Tim. Acaban de descubrir que la humanidad se extingue a pasos agigantados y, aun así, lo que más le importa a ella es que él no se aparte de su lado. Los humanos son curiosos.

—Entonces, ¿adónde vamos, papá?

Repasa en su mente lo que dijo Lundbeck justo antes de colgar. Tenía razón. Esto ya no iba de salvar el mundo. Ese barco zarpó cuando Alan explotó. Ahora se trata de mantener con vida a los tuyos. Y a Tim le queda un miembro más de la familia al que cuidar. Uno de cuatro patas. Se pone en pie.

—Nos vamos a casa, cielo.

3

VERONICA

CONDUCIR DE REGRESO RESULTA mucho más difícil por la oscuridad, que ya es muy densa.

Aun así, Veronica acelera tanto como se atreve. El pensamiento de Molly la impulsa. La moto de nieve tiene un faro potente, pero solo alcanza cierta distancia, y su campo de visión es limitado. Los obstáculos aparecen de repente delante de ella, y más de una vez tiene que frenar bruscamente.

Intenta seguir sus propias huellas. No puede conducir directamente sobre ellas, porque eso hace que la moto se tambalee, pero puede ir justo al lado, y eso le da una referencia.

Está claro que Leo también pasó por allí; cada cien metros aproximadamente, sus huellas cruzan las marcas de la moto. Si no supiera la verdad, pensaría que son huellas de un ciervo o algo parecido, porque hay varios metros entre una y otra. Como si Leo saltara en lugar de correr.

Al principio teme verlo de repente. Se lo imagina apareciendo en el haz de luz, simplemente de pie, mirándola. O quizá acechando en la oscuridad, esperando el momento de abalanzarse sobre ella, derribarla de la moto y devorarla viva, igual que hizo con los pobres ancianos.

Pero, por alguna razón, la parte lógica de su mente sabe que eso no ocurrirá. Que, si Leo hubiera querido comérsela, ya lo habría hecho en casa de los Thomsen.

Sin duda la vio.

Y la reconoció, también.

Y, aun así, no fue a por ella.

«¿Por qué?»

Las dos únicas respuestas que se le ocurren son que o bien Leo estaba completamente saciado tras los kilos de carne y vísceras que arrancó al viejo, o bien —y esta es la explicación que Veronica prefiere creer—, Leo conserva aún suficiente humanidad como para perdonar a quienes amó.

Si ese es el caso, entonces cabe la posibilidad de que no esté regresando a la cabaña para matar a su familia y a Molly.

Aunque, a juzgar por la velocidad que lleva, está claro que tiene un propósito. Aun cuando Veronica circula a más de cuarenta kilómetros por hora la mayor parte del tiempo, no logra alcanzarlo.

Pasa junto a la valla del establo y algo la hace detenerse un momento. Deja el motor al ralentí y saca la linterna. Al apuntarla hacia el granero, ve las cabezas de las vacas asomando por la abertura, mirándola con curiosidad. Reconoce enseguida a la vaca infectada. Y puede ver que la sustancia negra está muriendo: es

grisácea y ya se ha desprendido casi por completo. La vaca no ha sufrido ninguna transformación. Ni siquiera parece enferma.

—Buena chica —murmura Veronica, apagando la linterna—. Lo has superado.

Sigue conduciendo, y su mente divaga. Piensa en Flemming, Alice y Sylvia. ¿Habrán empezado a transformarse? ¿O habrán vencido la infección? ¿Qué determinaba quién se convertía y quién no? ¿Qué hacía que ella y Leo fueran diferentes? ¿Por qué ella salió ilesa mientras Leo sucumbió a la enfermedad?

Le resulta doblemente extraño si considera que ella ya está enferma de cáncer. Su organismo debe de estar comprometido. Débil. Leo, en cambio, estaba sano y fuerte. ¿Por qué no habría sido ella mucho más vulnerable a...

La idea la golpea de improviso.

No puede saber con certeza si es cierta o no, pero siente que es la explicación correcta.

«No me dominó por culpa del cáncer. No pudo usarme porque ya estoy enferma.»

Si esa explicación es cierta, entonces Sylvia también debería superar la infección. Mientras que Flemming y Alice probablemente se transformarán, igual que Leo.

Lo que significa que Molly podría estar ahora refugiada en la cabaña con no uno, sino dos futuros monstruos caníbales. Sin mencionar al tercero que se dirige hacia ellos.

Veronica acelera aún más.

4

FELIX

PARECE QUE TARDAN UNA eternidad en subir a los últimos pasajeros al autobús.

Felix sigue tumbado sobre el pavimento helado, temblando.

Le preocupa lo que pasará una vez que el autobús se marche. Quedará completamente expuesto. Piensa en agarrarse a la parte inferior del vehículo y dejar que lo transporte fuera del aeropuerto sin que nadie lo vea. Pero, para empezar, no hay buenos lugares donde sujetarse, y además sospecha que eso solo funciona en las películas. Él no es Bruce Willis. No puede esperarse que aguante el peso de su cuerpo durante varios kilómetros. Probablemente los brazos le fallarían enseguida, harían que cayera al suelo con el autobús aún en marcha y se haría daño de verdad.

Así que, probablemente, lo mejor sea quedarse y arriesgarse.

Por fin, la última persona del avión sube al autobús. Las puertas se cierran y los guardias intercambian unas palabras —Felix no alcanza a oírlas debido al ruido del motor—.

De repente, el autobús arranca. Avanza unos metros en línea recta, y Felix se aplana todo lo que puede —aunque haya casi treinta centímetros de aire entre él y los bajos del vehículo—. Justo cuando la parte trasera se acerca peligrosamente, el autobús empieza a girar, y durante un espantoso instante él y la rueda izquierda se alinean en trayectoria de colisión perfecta. Felix rueda dos veces, rozando el chasis con el hombro, y vuelve a quedar boca arriba. Una fracción de segundo después, las ruedas pasan a ambos lados de él, y de pronto se queda mirando el cielo gris.

Rápidamente, Felix se incorpora. Mira a su alrededor con nerviosismo. Aún hay bastante gente, pero para su sorpresa y alivio, nadie parece fijarse en él.

Aun así, se siente como un ciervo iluminado por los faros, inmóvil en medio de la escena. Cualquiera podría verlo en cualquier momento, y está convencido de que su débil disfraz no resistirá una sola mirada.

«¿Qué haces? ¡Muévete! ¡Sal de aquí!»

Por fin consigue que sus piernas entumecidas obedezcan. Quiere correr, lanzarse al sprint hacia la salida, pero se obliga a caminar con normalidad, intentando parecer tranquilo. Se dirige hacia un camión de escaleras estacionado a unos cincuenta metros. El motor está apagado y no hay conductor. Un grupo de soldados se encamina hacia otro camión. Otros permanecen juntos, conversando. Felix pasa justo a su lado, con la vista baja.

Una voz áspera grita a sus espaldas:

—¡Eh! ¿Qué estás haciendo?

Se detiene como si le hubiera caído un rayo. Le parece que tarda un minuto entero en darse la vuelta, aunque en realidad no es más que un segundo. Espera ver a alguien acercándose, quizá incluso un arma apuntándole, y levanta las manos por instinto.

Pero nadie se acerca a él. Nadie lo mira siquiera. El grupo de soldados observa a otro hombre. Lleva un traje NBQ idéntico al de Felix, y se ha quitado la máscara y bajado la cremallera.

—¡Vuelve a ponerte ese traje! —le grita el soldado de voz áspera, señalándolo—. ¿Quieres contagiarte? Tienes que pasar por descontaminación antes de quitártelo.

—Sí, lo siento —balbucea el tipo, torpe, intentando colocárselo de nuevo.

Felix logra girarse otra vez y seguir caminando.

Otro soldado con traje, una mujer, a juzgar por los ojos, pasa junto a él y le dice algo. Felix no la oye, porque un avión se aproxima y ruge casi encima.

—¿Eh? —pregunta.

La mujer señala un camión.

—Descontaminación —repite—. Es por allí. ¿No oíste las instrucciones?

—Oh. Claro. Yo solo… gracias.

Ella pone los ojos en blanco y se aleja. Felix espera un instante para ver si se gira. No lo hace. Así que, en lugar de dirigirse al camión, continúa en la dirección que llevaba. Al llegar al camión de escaleras, corre hacia el otro lado y empieza de inmediato a arrancarse el traje. Lo deja caer al suelo y está a punto de echar a

correr cuando ve a un hombre apoyado en la puerta del vehículo, fumando y mirándolo fijamente.

—Eh… —murmura Felix, desconcertado.

El hombre frunce el ceño.

—¿No deberías ir con los demás?

—Sí, no, yo… estoy fuera de servicio —dice, forzando una sonrisa.

El hombre claramente no se lo cree. Para empezar, Felix es un pésimo mentiroso. Y además, no tiene aspecto de soldado. El conductor deja caer el cigarrillo, lo aplasta con el pie y rodea el camión, gritando:

—¡Eh, vosotros! ¡Será mejor que vengáis un momento!

El corazón de Felix estalla en su pecho. Mira a lo largo de la pista. En cualquier dirección que elija, hay al menos medio kilómetro hasta la valla: los soldados lo alcanzarían mucho antes.

Entonces se le ocurre una idea, y actúa antes de pensarlo demasiado. Abre de un tirón la puerta del camión y se sube. La llave está puesta. La gira, y el vehículo cobra vida al instante. Mete la marcha y acelera con un rugido.

El conductor, que iba hacia los soldados gritando, se vuelve y empieza a vociferar a Felix. Él lo ignora y se aleja a toda velocidad. Su padre le enseñó a conducir el verano pasado, y Felix se siente agradecido: puede que eso le salve la vida. No hay obstáculos en la pista, así que no corre el riesgo de chocar con nada, y pisa el acelerador a fondo.

Mira por los retrovisores: los soldados ya son tan pequeños que parecen hormigas. Pero se da cuenta de que han comprendido la situación y dos vehículos se dirigen hacia él.

Felix alcanza la valla y se da cuenta enseguida de que no podrá escalarla: mide casi cuatro metros y tiene pinchos en lo alto, claramente diseñada para impedir el acceso. Al otro lado hay una franja de árboles, y tras ellos, la ciudad. Si logra cruzarla y desaparecer de la vista, podrá escapar de verdad.

Aparca el camión lo más cerca posible de la valla y salta fuera. Sube corriendo los escalones, mira atrás y ve acercarse los vehículos militares. Duda solo un instante antes de lanzarse por encima de la valla. Vuela por el aire, cae sobre el suelo helado y rueda varias veces para amortiguar el impacto. Aun así, le duelen los pies, pero no tiene tiempo para preocuparse. Se levanta de un salto y se adentra entre los árboles. Ignora las ramas y agujas que le arañan las manos y la cara, y sale al otro lado, frente a una autopista y a la ciudad bulliciosa.

A su espalda, los soldados gritan.

Felix sigue adelante, cruza la carretera en cuanto hay un hueco en el tráfico y echa a correr por la calle más próxima.

Corre hasta que ha avanzado varias manzanas. Se detiene, jadeando, y mira atrás. Nadie lo sigue.

«Lo logré. Me he escapado.»

5

MOLLY

SIGUE USANDO LA CÁMARA del móvil para mirarse los ojos. Las orejas. La boca.

Esos parecen ser los lugares donde la maldita sustancia negra aparece primero. Al menos así fue con Mamá y el Abuelo.

También se estudia las manos cada cinco minutos más o menos, en particular las palmas. Ahí fue donde, según Veronica, le salió primero.

De momento, no ve nada.

Lo cual es una gran noticia. Y debería tranquilizarla. Pero lo único que siente es agitación y tensión.

Está preocupada por Mamá y por el Abuelo. Ha intentado pasar el rato viendo Netflix en el móvil o leyendo el libro que se trajo. Pero no consigue concentrarse más de unos minutos seguidos.

Mira hacia la ventana, aunque ha bajado las persianas. Fuera ya es de noche. Tras haber estado en su habitación todo el día, le apetece muchísimo salir. Pero Mamá se lo prohibió; incluso cerró la puerta

con llave desde fuera. Cuando Molly tuvo que hacer pis, la llamó y le pidió ir al baño. Pero Mamá solo le trajo un cuenco y un rollo de papel higiénico y volvió a cerrar con llave.

De mala gana, Molly hizo pis en el cuenco y lo vació por la ventana. Le pareció asqueroso, pero ¿qué iba a hacer?

Aunque resulta molesto, entiende por qué Mamá está siendo tan cuidadosa.

Han hablado por teléfono varias veces durante el día. Ha pasado casi una hora, así que Molly decide volver a llamarla.

Esta vez, Mamá no contesta enseguida. De hecho, no contesta hasta que Molly la llama por segunda vez.

—¿Hola? —carraspea—. ¿Papá?

—No, Mamá. Soy yo.

—¿Quién?

—Yo, Molly.

—Oh. Hola, cariño.

Desconcertada, Molly pregunta:

—¿No reconociste mi voz, Mamá?

—No, no, sí. Es solo que… estaba durmiendo, nada más.

Molly se imagina que probablemente también tiene que ver con la sustancia negra que le crece en las orejas a Mamá.

—Siento haberte despertado, Mamá.

—No, está bien, yo… tengo que tomar otra aspirina de todos modos. Creo que la fiebre ha vuelto… —Mamá musita para sí mientras Molly la oye rebuscar algo—. ¿Dónde está el frasco…?

—¿Cómo te encuentras, Mamá?

—¿Eh? Estoy bien. Estoy bien. Mejor, creo.

Eso es una mentira. Mamá no solo suena a recién despierta; suena muy enferma y confundida. Además, hay algo distinto en su voz. Suena amortiguada. Como si hubiera un paño delante del teléfono.

Como si sus pensamientos lo hubieran provocado, Mamá empieza a toser. Es una tos espesa y traqueteante. Suena tan fuerte que Molly puede oírla también desde el fondo del pasillo. Mamá carraspea y escupe. Lo que sea que expulsa cae cerca con un chasquido húmedo.

—Oh, Dios —gime Mamá.

—Mamá, ¿seguro que estás bien? —pregunta Molly, conteniendo las ganas de llorar—. ¿Quieres que vaya contigo? Podría llevarte…

—¡No! —grita Mamá. Luego, un poco más calmada—: No, quédate donde estás, cariño. Me las arreglaré.

La voz de mamá suena algo más normal ahora, después de que se le haya despejado lo que fuera que tenía en las vías respiratorias. Molly no puede evitar imaginar un gran bulto empapado de sustancia negra, empastado en saliva, y siente náuseas.

—¿Hablaste otra vez con los médicos? ¿De verdad van a venir?

—Sí —dice Mamá, volviendo a sonar somnolienta—. Sí, el Abuelo me dijo que la llamaron y… y que por fin vienen.

—¿Cuándo?

—No lo sé, cariño. Mira, creo que voy a intentar dormir un poco más… un poco más, ¿vale?

—Está bien, Mamá —dice Molly, esforzándose mucho por no llorar ahora. Quiere seguir hablando con Mamá, mantenerla despierta. Pero al mismo tiempo, sabe que dormir es bueno cuando estás enfermo—. Que descanses.

Mamá farfulla algo que Molly no entiende, y cinco segundos después empieza a roncar fuerte.

Molly escucha unos minutos más, sin querer colgar. Reconforta un poco oír a Mamá dormir.

El pensamiento del Abuelo es lo que la hace cortar la llamada. La última vez que hablaron fue quizá hace tres horas, cuando él le llevó un plato de comida. Igual que hizo Mamá con el cuenco, abrió la puerta lo suficiente para empujar el plato hacia dentro. Molly se fijó en que llevaba un guante de goma, y también alcanzó a verle la cara. Aunque el Abuelo intentó sonreírle para tranquilizarla, Molly no pudo evitar jadear. El Abuelo no parecía él. La sustancia negra estaba por todas partes. En cuanto cerró la puerta, empezó a toser violentamente. Molly lo oyó tambalearse de vuelta por el pasillo.

Lo llama.

Pero no contesta. Ni a la primera, ni a la segunda, ni a la tercera.

Molly oye su teléfono sonar al otro lado de la puerta.

Al final, se rinde.

Probablemente esté durmiendo también.

Al menos eso espera.

Pero, en lo más hondo, sabe que no es así. Se esfuerza por repetirse que Mamá y el Abuelo estarán bien, que vencerán la infección y se recuperarán por completo, como hizo Veronica. Pero no puede seguir engañándose. Veronica dijo que apenas se puso mala con la extraña enfermedad antes de que esta la abandonara. Leo, en cambio, sí cayó muy enfermo, con fiebre y todo. Igual que Mamá y el Abuelo.

Los dos acabarán como Leo, sea lo que sea que le haya pasado.

El pensamiento la hace llorar. Ya no puede contener las lágrimas, así que se deja caer en la cama y llora contra la almohada.

De pronto, llaman suavemente a la puerta.

Molly alza la vista y contiene el aliento.

—¿Mamá?

—No, querida. Soy la Abuela.

—¡Oh!

Molly no ha hablado con la Abuela en todo el día; no tiene móvil y, según le dijo Mamá, la Abuela se quedó aislada en su dormitorio igual que Molly.

—Voy a entrar —dice la Abuela, y Molly oye girar la llave.

La puerta se abre y aparece la figura frágil de la Abuela. Para alivio de Molly, la Abuela no parece enferma en absoluto. Verla hace que el corazón de Molly crezca.

—¡Abuela! —exclama, saltando de la cama.

Pero la Abuela la detiene con la mano extendida.

—No podemos tocarnos, querida. Aún no. No hasta que esté segura de que ya no soy contagiosa.

Molly frunce el ceño.

—¿Qué quieres decir, Abuela?

La Abuela lanza una mirada hacia el pasillo, como si temiera que alguien esté escuchando. Luego entra en la habitación y cierra la puerta con cuidado. Para sorpresa de Molly, la Abuela ha traído la llave y ahora cierra por dentro.

«¿De qué tiene miedo?»

El pensamiento le recorre la espalda a Molly como un escalofrío helado.

—Ahora escucha, querida —dice la Abuela, con un tono aún más serio de lo habitual—. Es importante que oigas lo que voy a decirte y luego hagas lo que te diga. ¿Entendido?

—Claro, Abuela, pero ¿qué…?

—Sin preguntas, querida. Aún no. Solo escucha.

Molly asiente.

La Abuela toma aire y empieza a hablar. Molly escucha, aunque resulta rarísimo estar de pie en extremos opuestos de la habitación.

—Me contagié de Leo. Pero, igual que a Veronica, en realidad no me puse enferma. La sustancia negra me salió en el pelo, alrededor de los ojos, en las manos… —enseña ambas palmas. Están rosadas y limpias—. Pero ahora ha desaparecido. He revisado todas partes. Y me encuentro bien.

Molly siente una oleada de alivio.

—Son muy buenas noticias, Abuela. Eso significa que Mamá también podría…

—Por favor, querida. No me interrumpas. No he terminado.

Molly se calla en seco.

—Tienes razón, son buenas noticias. Pero no sabemos si sigo portando la infección y podría pasártela. Así que vamos a mantener siempre unos tres metros de distancia. Nada de tocarnos. Es muy importante. ¿Entiendes?

Molly traga y asiente.

—Bien. Ahora vienen las malas noticias —La Abuela toma aire por la nariz—. Tu madre y tu abuelo… acabarán como Leo.

Molly gime y se tapa la boca. Aunque ya lo sabía, duele oírlo dicho en voz alta.

—De hecho, tu abuelo... acabo de ir a verlo y él… —La Abuela se detiene—. Bueno, no necesitas oír los detalles. Baste decir que está muy enfermo. Y ahora duerme profundamente, igual que tu tío Leo.

Molly no puede evitar preguntar:

—¿El Abuelo desaparecerá también?

—No lo sé. Francamente, eso espero. Creo que tuvimos mucha suerte con tu tío.

Molly frunce el ceño.

—¿De qué hablas? ¿Cómo que fue suerte que el tío Leo…?

—He estado escuchando la radio todo el día —la interrumpe la Abuela. Su tono es firmísimo ahora; sus ojos taladran a Molly—. Esto está ocurriendo también en otros lugares. La infección está convirtiendo a la gente en… otra cosa. Algo peligroso. No han dicho exactamente en qué, pero estamos en peligro, Molly.

El corazón de Molly late a toda velocidad.

—Yo no… no lo entiendo…

—No necesitas entenderlo. Solo tienes que venir conmigo.

—¿Adónde vamos? —pregunta Molly, señalando la ventana—. Sigue habiendo nieve, y Veronica tiene la moto de nieve.

La Abuela baja la voz.

—No vamos a salir de la casa. Vamos a subir al ático. Nos esconderemos hasta que llegue la policía. Con suerte, no nos encontrarán ahí arriba.

—¿Quiénes?

La Abuela no contesta; no le hace falta. Sus ojos lo dicen todo.

—Oh, Dios… —gime Molly—. ¿Mamá… y el Abuelo… nos harán… daño?

—No si nos escondemos de ellos —dice Sylvia, alzando las cejas—. Y tenemos que irnos ya, antes de que sea demasiado tarde.

Molly toma aire, temblorosa.

—De acuerdo, Abuela.

La Abuela asiente una vez y saca algo que llevaba oculto en la manga. Molly se sobresalta al ver un enorme cuchillo de trinchar. La Abuela se gira y descierra la puerta. Escucha un momento antes de abrir. Mira a ambos lados y sale al pasillo. Vuelve la vista un instante y susurra:

—No toques el pomo.

Molly se acerca a la puerta y echa un vistazo. El pasillo está vacío. Las puertas de las habitaciones de Mamá y del Abuelo están cerradas.

La Abuela se dirige hacia el salón, lo que implica pasar junto a la puerta del Abuelo.

Molly la sigue. No puede evitar detenerse un segundo junto a la puerta y escuchar. Espera oír una respiración trabajosa. En su lugar, una voz ronca, que apenas recuerda a la del Abuelo, llama:

—¡Sylvia!

Molly da un brinco y suelta un grito.

La Abuela se vuelve en redondo y la mira fijamente.

—¡Sylvia! —vuelve a llamar el Abuelo—. ¿Qué me has hecho, bruja?

A Molly la aterra oír al Abuelo hablar así. No solo da miedo su voz alterada: jamás lo ha oído dirigirse así a la Abuela.

—Vamos —le dice la Abuela a Molly, haciéndole señas—. Sigue.

—¿Crees que esto me va a retener, Sylvia? —ruge el Abuelo, y Molly lo oye empezar a forcejear ahí dentro.

—¡Vamos! —apremia la Abuela—. ¡Muévete, Molly!

A medias, Molly comprende que la Abuela le hizo algo al Abuelo mientras dormía. No hay tiempo para preguntas, así que se apresura tras ella, manteniendo la distancia.

Al entrar en el salón, la Abuela rodea el murete que separa la cocina del comedor. Hay un par de luces encendidas. Molly va pegada tras ella y casi choca cuando la Abuela se detiene en seco.

—¿Qué pasa, Abuela?

La Abuela no responde. Está mirando algo. Molly no ve qué es. Al dar un paso a un lado, siente una ráfaga de aire frío y se fija en que una de las ventanas está abierta. Parece que la han forzado desde fuera, porque el marco está roto y la nieve salpica las tablas del suelo. Siguiendo el rastro de nieve, Molly por fin ve lo que dejó a la Abuela petrificada.

Justo allí, junto al sofá, está su tío Leo, mirándolas fijamente.

6

FELIX

BIEN, ENTONCES… ¿Y AHORA qué?

Felix camina por la acera abarrotada, mirando hacia atrás cada treinta segundos para asegurarse de que los soldados no lo siguen. No lo hacen. Y hay muy pocas probabilidades de que lo encuentren en una ciudad tan concurrida.

No tiene ni idea de qué hacer ahora; no había planeado tanto; solo pensaba en escapar. Está a más de ciento sesenta kilómetros de casa, ha perdido a Pia, y no tiene dinero ni transporte.

Incluso si lograra regresar a casa con su padre, ¿qué pasaría entonces? Sin duda las autoridades se pondrán en contacto con él y le explicarán la situación: que Felix está infectado y debe ser puesto bajo custodia.

¿Le creerá su padre si le dice lo contrario? ¿O confiará ciegamente en la policía?

Felix, sinceramente, no lo sabe. Pero puede tantear el terreno.

Mientras sigue caminando, saca el móvil y llama a su padre.

Él contesta al tercer tono.

—¿Qué pasa, Felix?

Por el tono despreocupado de su voz, queda claro enseguida que no se ha enterado de lo ocurrido.

—Hola, papá. Eh… ¿estás ocupado?

—Bueno, estoy en el trabajo, así que sí. Pero puedo hablar cinco minutos si es importante.

—Lo es —murmura Felix—. Lo es y mucho.

Su padre suspira.

—¿Y ahora qué? No me digas que tú y Pia os habéis peleado…

—No, no es eso. Pero… son malas noticias, papá. Deberías… no sé, prepararte.

Su padre guarda silencio.

—¿Qué ha pasado, hijo?

Felix toma aire y vuelve a mirar atrás. Nadie lo sigue. Gira la esquina y empieza a hablar en voz baja. Le cuenta todo lo que ha ocurrido, desde la mujer del aeropuerto hasta su huida, esa parte la suaviza un poco, omitiendo el camión de escaleras y a los soldados persiguiéndolo. Lo hace sonar como si simplemente se hubiera escabullido.

Cuando por fin termina de hablar, espera la respuesta. Hay tanto silencio al otro lado que mira la pantalla del teléfono para asegurarse de que la llamada sigue activa.

—No… no sé qué decir, hijo…

—Sí, lo sé. Es una locura.

—Entonces, ¿es algún tipo de contagio? Lo mencionaron en las noticias, pero… dijeron que solo estaba allá arriba, en el norte de

Jutlandia.

—Lo estaba. Hasta que la mujer subió a ese avión e infectó a todo el mundo.

—Madre mía… Pia… ¿estás seguro de que ella…?

Felix oye tragar a su padre.

—Sí. Lo siento, papá.

—Quiero decir, ¿estás absolutamente seguro? ¿No podría haberse librado de alguna manera? Como tú.

—No. Vi su mano. Está… definitivamente infectada.

—Joder —sisea su padre—. Joder… Pero tú estás bien, ¿verdad? ¿Seguro que estás bien?

—Lo estoy —dice Felix, mirando su mano—. Aún no hay nada donde me tocó. El celofán funcionó.

—Bueno, eso es un alivio —dice su padre—. Muy buena idea, hijo.

El cumplido es tan inusual en su padre que lo deja desconcertado y sin saber qué responder.

—Tengo que… tengo que llamar a alguien. Averiguar dónde está Pia. Necesito verla.

—No, papá, no lo entiendes. No los llevaron solo al hospital. Están aislados. Ese virus, o lo que sea… es muy peligroso. Cambia a la gente, por lo visto. Los convierte en monstruos.

—Jesús, no digas eso…

—Pero es verdad. No hay forma de que puedas visitar a Pia. Y aunque pudieras, no deberías.

—Mira, es mi esposa, y...

—¡Y ya no está, papá! Sé que es difícil de aceptar, pero… a menos que encuentren una cura en, no sé, cuatro horas, todos los del avión

se transformarán.

Felix espera que su padre se enfade, que le grite. Pero, para su sorpresa, cuando habla de nuevo, su voz suena débil.

—Oh, Dios… esto no puede estar pasando. Otra vez no. Ella no…

Felix siente una punzada en el pecho. Aceptar el destino de Pia no le cuesta demasiado, porque nunca le importó mucho ni la consideró realmente parte de la familia. Pero su padre la quiere de verdad. Y ya perdió a su primera esposa de una forma muy dolorosa.

—Lo siento mucho, papá.

Un momento de silencio.

—Hay algo más que necesito pedirte —continúa Felix.

Su padre resopla.

—¿Qué?

—¿Puedo… puedo volver a casa?

Otra pausa.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Bueno, porque… como te dije, me están buscando. Las autoridades. Quieren aislarme como a los demás, porque no creen que no esté infectado. Si me encuentran, me arrestarán.

La pausa es más larga esta vez. Felix espera conteniendo el aliento.

—Bueno, si creen que es mejor tenerte bajo observación un tiempo…

—No, papá —dice Felix, sintiendo que el corazón se le hunde—. No lo entiendes. No me dejarán salir nunca. ¿No lo ves? No tienen ni idea de qué es esto. No saben cuán rápido o lento avanza la infección. Podrían retenerme meses solo para asegurarse.

—Si no saben cómo actúa, ¿qué te hace pensar que tú sí lo sabes?

El tono ligeramente escéptico de su padre le endurece aún más el corazón. Era justo lo que temía: su padre vuelve a confiar en las autoridades antes que en él.

—Porque lo vi con mis propios ojos, papá. Vi lo rápido que cambió la mujer. Se veía completamente distinta en el avión que en el aeropuerto. Y Pia… la mancha en su mano apareció en menos de media hora. Si yo estuviera infectado, ya se habría manifestado.

—Pero no puedes saberlo con certeza, hijo. Y no querrás arriesgarte a contagiar a otros, ¿verdad? ¿Y si sí lo tienes y eres contagioso? ¿Te has parado a pensar en eso?

Felix se detiene y cierra los ojos.

—Deberías entregarte —continúa su padre—. Deja que ellos se encarguen. No andes corriendo como un fugitivo, poniendo a otros en riesgo.

—Está bien, papá —se oye decir Felix.

—Bien. Haces lo correcto, hijo. —Felix percibe que su padre ya ha pasado mentalmente al siguiente tema, más importante para él—. Mira, voy a hacer unas llamadas. Averiguar dónde tienen a Pia y cómo está. Te llamaré en cuanto sepa algo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, papá —responde Felix, con voz mecánica.

—Gracias, hijo. Hablamos pronto.

—Hasta pronto.

Su padre cuelga, y Felix mira el teléfono. Duda mucho que vuelvan a hablar pronto.

Le queda claro que volver a casa está descartado, al menos por ahora.

Había imaginado que, si se mantenía alejado unos días, podría demostrar a las autoridades que no está infectado. Pero ¿bastará con estar asintomático cuarenta y ocho horas para que lo acepten como prueba? Probablemente no.

Además, ahora que no puede volver a casa, ¿dónde se quedará? No puede dormir al raso, sobre todo de noche. Moriría congelado. ¿Y cómo conseguirá comida? ¿Robar algo en un restaurante? Suena demasiado arriesgado.

Solo hay un lugar al que realmente puede ir. Una persona que le creerá y lo ayudará. Esa persona es su madre. Y la residencia donde vive está solo a unas horas de camino.

7

MOLLY

PUEDE VER QUE ES su tío, aunque no resulta fácil reconocerlo. Si no lo hubiera conocido toda su vida, probablemente no sabría quién es.

Decir que ha cambiado se queda corto. Es más bien como si se hubiera mezclado con otra cosa. Algo de otro mundo. Algo sacado directamente de una pesadilla.

Sus hombros son anchos y huesudos, las caderas estrechas. Los brazos tan largos que le llegan a las rodillas. Las piernas también son más largas, lo que le obliga a inclinarse hacia delante para no golpearse la cabeza con las vigas de madera del techo. Su cabeza está deformada; la parte trasera parece haberse alargado, y la frente sobresale. No todas las luces del salón están encendidas, y Molly se alegra por ello. Aun así, puede distinguir la mayoría de los rasgos de su tío en aquel rostro espantoso. Como su nariz, que se ha encogido y parece estar desapareciendo por completo.

Solo lleva unos calzoncillos, así que su piel queda a la vista, y ya no parece piel humana. Por un lado, el color es distinto, y tiene un

aspecto más duro, correoso. Casi como la piel de un cocodrilo. Al mismo tiempo, es tan fina y se adhiere tanto a su cuerpo, que parece una lámina delgada que cubre los huesos y las venas justo debajo.

Pero lo peor son los ojos.

De forma almendrada y torcidos, están demasiado separados, y no se parecen en nada a los amables ojos azules de su tío. En cambio, son opacos como bolas de cristal y parecen brillar en la oscuridad con una blancura gélida.

—¿Te vas, mamá? —dice.

Las palabras están tan distorsionadas que Molly casi no las entiende al principio. Leo inclina su enorme cabeza y ensancha la boca en lo que parece una sonrisa.

—Leo —dice la abuela, con voz firme, aunque un poco temblorosa al mismo tiempo—. Hijo. Por favor. Los médicos pueden ayudarte.

—Médicos —repite Leo, rompiendo en una risa chillona y entrecortada. Luego simplemente dice—: No.

Da un paso hacia delante, y la abuela alza la voz:

—No te acerques, Leo. Ni un paso más.

Leo no obedece. Cruza el suelo moviéndose más como un insecto grande que como una persona.

Molly gime y retrocede un poco. Quiere correr de vuelta por el pasillo, pero puede oír a su abuelo gritar y golpear desde su dormitorio, y sospecha que en cualquier momento irrumpirá por la puerta.

Aparentemente su tío no la había visto antes, porque estaba oculta tras la abuela. Se inclina de lado y le dedica una sonrisa espantosa.

Molly distingue que sus dientes son afilados como agujas.

—Hola, Molly.

—No le hables —ordena la abuela, sonando ahora furiosa—. Déjala en paz.

El tío Leo mira a la abuela, y su sonrisa se vuelve amarga. Luego simplemente pasa junto a ella.

Molly sabe que debería salir corriendo, o al menos lanzarse detrás del murete que tiene al lado, pero no puede moverse. Solo puede quedarse allí y verlo acercarse. Su cuerpo huesudo se cierne sobre ella, y ahora puede ver —y oler— la sangre que le mancha la cara, el pecho y las manos, como si se hubiera bañado en ella.

—Molly —dice de nuevo con esa voz horrible, y lo que lo hace aún más aterrador es que conserva un ligero matiz del tono cálido y burlón con el que solía decir su nombre—. Pequeña Molly.

Extiende una mano, Molly ahoga un jadeo, y entonces su tío se estremece y se detiene.

Su expresión cambia, y al girarse, Molly ve el cuchillo clavado en su espalda. Está hundido entre dos costillas.

—Ni se te ocurra tocarla —sispea la abuela. Frente a Leo, parece diminuta, frágil y vieja. Y aun así, sus ojos lanzan fuego hacia él—. Si tienes que llevarte a alguien, llévame a mí, pero deja a la ni…

La abuela nunca llega a terminar la frase.

Leo se abalanza sobre ella con un rugido agudo. Parece un tigre atacando a un cervatillo. La abuela cae al suelo y Leo prácticamente la destroza con las garras y los dientes. Ella no grita, pero Molly la oye gemir de dolor mientras Leo le arranca trozos de carne a mordiscos y la abre con las uñas.

Molly jamás olvidará esos sonidos.

Parpadea, siente una breve sensación de caída, y entonces todo se vuelve negro.

8

TIM

«NO PUEDE DETENERLO; TODOS pereceréis.»

Las palabras resuenan en su mente mientras conduce por la autopista. Helena va en el asiento del copiloto, mirando su teléfono de vez en cuando. Ninguno de los dos dice mucho.

«Explotó, Tim. Explotó por completo.»

Por alguna razón, Tim sigue oyendo las voces de Alan y de Lundbeck, su memoria reproduciéndolas una y otra vez. Ahora que por fin no hay nada que requiera su atención inmediata, siente que algo intenta salir a la superficie.

«No puedes detenerlo; todos pereceréis.»

Había algo mal en el mensaje de Alan. O mejor dicho, en la traducción que hizo Tim. No la había entendido del todo bien.

Tim no es ningún experto en lingüística, pero entiende más o menos cómo funciona un idioma:

Una palabra designa una cosa o una acción. Las encadenas en una frase y obtienes algo con sentido.

Lo que Alan había pronunciado no funcionaba así en absoluto. No eran tanto palabras, eran explosiones emocionales, y eso es lo que hacía tan difícil poder interpretarlas.

La primera parte, "no puedes", la idea de que alguien no es capaz de hacer algo, puede significar muchas cosas, incluso en un lenguaje humano. Pero en la lengua de Alan había aún más matices.

Poder, querer y decidir, hasta donde Tim podía entender, eran en realidad la misma palabra, solo que expresada de maneras distintas. Y el sujeto al que se refería dependía de cómo se pronunciara.

Así que, en teoría, en lugar de "No puedes detenerlo", Alan podría haber dicho "No quiero detenerlo" o "No lo detendrán" o cualquier otra combinación. Tim había optado por "puedes" porque percibió en Alan una ligera sensación que le transmitía «Podría hacerlo si quisiera, pero…».

Y está bastante seguro de que esa parte la entendió bien. Lo que interpretó mal fue el quién.

Alan podría referirse a ellos, a sí mismo o al mismísimo primer ministro, según cómo lo hubiera dicho. Tim había asumido que hablaba de ellos, que ellos no podían detener lo que estaba ocurriendo.

En realidad, sin embargo, ahora tiene la clara impresión de que Alan se refería a sí mismo: "No puedo detenerlo."

Segundo error: la palabra perecer.

Según el contexto, quién la dice y cómo se pronuncia, esa palabra tiene casi infinitas variaciones. En un extremo puede significar cosas terribles como morir, extinguirse o ser aniquilado. Tim sintió una

impresión ominosa cuando Alan la pronunció, por eso la tradujo como perecer.

Pero en el otro extremo puede ser algo mucho más neutral, como disolverse, ocultarse o simplemente marcharse.

Cree que esta última acepción se acerca bastante a lo que Alan quiso decir en realidad.

Así que lo que Tim entendió como "No podéis detenerlo; todos pereceréis" probablemente significaba algo más parecido a "No puedo detenerlo; debéis alejaros."

Y eso convierte un presagio funesto en una advertencia compasiva.

Alan sabía lo que iba a ocurrirle. Y la humanidad que aún quedaba en él intentó desesperadamente comunicárselo para darles tiempo.

—¿Papá?

Parpadea y mira a Helena.

—¿Hmm?

—¿Estás seguro de que volver allí es buena idea? Digo, con lo que ha pasado.

—No, probablemente no —admite Tim—. Pero tengo que recoger a Buddy.

—Ya, lo sé. —Helena toca la fotografía que cuelga del retrovisor. Es una mujer joven, seguramente la novia del tipo al que Tim detuvo en el aparcamiento y le pidió amablemente las llaves—. Pero, ¿qué haremos después?

Tim la mira.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, si esto es el fin del mundo, ¿no deberíamos ir a alguna parte? Es lo que hace la gente en las películas.

Tim gruñe.

—¿Y a dónde querrías que fuéramos?

—No sé. ¿Australia? Algún lugar al que no llegue la infección.

—¿Crees que no llegará a Australia? —pregunta con sinceridad—. ¿Piensas que podrán contenerla?

Helena mira por el parabrisas y suspira.

—Probablemente no.

—Yo tampoco lo creo. Es solo cuestión de tiempo que esto llegue a todo el planeta. Así que no estaremos mucho más seguros en Barbados que en mi cabaña —Se muerde el interior de la mejilla—. Además, hay algo que quiero hacer cuando lleguemos.

—¿Qué cosa?

Se da cuenta de que lo ha dicho en voz alta.

—Bueno… esto vino del espacio. Vi una… una roca. Cayó y aterrizó en el bosque. De ahí salen las esporas. —La mira de reojo—. No le he dicho a nadie dónde está.

—¿Ni siquiera a la policía?

—No —Se encoge de hombros—. Pensé que la posibilidad de que alguien la encontrara era mínima, así que…

—¿Y qué vas a hacer con ella? ¿Destruirla?

—No, ya es demasiado tarde para eso. No lo sé, la verdad. Es solo que… algo me dice que tengo que volver a verla.

Helena lo observa un momento y luego asiente.

—Creo que deberías seguir tu instinto.

Tim no puede evitar sonreír.

—Ahora suenas igual que tu madre.

—Eso suele decirse como un insulto, ¿sabes?

—No era mi intención.

—Lo sé.

Conducen en silencio medio minuto.

Entonces Helena dice en voz baja:

—La echo mucho de menos.

—Yo también —responde Tim, apretando el volante—. Cada minuto de cada día.

Otro tramo de silencio. Tim siente que ella lo mira de nuevo.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Hay… hay algo que necesito decirte, papá. Sé que es un poco egoísta, pero… me ayudaría mucho soltarlo.

—Claro. ¿Qué es?

—Es algo muy doloroso. De verdad.

Tim la mira. Ella parece casi físicamente enferma de preocupación.

—Escucha, está bien, cariño. Puedo soportarlo. No hay nada que puedas decir que me hiera los sentimientos, créeme.

—¿De verdad?

—De verdad. Dímelo.

Helena aprieta los labios y luego dice:

—Ojalá hubieras sido tú en lugar de ella —Rompe a llorar.

Tim se queda atónito unos segundos. Luego exclama:

—¿Eso es todo? ¿Eso era?

—Sí —solloza Helena, mirándolo a través de los dedos—. Lo siento mucho, papá. No podía evitar sentirlo así. Sé que es horrible, pero…

Tim suelta una risita.

—Mira, lo entiendo. Créeme, cariño, he tenido ese mismo deseo un millón de veces. Si pudiera cambiar de sitio con ella, lo haría. En un

segundo.

Helena deja de llorar y lo observa.

—¿En serio?

—Absolutamente. El mundo estaría mucho mejor con ella que conmigo.

—Bueno… por eso lo pensaba hace un momento —Exhala con un temblor—. Ya no creo que sea verdad. Quiero decir, para empezar, tú me salvaste.

—Sí, pero…

—Y todo lo que hiciste para ayudar a la policía. Nadie más podría haberlo hecho.

—No sirvió —murmura Tim.

Helena no parece oírlo.

—He pensado en ello —continúa—, y creo que por eso vino aquella mujer a por mí, ¿sabes? No fue algo al azar. Quería matarme para intentar herirte. Para que dejaras de luchar contra ellos.

Tim casi abre la boca de sorpresa. Es como si Helena le hubiera leído la mente.

—Creo… creo que tienes razón.

—Sí, y… eso debe de ser porque saben que eres muy peligroso para ellos, ¿no? No solo porque puedas darles una paliza, sino porque… hay algo en ti que les da miedo. Creo que saben algo sobre ti que nosotros no.

—¿Como qué?

Helena se encoge de hombros y luego dice con sinceridad:

—Como que eres el único que puede salvar el mundo.

Tim resopla.

—Creo que ahora estás sacando demasiadas conclusiones, cariño.

—Puede que sí. Pero aun así… ese deseo horrible que llevaba dentro… —Lo mira, y los ojos se le llenan de lágrimas otra vez—. Siento que ha desaparecido por completo.

Tim traga saliva y consigue devolverle una sonrisa.

—Gracias, cielo.

Su mano reposa sobre la palanca de cambios. Helena coloca la suya encima. Es más pequeña, cálida y suave.

Dejan de hablar y continúan conduciendo.

Esta vez, el silencio se siente bien.

9

MOLLY

PARPADEA Y ABRE LOS ojos, encontrándose mirando el techo.

«¿Qué ha pasado?»

Oye unos ruidos húmedos y repugnantes en algún lugar cercano. Gira la cabeza y se da cuenta de que está tumbada boca arriba en el suelo.

«¿Me he desmayado?»

Un dolor palpitante en la parte posterior de la cabeza parece confirmarlo. Molly no tiene idea de cuánto tiempo ha pasado. Cuánto lleva ahí tirada. Podrían ser diez minutos. O dos segundos.

«Debo levantarme. Debo huir.»

Aunque no sabe muy bien por qué, siente que está en peligro.

Mira hacia el otro lado y ve algo que al principio no comprende. Es su tío Leo —aunque cuesta reconocerlo—. Está sentado sobre la abuela, o sobre lo que queda de ella, devorándola con ansiosos chasquidos mezclados con gruñidos de satisfacción.

Una oleada ardiente de miedo le recorre el cuerpo, y todo vuelve a ella.

Intenta incorporarse, pero los brazos y las piernas no quieren cooperar. Parecen conformes con quedarse ahí. Aunque Molly sabe que eso significa que también se la comerán a ella. En cuanto Leo termine con la abuela, vendrá a por ella.

Sus ojos captan algo arriba. Entre dos vigas hay una trampilla. Está cerrada, pero de ella cuelga una cuerda.

«Ahí era donde la abuela quería que fuéramos.»

Como si el pensamiento le devolviera el control del cuerpo, se incorpora. El dolor de cabeza empeora un poco, pero Molly lo ignora. Los sonidos se vuelven más nítidos mientras su mente se despeja. Mira brevemente a Leo. Tiene la espalda vuelta y sigue ocupado.

Molly se pone en pie y se sube al murete. Es lo bastante ancho para mantenerse de pie sobre él. Hace gimnasia en la escuela, así que es bastante fuerte y ágil, y aunque no alcanza la viga, basta con un pequeño salto. Se concentra, salta y se aferra a la madera. Trepa hasta sentarse a horcajadas sobre ella y mira hacia abajo.

Leo ha disminuido el ritmo de su festín. Se recuesta y se limpia la boca con el dorso de la mano, haciendo que sangre y trozos de carne caigan al suelo. La abuela es ya poco más que un amasijo de huesos y carne deshecha. Parece más una manzana caída al suelo devorada por un enjambre de insectos hambrientos.

Leo mira hacia el lugar donde estaba Molly. Al verla ausente, se pone en pie de un salto y corre alrededor del murete.

—¿Molly? —grita, haciéndola estremecer.

Molly contiene la respiración. La cuerda de la trampilla cuelga a escasos centímetros de su cara, pero no puede tirar de ella: Leo la oiría. Así que se queda completamente quieta, rezando para que no mire hacia arriba.

Él vuelve y se detiene casi justo debajo. Aspira con fuerza y gira la cabeza como un búho, escudriñando la habitación.

—Te huelo, Molly —susurra—. Cerca…

Molly siente ganas de gritar y llorar, pero aprieta los dientes y lo reprime todo. Los brazos y las piernas le tiemblan.

Parece que Leo está a punto de mirar hacia arriba —o quizá solo lo imagina—, pero entonces un golpe proveniente del pasillo lo interrumpe. La voz del abuelo suena desde su dormitorio:

—¡Sylvia!

Leo, aparentemente curioso, se asoma al pasillo. No llega a salir del salón, pero se aleja lo suficiente para que Molly se atreva a tirar de la cuerda. Se oye un clic suave mientras algún mecanismo abre la trampilla hasta dejar una rendija. Molly se queda helada y gira lentamente la cabeza hacia Leo.

Él, evidentemente, la ha oído, porque cruza la habitación a grandes zancadas. Se detiene otra vez justo debajo, moviendo la cabeza de un lado a otro con brusquedad.

—¡Molly! —ruge, con la voz quebrada en un tono chillón y horrible. Es como uñas arañando una pizarra, y un escalofrío helado recorre la espalda de Molly.

Leo respira como un toro, y de repente agarra el sofá y lo lanza por los aires como si fuera de corcho. Luego patea la mesa de centro.

Molly está horrorizada, pero sabe que debe aprovechar el ruido que él hace. Baja la trampilla casi hasta ponerla en vertical, y al hacerlo, una nube de polvo se desprende y cae como una llovizna. Molly se queda inmóvil mirando aquella lluvia, temiendo que Leo la note. Pero está demasiado ocupado arrancando las cortinas. Así que se permite volver a respirar.

Entonces asoma la cabeza por la abertura y se pone de pie sobre la viga. Mira a su alrededor rápidamente: hay un desván oscuro y polvoriento. Está vacío, salvo por unas cajas de cartón viejas y un colchón envuelto en plástico. Todavía oye a Leo destrozando la habitación de abajo, sin sospechar que ella está justo encima, y una euforia salvaje la invade al darse cuenta de que de verdad va a escapar. En cuanto suba del todo, podrá cerrar la trampilla y Leo probablemente no notará el polvo que ha caído, la única pista de su escondite.

Se impulsa y sube, y luego baja la trampilla con cuidado. Cuando solo queda una abertura de unos pocos centímetros, echa un vistazo final: Leo ha pasado a la cocina y está arrancando las puertas de los armarios. Entonces Molly cierra del todo; la trampilla se cierra con un nuevo clic.

Vuelve a mirar a su alrededor, sus ojos se adaptan a la oscuridad. Hay una pequeña ventana al fondo por donde entra una luz grisácea. Se pone de pie y camina hacia ella con pasos ligeros, procurando no hacer crujir las viejas tablas del suelo.

«Lo conseguí», piensa, sintiendo una sonrisa dibujarse en sus labios. «He escapado. Nunca me encontrará aquí. Solo tengo que quedarme y…»

Algo negro con alas surge de la oscuridad y se lanza directo hacia su cara.

Ocurre tan deprisa y de forma tan inesperada que Molly no puede evitar gritar de susto y levanta las manos por reflejo mientras la extraña criatura, parecida a un ave, roza su cabello. La sigue con la vista mientras vuela hacia el otro extremo del desván y desaparece de nuevo entre las sombras.

«Era un murciélago», piensa Molly, con el corazón desbocado. «Nunca había visto uno antes.»

No tiene tiempo de preocuparse más por el animal, porque entonces se da cuenta de que abajo reina un silencio absoluto.

Molly contiene la respiración y escucha.

Pasos. Que se acercan. Se detienen.

Una larga pausa.

Olfateos.

Y luego, justo debajo de la trampilla, la voz de Leo, baja, distorsionada y aterradora:

—Chica lista…

10

VERONICA

POR FIN DISTINGUE LA cabaña a lo lejos.

Siente como si hubiera estado conduciendo toda la noche, y sin embargo el atardecer aún está a horas de llegar.

La cabaña está a oscuras, salvo por una luz tenue en las ventanas del salón. Son tres, del tipo antiguo, con travesaños gruesos que las dividen en pequeños cuadros. Por eso, incluso desde cierta distancia, Veronica se da cuenta de que algo no va bien en una de ellas: los travesaños han desaparecido. También el cristal y el marco.

Apaga el motor de inmediato y salta del scooter. Deja caer el casco y los guantes en la nieve, toma el arma y corre el último tramo hacia la casa, sintiendo su corazón acelerarse.

Al acercarse a la ventana rota, ve enseguida que el golpe vino desde fuera: todos los fragmentos de vidrio y trozos de madera están esparcidos por dentro.

Mira al interior del salón y lo encuentra hecho un desastre. Todos los muebles están volcados.

En medio de la habitación está Leo. Lo reconoce al instante. Permanece quieto, aparentemente escuchando, mirando hacia el techo.

Veronica alza el arma y apoya la culata en su hombro.

—Chica lista… —susurra Leo, con una voz deformada, inhumana.

Justo cuando Veronica está a punto de apretar el gatillo, él salta al aire y atraviesa el techo con un estruendo. Sus piernas delgadas cuelgan un instante antes de desaparecer en el desván.

Entonces se oye un grito arriba. Una niña.

«Molly.»

—Mierda —murmura Veronica, trepando por la ventana rota lo más rápido que puede.

Corre hacia el lugar por donde Leo subió y ve la trampilla destrozada. No lo distingue allá arriba, pero oye su voz susurrante:

—Molly…

El pánico la atenaza. Tal vez ha llegado demasiado tarde. Piensa en gritar el nombre de Leo para distraerlo, pero decide que mantener el factor sorpresa le dará a ambas más posibilidades de sobrevivir, así que guarda silencio.

Las vigas del techo están justo fuera de su alcance, pero hay una silla volcada junto a ella. La endereza, se cuelga el arma al hombro, sube a la silla, agarra la viga y trepa. De pie sobre ella, logra asomar la cabeza y la parte superior del cuerpo por el agujero.

Entonces lo ve. Leo está de espaldas a ella. Molly yace en el suelo frente a él, boca arriba, completamente expuesta.

Veronica se quita la correa del cuello sin apartar los ojos de Leo. Todo parece moverse en cámara lenta. En cualquier segundo, Leo

puede lanzarse sobre la niña y será demasiado tarde. Molly llora de miedo.

Justo cuando parece que Leo va a atacarla, Veronica encaja el arma en el hombro y grita:

—¡Leo!

11

MOLLY

NO PUEDE MOVERSE. ES como si se hubiera convertido en una estatua de mármol.

Durante un momento dolorosamente largo, Molly solo puede quedarse quieta, conteniendo la respiración, escuchando, esperando que Leo no haya descubierto dónde está. Sus ojos están fijos en la trampilla, a apenas a tres metros de distancia.

De pronto, la trampilla estalla con un estruendo cuando Leo atraviesa su parte superior del cuerpo. Molly grita y retrocede, sus talones chocan contra algo y cae sobre una caja de cartón, que se vuelca mientras ella aterriza de espaldas. Levanta la cabeza y mira por encima de la caja justo a tiempo para ver a Leo subir al desván y ponerse en pie. La luz tenue que sube desde la abertura hace que su tío parezca aún más inhumano mientras se sacude los restos de la trampilla rota de los hombros y examina el ático con la mirada.

Por suerte, la caja de cartón oculta a Molly de su vista, siempre que permanezca tumbada. Nota algunos objetos que se han

desparramado de la caja: una vieja máquina de coser, un par de ovillos de lana y unas tijeras de metal pesadas.

Molly observa a Leo mientras este explora la habitación, buscando. Su cabeza se detiene cuando sus ojos la localizan, y exhala un suspiro largo.

—Molly —susurra.

Molly se incorpora y se lanza hacia las tijeras.

Leo se abalanza sobre ella.

Consigue agarrarlas y levantarlas justo cuando Leo se inclina sobre la caja. Él la sujeta por los hombros, probablemente con intención de alzarla, pero se detiene cuando la hoja atraviesa su piel y se hunde justo bajo la clavícula.

Molly no intentaba apuñalarlo: solo levantó las tijeras para protegerse, para mantenerlo alejado. Al sentir cómo se hunden en el pecho de Leo, las suelta con un jadeo.

Leo también la suelta y mira hacia abajo. No grita, como Molly esperaba. Simplemente agarra las tijeras por el mango y las arranca de un tirón, con un gruñido de dolor. Mira brevemente las hojas, ahora completamente ennegrecidas por la sangre, y las lanza al otro extremo del desván. Luego vuelve la mirada hacia Molly, con los ojos llenos de furia.

Molly intenta gritar, pero lo único que sale de su garganta es un gemido ronco.

—¡Leo!

Es una voz que reconoce.

La voz de Veronica.

Leo se gira bruscamente.

Molly estira el cuello.

El torso de Veronica se asoma por la abertura. Sostiene un arma apoyada en su hombro. El cañón apunta directamente a Leo, y su cabeza está ligeramente inclinada.

El arma destella, y el sonido que sigue es tan ensordecedor que Molly está segura de que el techo entero ha volado por los aires.

Pero el techo sigue intacto. Lo único que se mueve es Leo, impulsado hacia atrás como si alguien le hubiera dado una patada brutal en el pecho. Pisa la caja de cartón y casi cae sobre Molly. Solo consigue apoyarse de rodillas antes de emitir un rugido. Al menos eso supone Molly, porque su boca está completamente abierta y la saliva vuela de sus labios mientras fulmina a Veronica con la mirada.

Entonces se lanza hacia ella, con uno de sus brazos colgando de forma extraña, y vuelve a oírse otro destello, otro estallido que hace temblar el aire. Leo vuelve a ser lanzado hacia atrás, esta vez con tal fuerza que cae de espaldas y no intenta levantarse de inmediato.

Molly se queda allí, tapándose los oídos, mirando a su tío. Todavía se mueve, pero está gravemente herido, y solo entonces Molly comprende que Veronica le ha disparado.

Veronica sube, pero no se acerca a Leo de inmediato. Molly la ve bajar el arma, meter la mano en el bolsillo de la chaqueta y manipular algo. Intenta decir su nombre, llamarla, pero no está segura de que las palabras salgan correctamente; apenas puede oírlas.

Veronica vuelve a alzar el arma al hombro y da un paso adelante justo cuando Leo consigue girarse y ponerse sobre manos y rodillas.

No llega más lejos. Porque Veronica se detiene, apunta con cuidado y le dispara en la nuca.

Molly ve cómo el rostro de Leo se desprende y cae al suelo medio segundo antes de que su cuerpo se desplome sobre él.

Y entonces, una vez más, todo se vuelve negro.

12

VERONICA

VERONICA SE QUEDA QUIETA unos veinte segundos, respirando con dificultad; siente el aire entrar y salir, pero no lo oye.

Mantiene el arma apuntando a Leo, preparada para otro disparo. Él no se mueve ni un milímetro. No esperaba que lo hiciera: los perdigones le atravesaron el cráneo. Sea lo que sea en lo que se haya convertido, no puede seguir funcionando con el cerebro destrozado.

Cuando se convence de que Leo está realmente muerto, se vuelve hacia la trampilla. Aun así, no baja la guardia; si hay alguien más en la casa, sin duda ha oído los disparos.

Agachándose, examina el salón. No hay nadie.

Se incorpora y va hacia Molly. La niña sigue tendida boca arriba, inmóvil. Por un terrible instante, Veronica teme haberla alcanzado también; estaba dentro del radio del primer disparo, pero no tuvo elección: debía disparar y confiar en su puntería.

Sin embargo, no ve heridas ni sangre. La niña está pálida, pero respira con normalidad.

Solo se ha desmayado. No es de extrañar.

Deja el arma en el suelo y le toca el hombro con cuidado, agitándola suavemente.

La niña mueve los labios y gira la cabeza, pero no abre los ojos. Veronica la sacude un poco más fuerte y dice su nombre, aunque probablemente Molly esté tan sorda como ella.

Funciona. La niña parpadea, enfoca la vista y, de repente, se incorpora para abrazarla con fuerza.

—No deberíamos tocarnos —le dice Veronica, apartándole los brazos—. Puede que aún sea contagiosa, no lo sabemos —Le sonríe —. Pero me alegra muchísimo verte. ¿Estás bien?

Molly asiente.

—No estoy herida.

—¿Leo te tocó?

Niega con la cabeza.

—No, la piel no, al menos. Gracias, Veronica. Muchas gracias — Empieza a sollozar, ocultando el rostro entre las manos.

—Está bien, cariño —dice Veronica. Le concede un minuto para respirar. En realidad, quiere bajar cuanto antes, sobre todo para alejarse de Leo, que apesta a sangre, sesos y cítricos. Pero la niña ha pasado por demasiado—. ¿Puedes contarme qué ha ocurrido mientras yo no estaba?

Su audición mejora poco a poco, aunque aún percibe un zumbido agudo, mientras escucha el relato entrecortado y tembloroso de Molly. Se le pone la piel de gallina.

—Dios mío —murmura—. Lo siento tanto, Molly. Lo siento por haberte dejado sola.

La niña asiente.

—Está bien. Entiendo por qué tuviste que hacerlo —Mira hacia el cuerpo de Leo—. Pero… ¿tenías que…? ¿No crees que quizá el tío Leo podría haberse… no sé, curado?

Veronica niega.

—De verdad no lo creo. Y aunque hubiera podido, no tenía elección. Te habría hecho daño si no lo detenía.

Molly inspira temblorosamente.

—Supongo que tienes razón… —susurra.

—¿Y tu abuela?

Molly señala la trampilla.

—Está ahí abajo. ¿No la viste?

—No. Entré deprisa. ¿Pero está muerta?

—Sí.

Veronica no puede evitar recordar a la mujer de la bañera, y sabe que debe ser cauta.

—De acuerdo —dice—. Vamos, Molly. Tenemos que bajar. Debemos irnos.

—¿Qué? ¿Por qué?

Veronica la ayuda a levantarse, procurando que su piel no se toque.

—No es seguro quedarse. Dijiste que tu abuelo y tu madre siguen en la casa, ¿verdad?

La guía hasta la trampilla. Echa otro vistazo: el salón sigue vacío. Baja y salta al suelo. De inmediato, barre la estancia con el arma,

asegurándose de que nadie se oculta preparado para atacarla. Lo único que oye es el viento que entra por la ventana rota y un sonido lejano, quizá un motor. Al mirar al suelo, observa lo que no había visto al entrar: los restos de Sylvia, casi ocultos bajo la mesa de centro volcada. Una de sus manos huesudas sobresale. Se parece al viejo del granero, y Veronica confía en que esté realmente muerta.

—Está bien, puedes bajar, Molly —susurra—. Pero hazlo en silencio, ¿vale?

La niña desciende con sorprendente agilidad, aterrizando sin ayuda. Mira hacia la ventana.

—¿Qué es eso? ¿Es… un coche que se acerca?

Veronica percibe que el sonido del motor es más fuerte.

—Creo que podrían ser los médicos —dice—. Tal vez tarden unos minutos más. Necesitamos saber cómo están tu abuelo y tu madre. Pero quiero que tú te quedes aquí. Busca un sitio donde esconderte. ¿De acuerdo?

Molly asiente, va hacia la cocina y se mete en un armario abierto, cerrando la puerta tras de sí.

—Buena chica —murmura Veronica, encarándose el arma al hombro pero manteniéndola en ángulo mientras avanza por el pasillo.

Llega primero al cuarto de Flemming. Se detiene y escucha durante medio minuto. El sonido, que ya distingue claramente como un helicóptero, es muy fuerte, y le resulta difícil oír algo dentro. La llave sigue puesta; la gira con un clic, retrocede y apunta el arma. Pasa otro medio minuto. Nada. Veronica estira el brazo y abre la

puerta. Luego usa el cañón para empujarla del todo, retrocediendo otra vez.

No alcanza a ver toda la habitación, pero no lo necesita para entender lo que ha ocurrido.

La cama está deshecha. Flemming ha estado allí hace apenas unos minutos; hay una hondonada húmeda de sudor en el colchón. La almohada y la manta yacen en el suelo. En los laterales de la mesa aún hay tiras de cinta adhesiva, mordidas o arrancadas. La ventana está abierta, la cortina ondeando con la brisa.

Veronica decide no encender la luz: sus ojos ya están acostumbrados a la penumbra y no quiere cegarse.

Entra y observa. Solo hay dos sitios donde alguien del tamaño de Flemming podría esconderse: dentro del armario o bajo la cama.

Abre el armario. Solo ropa y sábanas.

Se agacha y mira debajo de la cama. Nada.

Por último, se acerca a la ventana y ve exactamente lo que esperaba: grandes huellas descalzas alejándose de la casa.

El ruido del helicóptero es ensordecedor ya, y un haz de luz amarilla cruza el cielo a unos cientos de metros. Viene directo hacia allí.

Vuelve al pasillo y se dirige al dormitorio de Alice. Recuerda que su cuñada no estaba tan avanzada como Flemming cuando ella se marchó, así que es más probable que siga en la cama.

Como la anterior, la puerta está cerrada con llave, la cual sigue en la cerradura.

Veronica repite el procedimiento. Al empujar la puerta, ve de inmediato a Alice.

Sylvia había hecho un buen trabajo atando a su marido y a su hija, pero parece que se le acabó la cinta con Alice y tuvo que usar un albornoz y un trozo de cable para sujetarle la parte inferior del cuerpo.

—¿Alice? —grita Veronica, para hacerse oír por encima del estruendo del helicóptero, ahora casi encima de la casa—. ¿Alice, me oyes?

Alice parece dormida. Pero podría fingir.

Veronica se acerca. El rostro de su cuñada es pálido, casi sereno en la oscuridad. No hay rastro de la sustancia negra. Está claramente en la fase profunda, como Leo: el sueño comatoso que precede a la transformación. El cuerpo queda oculto bajo el edredón, pero al fijarse mejor, Veronica nota ligeras alteraciones en sus facciones.

«No hay vuelta atrás para ella», piensa, sintiendo una opresión en el pecho. «Debería dispararle aquí mismo.»

Pero no puede hacerlo. No con Molly en la otra habitación. No mientras exista una mínima posibilidad de salvarla.

El helicóptero parece haber aterrizado al otro lado de la casa, y el motor va ralentizando. Quizá los médicos hayan descubierto algo. Tal vez traigan una cura. Veronica lo duda, pero decide concederle a Alice esa última esperanza.

Así que la deja y sale a recibir a los médicos.

13

VERONICA

VA A LA COCINA, abre el armario y le dice a Molly que, por ahora, se quede dentro.

—¿Y mi madre, Veronica? —pregunta la niña.

—Está durmiendo —le responde con una sonrisa rápida—. Ahora, mantente en silencio hasta que vuelva. No le abras a nadie más. ¿De acuerdo?

La niña asiente. Veronica cierra el armario y sale de la cabaña por la puerta principal.

El helicóptero ha aterrizado en una zona relativamente llana del jardín. Los rotores aún se están ralentizando cuando Veronica sale. Potentes focos inundan el terreno en todas direcciones, convirtiendo los alrededores inmediatos en pleno día. La nieve vuela por el aire y le azota la cara. Entrecierra los ojos e intenta ver el aparato. Cuesta, pero distingue a una persona saltando por la puerta.

—¿Quién es usted? —grita una voz masculina, algo amortiguada—. ¿Por qué va armada? ¡Deje el arma en el suelo, por favor!

Veronica no está apuntando exactamente al helicóptero, pero instintivamente mantiene el arma lista.

—¿Son médicos? —grita de vuelta.

—¡Sí! Hemos venido a ayudar. Tiene a tres enfermos dentro, ¿verdad?

—Bueno, ya solo queda uno —dice Veronica—. Pero han venido al sitio adecuado.

Hay una breve pausa. Los rotores casi se han detenido y la nieve vuelve a posarse. Veronica echa una mirada a su alrededor. Es muy consciente de que Flemming está cerca. Es bastante probable que se haya largado como hizo Leo. Pero también es posible que oyera llegar el helicóptero y se haya quedado cerca.

—¿Cómo que solo queda uno? —pregunta el hombre—. ¿Qué ha pasado con los otros?

—Uno ha muerto. El otro se ha marchado.

—¿Se ha marchado? ¿Así, sin más?

—¿Puede dejar el arma, por favor? —pide otra voz, y Veronica ve a un segundo hombre unirse al primero entre el mar de luces. Lleva una maleta grande.

Veronica asegura el arma y se la cuelga del hombro. Uno de los sanitarios se acerca mientras los rotores por fin se paran, dejando otra vez la noche en silencio. El otro ha regresado al helicóptero, y apagan parte de las luces; la zona sigue bien iluminada, pero ya no deslumbra. Veronica por fin puede ver el aparato con claridad: es amarillo, con franjas rojas en la parte superior, y la puerta está abierta, dejando a la vista mucho equipo médico. Para satisfacción

de Veronica, ambos llevan trajes completos de protección, con equipos de respiración.

El más cercano llega hasta ella y la saluda con un gesto de cabeza. No parece mucho mayor que Veronica.

—Soy Jeppe.

—Veronica Steen. Me alegra ver que os lo tomáis en serio.

—Por lo que nos ha contado, tenemos que asumir que se trata del hongo Nigrum.

Veronica siente un vuelco en el corazón.

—¿Saben lo que es?

Jeppe vuelve la cabeza cuando su compañero llega por la nieve para unirse a ellos. El segundo es más bajo y corpulento, y aparentemente algo mayor.

—Entonces, ¿cuál es la situación? —pregunta—. ¿Podemos entrar ya? Me estoy helando.

Se dirigen a la casa.

—Fue mi suegro quien los llamó —les dice Veronica por encima del hombro—. Flemming Brun. Estaba infectado, igual que su hijo, su hija y su esposa.

—¿Flemming fue el primero en contagiarse? —pregunta Jeppe al entrar.

—No —responde Veronica, volviéndose hacia ellos y, en una fracción de segundo, decide mentir—. Fue Leo. Su hijo. Infectó a los demás.

—¿Y usted? —pregunta el otro sanitario, como si le leyera la mente de inmediato.

—Fui muy cuidadosa —contesta ella con frialdad.

Jeppe echa un vistazo al vestíbulo.

—¿Ha estado aquí alguien más que no se haya contagiado?

Una vez más, sin pestañear, Veronica miente:

—No. Nadie más.

Ella misma se sorprende. Siempre se había considerado una persona veraz. Alguien que cumple su palabra. Que no miente. Pero estos últimos días le han demostrado lo contrario. Callarse su diagnóstico de cáncer era una cosa; es un asunto privado, y no algo que tenga obligación de anunciar de inmediato. Habría podido contárselo a Leo a su debido tiempo—si el mundo hubiera seguido como siempre y no se hubiera convertido en esta película de ciencia ficción absurda en la que se encuentra.

Pero no decirle nada a Leo sobre la infección… Y, cuando cayó enfermo, no admitir de inmediato que ella fue la causa… ¿Qué clase de cosa fue esa? ¿Protegerse a sí misma? Eso no es propio de ella.

A eso se suma que ahora está mintiendo descaradamente a los sanitarios sobre una enfermedad evidentemente peligrosísima. Veronica se siente desorientada, como si ya no se reconociera.

Y, aun así… no duda de su decisión.

Su instinto le dice que hace bien en mantener en secreto, al menos por ahora, lo de Molly y su propia infección pasajera. Al menos hasta saber cómo van a tratar a Alice.

Se da cuenta de que el segundo sanitario —el que no le ha dicho su nombre— la observa a través de la visera.

—Es que, antes de aterrizar, he visto una moto de nieve al otro lado de la casa. Huellas que vienen hacia aquí.

—Es mía —responde Veronica al instante—. Salí para intentar pedir ayuda a los vecinos —Se encoge de hombros—. No llegué. Nevaba tanto que no veía dónde estaba, así que di la vuelta a los cinco minutos.

—Ajá —dice el hombre—. ¿Y la escopeta?

Esta vez, Veronica no necesita mentir.

—Para defensa. Leo, el que cayó enfermo primero… se volvió extremadamente violento. No podía estar segura de que Flemming o Alice no fueran a serlo también.

Los sanitarios se miran; no es una mirada de sorpresa. En lo que se les alcanza ver de la cara, parecen sombríos.

—¿Ya lo sabíais? —pregunta—. ¿Que se vuelven peligrosos cuando la infección avanza lo suficiente?

—¿Cuánto ha oído de lo que pasa? —pregunta Jeppe.

—Mire —le corta el otro—, no tenemos tiempo para charlas. El tiempo es esencial. ¿Quién es la persona que queda?

—Alice —dice Veronica, conduciéndolos al salón—. Está atada a la cama. La última vez que la miré, seguía dormida. Está justo al fo...

—Dios santo —exclama el sanitario mayor, dejando la maleta en el suelo—. ¿Qué ha pasado aquí?

Veronica mira el desorden.

—Es una historia larga pero, como dije… Leo se volvió violento. Tuve que… tuve que dispararle.

Ambos la miran, y Veronica hace un esfuerzo por no dar un paso atrás. El arma aún cuelga a su espalda. De pronto desearía haberla mantenido en las manos.

—¿Le disparó? —repite Jeppe.

—No tenía alternativa. Iba a matarme.

El otro sanitario empieza a moverse por la habitación. Intenta que parezca casual, pero Veronica percibe su tensión. La de todos.

—Vale —dice Jeppe, asintiendo—. Vale, bueno… La policía viene de camino. Ellos se encargarán de eso. ¿Verdad, Frank?

Frank no contesta. Parece haber encontrado algo. Está mirando la mesa de centro.

—¿Qué pasa? —pregunta Jeppe.

—¿Es este? —pregunta Frank, dirigiéndose a Veronica—. ¿Es Leo Brun?

Veronica se vuelve hacia él, y, con disimulo, se descuelga la correa del arma por encima de la cabeza.

—No, no es él. Es su madre, Sylvia Brun. La atacó y se la comió… como se puede ver.

—Bien —dice Frank, para sorpresa de Veronica, aceptando la respuesta sin más—. No estamos aquí por los muertos. Llévanos con Alice, por favor. Con suerte aún podemos ayudarla.

Veronica sostiene la correa, que ahora descansa en su hombro derecho, lista para soltar el arma del todo. Confía en que no se den cuenta.

—Claro —dice, señalando el pasillo—. Es la última habitación a la izquierda.

Están a punto de salir cuando se oye un ruido en la cocina. Veronica se gira en redondo y ve a Molly salir del armario.

—¡Molly! Te dije que te quedaras ahí…

La niña iba hacia ella, pero se detiene en seco, como si Veronica le hubiera dado una bofetada.

—No es seguro estar aquí fuera —le dice Veronica, y, mientras habla, nota que Jeppe se le acerca deprisa por el lado. Se vuelve hacia él y, en un solo movimiento fluido, se descuelga el arma del hombro—. ¡Atrás!

Jeppe se detiene, pero sus ojos se mueven, y Veronica ve demasiado tarde que Frank llega por el otro lado. Le golpea el cañón hacia abajo y la atrapa con un abrazo lateral a la altura del tronco. La alza del suelo, la gira para que las piernas se eleven y la estrella de espaldas contra el suelo.

El aire se le va de los pulmones y le arrancan el arma de las manos. Antes de que recupere el sentido de la situación, la vuelcan boca abajo; una rodilla le presiona entre los omóplatos y le juntan las muñecas a la espalda. Aún jadea, incapaz de respirar, y oye a Molly gritar.

—Yo no… no he hecho nada —ronca Veronica.

—¿Ah, no? —le sisea Frank al oído—. Acabas de confesar un asesinato, loca de mierda.

—Legí… tima… defensa… —Quiere decir algo más, pero no puede.

—¿No hay nadie más aquí? —pregunta él, con la voz temblorosa de miedo o de rabia, o de ambas—. ¿En qué más has mentido, ¿eh?

—¿Por qué me apuntas con el arma si eres inocente? —pregunta Jeppe desde algún punto cercano.

Veronica no tiene una respuesta que no suene a otra mentira.

—¿Qué vamos a encontrar si registramos la casa, ¿eh? ¡Dímelo! —exige Frank.

—Alice… en la última habitación —gime Veronica, por fin empezando a respirar mejor—. Leo… en el desván. Muerto.

—No podemos fiarnos de una palabra de lo que diga —concluye Frank—. Tráeme algo para inmovilizarla, Bille. ¡Rápido!

Veronica alza la cabeza lo justo para mirar el sitio donde estaba Molly. La niña ya no está. Probablemente se asustó con la pelea y fue a esconderse.

Jeppe se acerca con una correa de nailon, y Frank la incorpora, la sienta en el sillón de Sylvia y pasa una cinta alrededor del pecho, fijándola a la butaca. Luego sujeta ambas muñecas a los reposabrazos.

—Te quedas ahí hasta que llegue la policía —le informa, y se vuelve hacia Jeppe—. Dame el arma.

El sanitario más joven sostiene el arma con torpeza. Parece haber oído algo en el pasillo.

—¡Eh, Bille! —susurra a gritos Frank—. ¿Qué pasa?

Jeppe lo mira.

—Creo que he oído algo.

—¿La niña?

—No, yo… no lo creo.

Frank va hacia él y le quita el arma. No es, desde luego, la primera vez que maneja una. Comprueba ambas recámaras, mascullando con rabia.

—Dijeron que llegarían mucho antes que nosotros. Putos polis ineptos.

—Deberíamos haber dado la vuelta, como dijo Poulsen —interviene Jeppe.

—Bah, lo hecho, hecho está —gruñe Frank—. Ya estamos aquí y lo afrontamos.

El sanitario más joven mira a Veronica. No se le ve cómodo, pero al menos no huye.

—Por favor —dice Veronica, agradecida de poder llenar los pulmones otra vez—. No hace falta que hagáis esto. Soltadme y colaboraré.

Frank resopla.

—Voy a revisar el resto de la cabaña. Tú te quedas, Bille. Y ni se te ocurra apiadarte y soltarla.

Se cuelga el arma al hombro y desaparece por el pasillo.

14

MOLLY

CIERRA LA PUERTA CON el mayor sigilo posible.

La habitación está oscura, y hace un frío insoportable. El aire huele fuertemente a limón. Molly intenta ignorarlo y se concentra en meter la llave en la cerradura. La gira y oye el clic del cerrojo al encajarse.

Da un paso atrás, conteniendo la respiración y mirando la puerta fijamente. Escucha. Percibe un forcejeo en el salón. Los médicos gritan. Pero nadie avanza por el pasillo. Nadie la persigue. Siente un poco de alivio, aunque sigue preocupada por Veronica. ¿Por qué había apuntado con el arma a los doctores? ¿No confiaba en ellos? Habían venido a ayudar, así que ¿por qué…?

Un gruñido la hace girarse de golpe.

Casi se había olvidado de su madre.

Verla allí, en la cama, atada con cuerdas y cinta adhesiva, con el rostro pálido bajo la tenue luz gris de la ventana, le provoca una mezcla de emociones difícil de describir.

Por un lado, sabe que mamá está enferma. Que la extraña enfermedad la ha contagiado.

Por otro, parece casi la de antes. Como si solo estuviera dormida. Como Blancanieves en su ataúd de cristal.

Una ráfaga fría mueve las cortinas, y Molly se estremece. Puede ver su propio aliento en el aire.

Del salón llega menos ruido ahora. Los médicos hablan entre ellos, pero ya no gritan. También oye la voz de Veronica.

«¿Habrán hecho las paces?»

Lo duda. Vio cómo el médico mayor arrojaba a Veronica contra el suelo. Es más probable que…

Mamá vuelve a gruñir. Un nervio le tiembla bajo el ojo derecho.

Molly se acerca un poco.

—¿Mamá? —susurra—. ¿Estás despierta?

No hay rastro de aquella sustancia negra, lo cual supone un gran alivio. Por lo que oyó a los adultos, Leo tenía un aspecto horrible cuando estuvo más enfermo.

Pero luego la sustancia desapareció.

Y todos pensaron que estaba mejor.

No lo estaba.

Sin embargo, Veronica también tuvo la infección. También le creció aquello negro. Y desapareció. Y ella se recuperó. Perfectamente normal.

«¿Le habrá pasado lo mismo a mamá? ¿O es como Leo ahora?»

Solo imaginarla corriendo como un insecto gigante, con dientes afilados y sin poder hablar bien, le dan ganas de llorar.

Aun así, se obliga a dar un paso más, hasta quedar junto a la cama. Se inclina un poco hacia delante para verle mejor la cara. Trata de adivinar si su madre está bien o no. Todavía recuerda con claridad el rostro de Leo cuando la atacó en el desván: era él, sí, pero estaba cambiado. La barbilla, la mandíbula, la nariz… pero, sobre todo, los ojos.

El rostro de mamá no parece cambiado. Su piel conserva el color normal. Y sus ojos están cerrados. Molly puede ver que se mueven lentamente bajo los párpados, como si soñara.

El corazón de Molly late tan fuerte que lo oye dentro de sus oídos.

«¿Está bien? ¿Sigue siendo mi madre?»

Oye pasos en el pasillo. Lentos. Demasiado pesados para ser de Veronica.

Se detienen. Una manilla gira. Una puerta se abre.

Molly permanece inmóvil, escuchando.

Tras unos treinta segundos, los pasos se reanudan. Cuenta cinco o seis antes de que se detengan de nuevo. Oye otra manilla, otro chirrido de bisagra.

Es uno de los médicos, se da cuenta Molly. Está registrando todas las habitaciones.

La puerta está cerrada con llave, pero no está segura de que eso lo detenga. Ha visto en las películas cómo se puede derribar una puerta de una patada. ¿Qué hará si la encuentra aquí?

Mamá emite otro sonido, y Molly la mira. Los ojos han dejado de moverse. Respira más hondo ahora. ¿Se está despertando?

Recuerda cómo eran las manos de Leo: deformadas, extrañas. Baja la vista para comprobar las de mamá. Parecen normales. Tal

vez un poco más delgadas, y las uñas algo más largas de lo habitual, pero puede que simplemente olvidara cortárselas.

«Hay otra forma de saberlo con certeza…»

Molly se inclina sobre la cama, alarga la mano y, con el pulgar tembloroso, levanta suavemente uno de los párpados de su madre.

Apenas logra abrirle el ojo a medias cuando alguien agarra la manilla y la sacude con fuerza. Molly da un salto y casi grita.

—Sé que estás ahí dentro, niña —dice el médico—. Abre la puerta, por favor.

Molly no sabe qué hacer. Se tapa la boca con ambas manos, como si temiera que su propia voz la traicionara.

El médico golpea la puerta.

—Abre, niña. Tu madre está ahí también, ¿verdad? Sé que está enferma. Puedo ayudarla.

«¿De verdad puede? ¿O solo lo dice para que abra?»

Molly duda. ¿Debe abrir? ¿Saltar por la ventana? ¿Esconderse en el armario?

El médico sigue golpeando, sigue pidiéndole que quite el cerrojo, cuando, de repente…

—Psst.

Molly gira hacia la ventana. Espera ver a alguien, pero no hay nadie.

—Molly.

Baja la mirada y se le escapa un grito ahogado.

Los ojos de mamá están abiertos. Todavía se parecen a los de ella… un poco. Pero el azul se está desvaneciendo.

—Mamá… —susurra Molly, sintiendo que las piernas le fallan.

—Está bien —susurra la madre—. Sssssh —Le guiña un ojo, sonríe, y vuelve a cerrarlos.

Entonces la puerta estalla con un fuerte golpe.

15

FRANK

DA UN PASO ATRÁS, calcula la distancia y luego embiste hacia delante, adelantando la suela de su bota derecha. Impacta justo debajo de la manilla, lo bastante fuerte como para romper el cerrojo y hacer que la puerta se abra de golpe.

Inmediatamente gira el arma, preparado para lo peor.

Lo que ve en la habitación oscura, sin embargo, no es precisamente una amenaza.

La niña está junto a la cama, mirándolo con los ojos muy abiertos, desorbitados. Evidentemente estaba vigilando a la mujer tendida cuando Frank echó abajo la puerta. La mujer está sujeta a la cama igual que la persona del otro dormitorio antes de soltarse. Tiene los ojos cerrados y parece inconsciente, pues el estruendo no la ha hecho reaccionar.

—Tranquila —le dice Frank, bajando un poco el arma—. Soy médico. He venido a ayudar.

La niña no responde. Da un paso hacia un lado, queriendo apartarse de él pero sin atreverse a alejarse de la mujer en la cama.

—¿Es tu madre, verdad? —pregunta, tanteando el interruptor.

La niña asiente.

—¿Cómo te llamas?

Encuentra el interruptor y lo acciona. La luz se enciende, revelando que la habitación parece vacía. Hay un armario alto, y alguien podría esconderse bajo la cama, aunque Frank lo duda. Se siente lo bastante seguro como para colgar el arma de la correa al hombro. Entra y repite la pregunta.

—M… Molly —responde ella con voz débil.

—Bien, Molly. No hace falta que huyas, ni que me tengas miedo. Me llamo Frank. Tu abuelo pidió un médico, y yo he venido a ayudar. No dejes que el traje y la máscara te asusten: son solo una precaución —Señala el pasillo—. Si hemos sido un poco bruscos con Veronica antes, fue porque tenía esa escopeta y no sabíamos si iba a usarla contra nosotros. La policía viene de camino, y ellos habrían hecho lo mismo. No está permitido apuntar con un arma a nadie, ¿lo entiendes?

La niña asiente otra vez, aunque no parece convencida. Sus ojos van de Frank a la mujer.

—Seguro que estás preocupada por tu madre —prosigue él, adentrándose del todo en la habitación—. Veronica nos dijo que se contagió de esa enfermedad rara que hace que te crezca esa cosa negra, ¿es cierto?

La niña asiente, retrocediendo un poco más. El labio inferior le tiembla.

Frank se acerca a la cama y examina a la mujer. El pulso es normal, la respiración regular, las pupilas… le encogen el estómago. Las había visto en las fotografías del informe de urgencia justo antes de subir al helicóptero. Eran de Alan Andersen, el que en su momento consideraron Paciente Cero, hasta que descubrieron que alguien más lo había infectado. Una persona que seguía suelta, gracias a la ineptitud de la policía. Pero ver con sus propios ojos cómo las pupilas y el iris parecen disolverse es distinto. Es como si la mujer se estuviera quedando ciega… aunque, según les habían explicado en el caso Andersen, la enfermedad en realidad agudizaba la vista.

«Sentidos potenciados, especialmente olfato y visión; también el oído mejora… fuerza y habilidades físicas muy superiores… procesamiento cognitivo intacto o incluso mejorado, aunque el habla se dificulta hasta desaparecer por completo…»

Frank observa a la mujer mientras los datos se agolpan en su cabeza.

«Despertará en cualquier momento», piensa, tragando saliva. «Menos mal que ya está atada.»

Aunque no está convencido de que las cuerdas y la cinta aguanten. No habían logrado retener a la persona del otro dormitorio. Trajeron correas de nailon para este mismo caso; están en el salón.

Mira a la niña, que se mantiene al margen, abrazándose a sí misma, tiritando de frío.

—¿No quieres venir conmigo al salón? —pregunta—. Allí puedo darte una manta.

La niña niega con firmeza.

—¿No quieres dejar sola a tu madre? —deduce Frank—. Está bien. —No tiene intención de forzarla; no vale la pena, y quizá ni tenga tiempo—. Escucha, voy a buscar el equipo médico que necesito para ayudar a tu madre. Si te quedas aquí con ella, no la toques, ¿vale? Es muy importante. Si lo haces, tú también enfermarás. Te traeré una mascarilla como la mía, te protegerá. ¿De acuerdo?

La niña duda un instante y luego asiente.

—Vale.

—Buena chica —Frank sale de la habitación y se echa a trotar por el pasillo.

16

VERONICA

VERONICA GIRA LA CABEZA todo lo que puede, intentando ver cada una de las ventanas. Está sentada casi en el centro de la habitación, y hay ventanas a tres lados.

—¿Qué busca? —pregunta el sanitario mientras vuelve a colocar la mesa de centro boca arriba.

—A mi suegro —responde Veronica—. Sigue ahí fuera.

—¿Flemming? —El médico deja la maleta sobre la mesa y la abre.

—Sí. Se fue poco antes de que ustedes llegaran.

—¿Cree que volverá?

—No lo sé. Leo volvió.

El sanitario le lanza una mirada prolongada antes de sacar una jeringuilla y desenvolverla. Intenta subirle la manga izquierda a Veronica, lo que no resulta fácil debido a la correa que le sujeta el brazo.

—¿Qué me va a poner? —pregunta ella.

—No voy a ponerle nada —responde, limpiándole el pliegue del codo con una torunda de etanol—. Le sacaré una muestra de sangre para el laboratorio. ¿Le parece bien?

—¿Tengo opción?

—No, quiero decir si le dan miedo las agujas.

—No —Lo observa a través de la visera. Tiene unos ojos amables, aunque preocupados y centrados en su tarea—. ¿Aún no hay antídoto, entonces?

Él gruñe.

—¿Antídoto? ¿Se refiere a una cura? No tienen ni idea de qué es esto todavía —Clava la aguja y Veronica se estremece—. Piense en el Covid. La vacuna, ¿cuánto tardó en desarrollarse? Meses. Sin contar las pruebas y la distribución al público —Niega con la cabeza mientras retira la aguja—. Esto no se parece en nada al Covid. Y solo llevamos unos días sabiendo de su existencia. No creo que haya cura a corto plazo.

Veronica oye a Frank abrir puertas por el pasillo. Vuelve a mirar las ventanas mientras el médico guarda con cuidado la jeringuilla.

—¿Así que no saben cómo tratarlo? —pregunta.

—No, en realidad no.

—Pero lo han llamado de algún modo, ¿no? Es decir, le han puesto un nombre.

—Lo llaman Nigrumycosis. Pero básicamente significa «hongo negro». Ni siquiera saben cómo clasificarlo, porque no encaja en ninguno de los grupos conocidos. Para ser sincero, ni siquiera estoy seguro de que sea un hongo.

—¿Cómo dice? ¿Por qué no?

Se encoge de hombros.

—En algunas fases se comporta como un hongo, sí. Pero en otros aspectos parece más un virus superagresivo. No me pregunte, no soy experto. Lo único que digo es que ni siquiera los expertos tienen ni idea todavía —Saca un frasco de pastillas y desenrosca el tapón—. Abra la boca, por favor.

Veronica lo mira con suspicacia mientras él sacude dos pastillas en el tapón.

—¿Qué pasa? ¿Sigo teniendo derecho a tratamiento aunque sea una asesina?

El médico se encoge de hombros.

—Tiene más que derecho; debo obligarla a tomarlas si no lo hace voluntariamente.

—Le he dicho que no tengo la infección.

—¿Y cómo lo sabe?

—Porque… —Veronica se muerde el labio, luego decide contárselo —. Porque la tuve. Pero desapareció. Me he sentido perfectamente bien desde entonces.

El médico se detiene un instante.

—¿De verdad?

—De verdad. Sospecho que le pasó lo mismo a mi suegra antes de que… —Mira hacia el lugar donde siguen los restos de Sylvia.

—Bueno —dice él—, de todas formas debería tomarlas. No le harán daño.

Veronica abre la boca y él deja caer las pastillas sobre su lengua. Ella las traga.

—¿Quiere algo para beber?

—Estoy bien.

Él vuelve a revolver en la maleta. Veronica mira otra vez las ventanas. Nada aún. La oscuridad empieza a aclararse un poco. Mira el reloj de la pared: las 7:50. A esa hora, normalmente, estaría desayunando con Leo.

Del pasillo llega un golpe seco. La voz de Frank resuena:

—Abre la puerta, niña. Tu madre está ahí también, ¿verdad? Sé que está enferma. Puedo ayudarla.

—Oh, no… —murmura Veronica—. Se metió en la habitación de Alice… —Empieza a tensarse. La situación podría torcerse en cuestión de segundos.

—No debe preocuparse —le dice el médico mientras saca un tensiómetro—. Frank es muy precavido.

—No tiene ni idea de con qué se enfrenta —replica Veronica.

El doctor la mira un instante, pero no contesta.

—¿Ha oído hablar de alguien más como yo? —pregunta ella—. Alguien que lo haya contraído pero no haya enfermado.

—Sí. ¿No ha seguido las noticias?

—No. He estado un poco ocupada, ya sabe… sobreviviendo.

Él resopla.

—Han encontrado unas cuantas docenas de personas, la última vez que oí.

—¿Y qué les ha pasado? ¿Siguen bien?

—Hasta donde sé, sí. Pero, como dije, es demasiado pronto para sacar conclusiones —Le coloca el brazalete en el brazo y activa el aparato, que empieza a apretar—. Hay un tipo —prosigue, como si

pensara en voz alta—, Ivansen o algo así. Al parecer fue el primero, y se transformó un poco, pero luego… —Se interrumpe.

—¿Luego qué? —pregunta Veronica.

Jeppe parece a punto de responder cuando un estruendo en el pasillo los sobresalta.

—¡Frank, ¿estás bien?! —grita el médico.

Frank no contesta, pero un momento después Veronica lo oye hablar con alguien —probablemente Molly—:

—Tranquila. Soy médico. He venido a ayudar.

—No le hagas daño… —murmura Veronica, como si Frank pudiera oírla.

El médico le quita el brazalete y saca en su lugar un instrumento parecido a un bisturí y una plaquita cuadrada de plástico transparente endurecido. Se agacha junto al sillón.

—Dijo que la tuvo. ¿Le apareció el sarpullido negro?

—Sí.

—¿Dónde?

—En las manos. En la cara. Un poco en el cuero cabelludo, creo.

—Bien. No se mueva, por favor.

—¿Va a cortarme? —intenta apartar la mano mientras él baja el cuchillo.

—No, solo voy a raspar un poco de piel muerta de sus dedos. No le dolerá si se queda quieta.

Ella lo deja hacer. Él pasa el bisturí por las uñas y luego le pide que gire la mano; raspa también los surcos de la palma. La piel desprendida cae sobre la pequeña placa de plástico.

—Le llama Bille —observa Veronica, fijándose en los ojos del médico. Le parece bastante atractivo bajo la máscara—. ¿Es su apellido?

—Ajá.

—Conozco a una Bille. Trabajé con ella unos años. Stephanie. ¿La conoce?

Él alza las cejas.

—Es mi prima.

—El mundo es un pañuelo, ¿eh?

El médico no responde, sigue raspando. A pesar de la situación, Veronica no puede evitar imaginar, por un instante, cómo habría sido su vida si se hubiera asentado con alguien como él. Alguien inteligente, educado, comprometido. Alguien con quien pudiera hablar de verdad. Tener hijos.

Nunca había querido una vida así. Le gustaba mantener la opción abierta, pero en el fondo detestaba la idea de ser madre, de convertirse en ama de casa.

Sin embargo, ahora, el pensamiento no le resulta repulsivo. Probablemente porque ya no es una opción.

«Quizá en la próxima vida.»

El médico deposita con cuidado la muestra en una cajita y cierra la tapa con un clic.

—Tenemos un microscopio en el helicóptero. En un minuto iré a comprobar si quedan señales de la enfermedad en su piel. Si el resultado es positivo, no podremos llevarla. Tendrá que quedarse aquí hasta que envíen un camión.

—Oh, por favor…

—Lo siento. Son los protocolos que nos han dado...

De repente se oyen pasos en el pasillo, y Frank entra en el salón.

—Rápido —dice—. Otro juego de correas.

Jeppe va a la maleta, busca un momento y niega con la cabeza.

—No creo que las trajéramos.

—Claro que sí —bufa Frank, rodeando la mesa. Empuja a su compañero a un lado y rebusca él mismo en la maleta. Saca dos correas parecidas a las que sujetan a Veronica. Cambia de idea, las vuelve a meter, cierra de golpe la maleta y se la lleva entera.

—Vale —gruñe Jeppe cuando Frank sale—. Supongo que ya he terminado —Aún sostiene la caja con la muestra en la mano enguantada—. Iré a hacer la prueba.

—No es muy agradable, ¿verdad? —comenta Veronica con tono comprensivo. Espera ganarse la simpatía de Jeppe, quizá convencerlo de que la libere incluso si el test resulta positivo. No cree que lo sea; está convencida de que la infección ya la ha abandonado, pero algún rastro podría quedar en su piel.

Jeppe vacila.

—Está bajo mucha presión. Todos lo estamos.

—Sí, pero eso no impide tratar bien a la gente.

Él resopla.

—Sé lo que intenta hacer.

Ella suspira.

—Por favor, suélteme. Prometo que no huiré. Aunque el resultado sea positivo.

—Lo siento —dice él—. Es cuestión de seguridad nacional. Qué digo, de seguridad internacional. —Se da la vuelta y sale.

Unos segundos después, oye cómo se abre y se cierra la puerta principal.

Veronica mira la mesa. Ha dejado el bisturí. No está a su alcance, pero si consiguiera mover la silla unos centímetros… Se inclina de lado, pero la silla no se mueve. Empuja con los pies y logra desplazarse un poco, aunque hacia atrás en lugar de hacia el costado. Empujando solo con un pie, logra girar la silla, pero ahora está de espaldas a la mesa.

Sigue forcejeando cuando, de pronto, la voz de Frank resuena desde el pasillo:

—¡No!

Suena cargada de sorpresa y miedo.

Veronica se queda quieta, escuchando, con el corazón acelerado. Oye a alguien hablar allí dentro. No es Frank. Tampoco Molly. Es una voz de mujer adulta.

«Alice. Está despierta.»

Entonces, Frank grita:

—¡Bille! ¡Necesito ayuda aquí! —Y unos segundos después, con auténtico pánico—: ¡Bille! ¡Jeppe, por Dios, entra ya!

Veronica vuelve a intentar girar la silla, empujando con los pies, retorciendo el cuerpo… cuando un movimiento la hace fijarse de reojo.

Gira la cabeza hacia la ventana del este. Justo ahí, mirándola a través del cristal, está Flemming. Sus ojos se clavan en los de ella. Una sonrisa se insinúa en la comisura de sus labios. Luego desaparece.

Veronica parpadea.

—Oh, Dios… ¡Jeppe! ¡Jeppe, vuelve adentro!

17

MOLLY

—¿MOLLY?

Da un respasmo al oír la voz de mamá, aunque sea apenas un susurro.

Mamá ha levantado un poco la cabeza, todo lo que le permite la cuerda que le cruza la clavícula, y la está mirando. Sus ojos son claramente distintos, Molly lo percibe al instante; no están tan mal como los de Leo, pero tanto la pupila como la parte azul alrededor se han desvanecido. Al mismo tiempo, mamá sonríe, y parece su antigua sonrisa.

—Necesito tu ayuda, cariño.

Molly no sabe qué hacer ni qué decir.

—¿Estás… estás bien, mamá? Quiero decir… ¿sigues siendo tú?

Mamá deja escapar una risita leve. Suena como reiría mamá.

—Por supuesto que sí. ¿Quién más?

—Es que… el tío Leo, él… se convirtió en algo… algo completamente distinto.

La expresión de mamá se vuelve seria.

—Lo sé. Es muy triste lo que le ocurrió.

Molly se pregunta brevemente cómo podría saber mamá lo de Leo —ha estado dormida todo el tiempo—, pero no tiene ocasión de preguntarlo antes de que mamá continúe.

—No quiero acabar como el tío Leo. Y aún no es demasiado tarde para mí.

Molly siente una oleada de esperanza recorrerle el cuerpo y da un paso más cerca.

—¿De verdad? ¿Pueden arreglarlo los médicos?

—No, no los médicos. Pero yo puedo arreglarme. Si me ayudas, podemos hacerlo juntas.

Molly inclina la cabeza.

—¿Cómo, mamá?

Mamá está a punto de responder cuando oye algo desde el salón. Molly escucha. Son los sanitarios, hablando allí. También oye decir algo a Veronica.

—¿Molly? Mírame, cariño.

Molly mira a mamá. Ahora parece un poco más seria.

—Lo único que tienes que hacer es darme el cúter que tu abuela dejó en el cajón de ahí mismo —indica con la cabeza la mesilla—. Solo eso.

Molly frunce el ceño.

—¿Vas… vas a hacerles daño a los médicos, mamá?

Mamá sonríe, y esta vez Molly nota que la boca es un poco demasiado ancha. Los dientes también se ven distintos. Hay

demasiado espacio entre ellos, y parecen finos y puntiagudos, como pequeños icebergs que sobresalen de las encías.

—Por supuesto que no, cariño. ¿Qué te crees que soy? ¿Un monstruo? Solo voy a cortar la cinta para poder levantarme de aquí. No puedo hacer mucho por mí misma mientras siga atada así, ¿verdad?

—Pero… no lo entiendo —dice Molly, vacilante—. ¿Cómo puedes arreglarte? ¿No sería mejor que…?

—Mira, señorita —dice mamá, adoptando su voz severa—. No tengo por qué darte explicaciones. Haz lo que te digo o no me tendrás contigo mucho más tiempo. ¿Entendido? En diez segundos volverá el doctor y será demasiado tarde. Va a sujetarme aún más fuerte y no me soltaré nunca. No ha venido a arreglarme; no creas sus mentiras, Molly. Van a pincharme y abrirme y hacerme toda clase de experimentos repugnantes.

El corazón de Molly late deprisa. Está dividida. Por un lado, quiere creer lo que dice mamá —lo desea con todas sus fuerzas—. Pero, por otro, no consigue apartar el horrible recuerdo de su tío Leo y lo que intentó hacerle. Pero mamá aún no ha cambiado tanto. Todavía puede hablar y todo. Solo son los ojos y los dientes. Quizá no…

—¡Molly! —sispea mamá—. ¡Espabila y dame el cúter! Ya viene.

Mamá tiene razón. Molly oye pasos por el pasillo. Corre a la mesilla, abre el cajón y ve un rollo vacío de cinta y un cúter verde lima. Coge el cúter y cierra el cajón justo cuando el sanitario aparece en el umbral. Molly se gira y esconde el cúter a la espalda.

El médico arrastra una maleta grande, con el arma aún colgada a la espalda. Al ver a Molly se detiene un instante, y durante un

momento horrible Molly está segura de que la ha calado y ha visto el cúter en su mano. Pero lo único que dice es:

—No te quedes tan cerca de la cama, Molly.

Molly se desplaza de lado, hasta el pie de la cama, procurando mantener el frente hacia el médico. Debe de parecer sumamente sospechoso, pero el médico no parece notarlo. Deja la maleta en el suelo, la abre y empieza a rebuscar entre el contenido.

Alza la vista hacia ella.

—No habrás tocado a tu madre, ¿verdad, Molly?

Molly niega con la cabeza. Mira a mamá, culpable, pero tiene los ojos cerrados otra vez. Está fingiendo dormir.

El médico saca dos correas largas y amarillas, como cinturones con hebillas en los extremos, y se acerca a la cama.

Molly oye la voz de mamá en su mente: «Va a sujetarme aún más fuerte y no me soltaré nunca».

—¿Pa… para qué son? —pregunta Molly.

—Es solo una precaución adicional —dice el médico, enganchando una de las hebillas al bastidor de la cama. Luego la pasa alrededor de la muñeca de mamá y la tensa. La correa parece muy resistente. Ni un culturista la rompería, y desde luego mamá tampoco.

Molly siente una punzada de arrepentimiento. Debería haberle hecho caso a mamá. El médico no ha venido a ayudarla. Si así fuera, ¿por qué no la soltaría en vez de atarla aún más? En un destello, Molly se imagina cómo alzan la cama con el helicóptero, se llevan a mamá, la meten en un laboratorio y le hacen experimentos dolorosos, como a ratas y ratones.

El corazón de Molly late ahora con fuerza bajo la barbilla. Se mueve hacia el otro lado de la cama mientras el médico asegura la primera correa. Un gesto capta su atención. La mano de mamá —la de este lado, la que aún no está sujeta— le hace señas para que se acerque. Los ojos siguen cerrados, pero el gesto es inconfundible.

El médico toma la otra correa y rodea la cama.

—Apártate, Molly. Ya te lo he dicho: estás demasiado cerca.

Molly toma una decisión fulminante. Es ahora o nunca. Empuja con el pulgar para sacar la hoja del cúter y empieza a cortar la cinta que sujeta el brazo de mamá.

—¡Eh, eh! ¡No, para, ¿qué haces?! —exclama el médico, abalanzándose hacia Molly. Se golpea la cadera con la esquina de la cama, y eso probablemente marca la diferencia. Le retrasa lo justo para que Molly pueda cortar la última tira de cinta. Pero aún queda la cuerda, y eso no hay manera de cortarlo. Resulta que no le hace falta. El médico la alcanza, le agarra la muñeca y la aparta con brusquedad.

—¿Te has vuelto loca, niña? Te he dicho que es peli...

Mamá gime, y se oye un chasquido nítido cuando alza el brazo y la cuerda de nailon cede. Inmediatamente agarra el traje del médico y lo desgarra con las uñas, abriendo un gran boquete a la altura del vientre. El médico lanza un grito, retrocede y forcejea con el traje, intentando desesperadamente cerrar el agujero. Pero falta demasiado tejido, y decide en su lugar lanzarse hacia delante para intentar asegurar el brazo de mamá con la última correa.

Se arrepiente enseguida.

Incluso con un solo brazo libre, mamá es claramente mucho más fuerte que él. El médico le sujeta el antebrazo con ambas manos, pero ella se zafa con un tirón potente y, al mismo tiempo, lo atrae hacia sí. Le agarra la cabeza y le arranca la máscara.

—¡No! —grita él, tratando de soltarse otra vez. Pero esta vez mamá es demasiado rápida. Le suelta un manotazo en la cara.

Ni siquiera es tan fuerte. Como si no hubiera intentado hacerle daño de verdad.

El médico trastabilla, casi cae. Se lleva la mano enguantada a la mejilla y la palpa. Tiene los ojos muy abiertos, descompuestos. El pelo sudado y alborotado. No es tan mayor como Molly pensaba, no mucho mayor que mamá.

—Me… me has tocado —musita.

Mamá no lo escucha. Está ocupada rompiendo y arrancando con las uñas la cinta que la sujeta. En cuestión de segundos, puede incorporarse. Sus ojos se cruzan con los de Molly. La expresión de mamá es salvaje. Respira deprisa y le sonríe, y esta vez la sonrisa no se parece en absoluto a la de su madre. Es demasiado amplia, demasiado hambrienta, y Molly percibe claramente que antes se había esforzado por ocultar sus rasgos nuevos, alterados. Pero ahora ya no necesita fingir.

—Gracias, cariño —dice—. Te debo una.

El médico pasa corriendo junto a Molly. La golpea con el hombro y casi la tira. Llega a la maleta, cae de rodillas y saca un frasco de algo. Desenrosca el tapón, se unta un líquido transparente en la mejilla y lo frota con fuerza.

—¡Bille! —grita—. ¡Necesito ayuda aquí!

Mamá arranca la última cinta y la cuerda de las piernas, y entonces se pone en pie.

—¡Bille! —grita el médico, al ver a mamá erguida—. ¡Jeppe, por el amor de Dios! ¡Entra ya! —Se pasa el arma por encima de la cabeza y la encaja al hombro.

Mamá emite un siseo, gira sobre los talones y se lanza de cabeza por la ventana, abriéndola de par en par de un golpe antes de desaparecer en la oscuridad.

—¡Joder! —escupe el médico, corriendo de nuevo alrededor de la cama. Apunta el arma al aire frío de la mañana, la mueve de un lado a otro, pero no parece ver a mamá fuera, porque enseguida vuelve a meter el arma y repite—: ¡Joder! —Luego observa a Molly de pie allí, y le lanza una mirada fulminante—. ¿Sabes lo que acabas de hacer? —Sin esperar respuesta, se encamina a grandes zancadas hacia la puerta—. ¡Bille! ¿Dónde demonios estás?

18

VERONICA

ALGUIEN ENTRA CORRIENDO EN la habitación.

Veronica espera con todas sus fuerzas ver a Jeppe, pero en su lugar aparece Frank. Y para empeorarlo, ya no lleva la máscara. Su barba gris y sus ojos desorbitados quedan al descubierto.

Tiene la escopeta en una mano mientras mira a su alrededor.

—¿Jeppe? ¡Por el amor de Dios, ¿dónde estás, hombre?!

Su mirada se posa en Veronica, y gruñe:

—¿Qué le has hecho?

—Ha salido fuera —responde ella, inclinando la cabeza hacia el lado norte de la cabaña.

Frank se gira para marcharse.

—¡Espera! —grita Veronica, y él se detiene brevemente para mirarla por encima del hombro—. Acabo de ver a mi suegro. Si sales, mantén el arma lista.

Frank frunce el ceño, como si aceptar un consejo suyo le resultara repugnante. Pero aun así se cuelga la escopeta al hombro y echa a

correr por el pasillo.

Veronica oye cómo la puerta principal se abre de golpe.

Después, la casa queda en silencio.

Piensa en llamar a Molly, pero no está segura de que sea prudente. Si Alice se ha liberado, podría estar buscándola. Y si Molly se ha escondido, no quiere que oiga su voz y acabe delatando su escondite.

Además, ella misma es un blanco perfecto, así que atraer la atención de Alice sería una pésima idea.

Vuelve a concentrarse en mover la silla, tratando de girarla. No es fácil, pero avanza poco a poco. Su mano se acerca cada vez más al lugar donde está el bisturí. Si logra acercarse un poco más, quizá consiga empujar la mesa y hacer que el bisturí caiga en su mano. Aunque las correas la sujetan, aún puede girar la palma lo suficiente para atraparlo. Probablemente se cortará, pero es un riesgo que debe asumir.

Un ruido grave resuena fuera. Al principio, Veronica cree que se trata de un segundo helicóptero acercándose, por fin los policías, tal como prometieron, pero entonces se encienden luces en el exterior y comprende que es el helicóptero médico arrancando.

—¿Se están yendo? —murmura, esforzándose por ver a través de las ventanas. No alcanza a distinguir la aeronave, pero la nieve levantada por las hélices azota las paredes de la casa—. ¡No, no podéis iros! —grita, aun sabiendo que nadie podrá oírla—. Maldita sea…

Aprieta los dientes y trabaja con más fuerza para colocar la silla.

Tarda unos minutos más, pero logra girarla y situarla justo en el punto correcto. Abre la mano y empieza a balancearse de lado a lado todo lo que le permiten las correas. No es suficiente para golpear la mesa con fuerza, al menos no tanto como para mover el bisturí.

—¡Maldición! —sispea, sin aliento por el esfuerzo. Tiene los muslos y las pantorrillas ardiendo, la espalda dolorida.

El helicóptero suena ya casi a toda potencia, listo para despegar. Veronica parpadea varias veces, pensando con rapidez. Mira sus piernas. No están atadas. ¿Quizá pueda poner una sobre la mesa y empujar el bisturí hacia su mano? No, imposible; no puede torcerse tanto. Podría empujarlo al suelo, pero ¿de qué le serviría ahí?

Está a punto de llamar a Molly cuando alguien entra corriendo en la habitación.

Veronica grita de sorpresa, esperando ver a Alice o a Flemming.

Pero, para su asombro, es Jeppe. Trae la escopeta y todavía lleva el traje protector, aparentemente intacto.

—¿Qué demonios estáis haciendo? —le grita Veronica por encima del estruendo del helicóptero—. ¿Os vais sin más?

Jeppe se acerca, deja el arma sobre la mesa y se agacha junto a ella.

—Lo siento. Frank ha estado expuesto. Tenemos que evacuarlo.

—¿Así que vais a huir como un par de cobardes? —escupe Veronica.

Él la mira a través de la visera.

—Frank quería dejarte aquí para la policía, pero insistí en volver y liberarte.

—Muy noble de tu parte —responde ella con sarcasmo, mientras él forcejea con la hebilla del cinturón que la sujeta al pecho—. Pero no pienso irme contigo si no llevamos también a Molly.

Jeppe se detiene un segundo para mirarla otra vez.

—Lo siento, pero ninguna de las dos vendrá. Solo quería que no te quedaras aquí atada durante horas.

Veronica frunce el ceño.

—¿Qué?

Él se encoge de hombros.

—La policía ya debería haber llegado. Tal vez algo ocurrió. Tal vez tuvieron que abortar. Frank intentó comunicarse por radio, pero no pudo...

—¿Así que de verdad vais a dejarnos aquí? ¿A mí y a la niña?

Él niega con la cabeza y sigue tirando de la hebilla.

—Lo siento de verdad.

—Sí, más te vale —replica Veronica, a punto de decir algo más cuando, de pronto, una figura enorme se alza detrás de Jeppe.

Flemming ya no tiene bigote.

El tamaño del hombre hace aún más aterrador el hecho de que haya logrado acercarse sin que Veronica lo notara. Se yergue sobre el médico, los ojos casi completamente en blanco, y Veronica grita cuando lo ve lanzarse hacia la máscara. Jeppe reacciona con velocidad increíble, girándose a medias y levantando los brazos. Flemming no consigue arrancarle la máscara del todo y, en cambio, ambos forcejean violentamente.

—¡El arma! —grita Veronica—. ¡Dispárale!

Jeppe intenta alcanzar el fusil, pero Flemming es claramente más rápido y más fuerte. Le agarra la muñeca y, con un tirón brutal, le arranca el guante y desgarra la manga como si fuera de papel. Jeppe grita e intenta retirar la mano, pero ya es demasiado tarde. Flemming la atrapa con la otra, y la diferencia de tamaño hace que parezca un adulto sujetando a un niño rebelde. Flemming suelta enseguida, y Jeppe se aferra la mano al pecho.

Durante un segundo, los tres se quedan mirándose, comprendiendo lo que acaba de pasar.

Entonces Jeppe se lanza a por la escopeta. Consigue asirla y, al girarse para apuntar, Flemming le da un manotazo al cañón con tal fuerza que el arma sale volando al otro extremo de la habitación.

De nuevo, los dos hombres, si es que aún puede llamarse hombre a Flemming, se observan durante un instante.

—Por favor —oye decir Veronica a Jeppe—. Por favor, no me hagas daño…

Flemming señala con el pulgar por encima del hombro y pronuncia una sola palabra:

—Vete.

Jeppe, sin creer que de verdad le permitan marcharse, vacila. Entonces Flemming enseña los dientes y da un paso hacia él. Jeppe se sobresalta, se aparta de lado y echa a correr por el pasillo, apretándose la mano.

—¡No te vayas! —grita Veronica—. ¡No vayas!

Jeppe ya ha desaparecido.

Veronica alza la vista hacia Flemming. Él avanza unos pasos. No tan transformado como su hijo, aún se mueve en parte como

Flemming. Pero ella nota en sus gestos un deje insectil. Se detiene frente a la silla, imponente, respirando con fuerza. La lengua le roza la comisura de los labios, un hábito que al parecer no ha perdido.

Dice algo que Veronica no alcanza a oír por el rugido del helicóptero, ahora ensordecedor. Pero no necesita escucharlo: puede leerle los labios.

—Veronica.

—No puedes infectarme —dice ella, intentando sonar más desafiante de lo que se siente—. Ya lo tuve. Lo superé. Soy inmune.

Flemming solo sonríe. Esa sonrisa le basta a Veronica para entender que va a morir.

Creía estar preparada. Creía haberse acostumbrado a la idea de que la muerte estaba cerca. Pero su cuerpo no parece dispuesto a rendirse sin luchar, porque un pánico ardiente le estalla en el plexo solar y se expande por todo su ser, impulsándola a hacer lo que sea para evitar que Flemming la devore viva.

No hay armas al alcance. La escopeta ha volado hacia la zona de la cocina, y el bisturí ya no está sobre la mesa; al parecer cayó al suelo cuando Jeppe agarró el arma.

Está completamente atrapada. Los brazos sujetos a la silla, el torso apenas con un poco de movilidad, pero no lo suficiente para levantarse. Solo puede mover las piernas. Le da una patada a Flemming en la entrepierna. El empeine impacta de lleno. Flemming apenas se inmuta. Veronica le da otra, apuntando a la espinilla. Él aparta la pierna. Veronica empuja con fuerza ambas botas contra el suelo, intentando volcar la silla hacia atrás. No está segura de qué

pretende: quizá que la correa del pecho se afloje, quizá acercar la mano al bisturí, quizá…

Flemming impide que la silla se vuelque colocando una mano sobre el reposabrazos.

Veronica intenta darle otra patada, pero él se mueve hacia un lado, fuera de su alcance. Solo puede mirarlo con rabia.

—No lo hagas. Te lo advierto.

Mientras lo dice, se da cuenta de que ahora oye mucho mejor: el ruido del helicóptero se ha desvanecido rápidamente. Y con él, su única esperanza de ayuda.

Flemming se agacha y le aferra el muslo con ambas manos, inmovilizándola. Su agarre es increíblemente fuerte, y Veronica no puede evitar soltar un gemido de dolor.

Flemming la mira por última vez. Sonríe y murmura:

—Siempre me encantaron esas piernas de corredora.

—No —dice Veronica—. No, no, ¡no! ¡Nooo!

Flemming se inclina, abre la boca y arranca un trozo del muslo de Veronica de un mordisco.

19

MOLLY

NO QUIERE QUEDARSE EN el dormitorio de mamá, pero tampoco quiere marcharse.

Después de que el médico se va, Molly se queda allí plantada durante lo que le parece varios minutos, mirando de la puerta a la ventana. Espera que alguien entre en la habitación en cualquier momento, por una dirección u otra. Pero no ocurre.

Entonces oye de pronto el sonido del helicóptero otra vez. Parece que está arrancando.

Molly ahoga un grito y corre hacia la puerta. Mira por el pasillo. Desde allí puede ver parte del salón, pero no parece que haya nadie. Corre hasta su propio cuarto y va a la ventana. Las luces del helicóptero son muy brillantes y la nieve revolotea por el aire, así que Molly no logra distinguir nada.

—¿Se están yendo? —susurra, empañando el cristal con su aliento —. ¿Veronica se ha olvidado de mí?

Piensa en abrir la ventana y gritarles, pero probablemente no la oirían por encima del ruido del motor. Si quiere irse con ellos, tendrá que salir fuera.

Así que se da la vuelta y se dirige a la puerta.

Justo antes de alcanzarla, el abuelo aparece ante ella.

Molly se queda paralizada, con un grito atrapado en la garganta. El abuelo también se detiene al verla. La mira, y Molly quiere gritar otra vez, pero no puede. La visión de su abuelo es, en cierto modo, peor que la de Leo, porque aún puede reconocerlo. Y sin embargo, su rostro ha cambiado, sus brazos y dedos son demasiado largos, su cuerpo un poco incorrecto. Pero mientras se observan a la tenue luz, podría jurar que por un instante hay bondad en sus ojos.

Luego desaparece —no del todo; sigue ahí, pero ahora queda eclipsada por otra cosa. Algo ajeno. Algo hambriento.

—Abuelo —logra decir Molly con voz ronca—. Por favor, no me hagas daño.

El abuelo ladea la cabeza y, con una voz apenas audible sobre el ruido del helicóptero, dice:

—Jamás te haría daño, pastelito.

—Pero, abuelo…

Él alza la mano y coloca un delgado dedo índice sobre los labios. Luego parpadea dos veces, como siempre hacía cuando compartían un secreto, y se inclina para cerrar suavemente la puerta.

Una vez más, Molly se queda quieta, sin saber qué hacer. El abuelo claramente no quiere que lo siga. Quiere que se quede allí. Dijo que no le haría daño, pero Molly no está segura de que pueda, o quiera, cumplir esa promesa si ella le desobedece.

Se acerca a la cama y ve su teléfono en la mesilla. Escribe un mensaje a Veronica: «¿Os vais? Sigo en mi habitación.»

No está segura de que Veronica llegue a verlo. Pasan unos minutos, pero no recibe respuesta.

De repente, el helicóptero despega. La luz asciende hacia el cielo y el ruido del motor se vuelve menos ensordecedor. En apenas un minuto, Molly vuelve a oír su propia respiración.

Está dividida. No sabe si quedarse en la habitación o salir a ver quién queda en la casa. Le resulta muy extraño que Veronica se haya marchado sin ella. Es mucho más probable que esté herida —o peor, muerta—, o que siga allí.

Como si sus pensamientos hubieran invocado algo, de pronto oye la voz de Veronica desde el salón:

—No lo hagas. Te lo advierto.

En su voz hay miedo. Y rabia.

Claramente, alguien está a punto de hacer algo que a Veronica no le gusta. Pero ¿quién? ¿Uno de los médicos? ¿El abuelo? ¿Mamá?

Oír a Veronica, aunque esté en apuros, llena a Molly de esperanza. Al menos no está sola. Veronica no la ha abandonado.

La oye de nuevo; esta vez deja escapar un gritito, como el sonido que haces cuando te das un golpe en el pie.

Molly se muerde el labio.

«¿Y si necesita mi ayuda?»

No está segura de qué podría hacer para ayudarla, pero una cosa es segura: quedarse allí no le sirve de nada.

Así que se dirige a la puerta, la abre y se asoma al pasillo. Oye la voz del abuelo desde el salón. Habla en voz baja, tanto que no

puede entender las palabras.

Se desliza pegada a la pared, acercándose poco a poco al salón. Cada vez ve más parte de la estancia, y casi se congela al ver al abuelo. Aunque está de rodillas, es enorme. A su lado está el sillón donde la abuela solía sentarse, y en él está Veronica. Tarda un momento en darse cuenta de que Veronica está sujeta a la silla y no puede levantarse.

El abuelo sostiene una de las piernas de Veronica, y cuando se inclina sobre ella, Veronica grita:

—No. No, no, ¡no! ¡Nooo!

Entonces, para horror de Molly, el abuelo hunde los dientes en el muslo de Veronica. Su grito se vuelve agudo y penetrante cuando él levanta la cabeza. Incluso desde este ángulo, con el abuelo dándole la espalda, Molly ve un trozo de piel desaparecer en su boca mientras la mastica con avidez.

Molly se marea. La habitación se mueve como lo hacía el ferry de camino a la isla. Parpadea para intentar detenerlo y casi pierde el equilibrio. Da un paso para estabilizarse y su pie golpea algo. Mira hacia abajo con la mente nublada, y al ver el objeto en el suelo, el mareo se atenúa un poco.

Un pensamiento claro se abre paso en su cabeza.

«Vaya. Quizá no sea demasiado tarde.»

20

VERONICA

EL DOLOR ES, SIN duda, el peor que ha sentido en su vida.

Mucho peor que cuando se torció el tobillo. O cuando se quemó con agua hirviendo al preparar té.

Ha oído decir a amigas que el parto es lo más doloroso que puede experimentar una mujer. Si es peor que esto, Veronica se alegra de no haber tenido hijos.

Grita todo lo fuerte que puede, el sonido llena sus oídos, luego se apaga. Se da cuenta de que está a punto de desmayarse, pero una nueva oleada de dolor la devuelve de golpe, y el sonido regresa al mismo tiempo que comprende que sigue gritando.

Logra mirar, y a través de un túnel de visión ve el rostro de Flemming junto al suyo, con las mejillas abultadas mientras mastica un bocado de su carne. Baja la vista; su campo visual estrecho se posa sobre su muslo, y ve un enorme cráter. Se llena de sangre y pronto empieza a rebosar.

«Me están devorando viva», piensa Veronica, y casi desea desmayarse de verdad. No quiere estar presente para esto. Pero su mente no la deja ir. Aún aferrada a la vida, sin esperanza de otra cosa que un dolor insoportable, se descubre buscando una solución, una salida.

Pero no la hay.

Oye un ruido húmedo cuando Flemming echa la cabeza hacia atrás y traga el mordisco. Puede ver cómo desciende por su garganta. Él la mira, un hilo de sangre le corre por los labios mientras sonríe, y luego se inclina para dar otro bocado.

—No —murmura Veronica con voz rota—. Para.

Pero no se detiene.

Veronica quiere darle un cabezazo cuando se inclina sobre ella, pero no alcanza. Nota, de reojo, que ya no le sujeta la pierna con tanta fuerza, así que la levanta, empujando su cabeza hacia arriba, y al mismo tiempo lanza la suya hacia delante.

Sus cráneos chocan. La frente de Veronica impacta justo en la sien de Flemming. Apenas lo siente; el dolor de la herida eclipsa cualquier otra sensación. Pero Flemming sí lo nota. Gira la cabeza para mirarla. No parece herido, pero sí furioso.

—Que te jodan —le sisea Veronica, pensando: «Al menos quizá consiga que acabe rápido».— Que te jodan a ti, a tu estirada esposa y a tu hijo fracasado. Me alegro de que los dos estén muertos.

El rostro de Flemming pasa por una sorprendente gama de emociones humanas. Su expresión cambia de la sorpresa al pesar, y del pesar a la furia. Los labios le tiemblan al echarlos hacia atrás, mostrando todos sus dientes manchados de sangre, algunos aún

humanos, pero la mayoría ya transformados en colmillos finos, felinos.

—Te haré pedazos, trozo a trozo —gruñe.

—Adelante, pedazo de...

Y entonces…

Entonces, de la nada, Molly está allí, justo detrás de él.

Veronica se queda mirándola, casi convencida de que está viendo una ilusión. Un espejismo absurdo conjurado por su mente desesperada como último intento de consuelo.

Pero las lágrimas que le recorren el rostro parecen muy reales. Y también lo es la escopeta que tiembla en sus manos.

Flemming nota la mirada de Veronica fija en algo y gira la cabeza.

Justo en ese momento, Molly grita con voz aguda:

—¡Lo siento, abuelo!

Hay un fogonazo y un estallido.

21

MOLLY

NO ESTÁ SEGURA DE estar sujetando el arma correctamente, probablemente no lo hace. Tampoco está segura de si «el seguro está quitado»; ni siquiera sabe con exactitud qué significa eso, pero ha oído la frase en las películas. Tampoco sabe si hay balas —o como quiera que se llamen— dentro del arma.

Lo único que sabe con certeza es dónde está el gatillo.

Y aprieta con todas sus fuerzas.

Apunta a la espalda del abuelo, justo entre los omóplatos. Pero como él gira la cabeza en el último segundo, el disparo parece darle más bien en las costillas.

Sea como sea, Molly no lo averigua de inmediato, porque en el momento en que aprieta el gatillo, el arma es repentinamente empujada hacia atrás con una fuerza increíble, arrastrando a Molly con ella. Se le escapa de las manos, y cae sentada. También hay un sonido, pero fue tan fuerte que Molly ni siquiera lo oye. Solo siente un estallido dentro de los oídos y, después, silencio.

Se incorpora, con las manos y los brazos doloridos por la sacudida del arma. Mira a su alrededor, intentando ver quién se le ha acercado por detrás para arrebatársela. Pero no hay nadie. El arma está en el suelo, con humo saliendo del cañón.

«La he disparado, seguro», piensa. «¿Pero por qué me ha tirado al suelo?»

La única respuesta que se le ocurre es que eso debía de formar parte de disparar el arma. Hay una palabra que recuerda haber oído en alguna parte, flotando en los bordes de su memoria: «retroceso». No está completamente segura de lo que significa, y ahora tampoco importa.

Gira la cabeza hacia el abuelo. Él está caído hacia un lado, con una mano apoyada en el suelo y la otra sujetándose el costado. Su mano cubre lo que parece ser un agujero enorme en la camisa. Sangre oscura se escurre entre sus dedos. Tose, y más sangre sale a borbotones de su boca.

Es una visión horrible, ver al abuelo herido así, y Molly empieza a llorar de nuevo. No puede oír sus propios sollozos, pero siente las lágrimas.

Entonces nota un movimiento tras él. Es Veronica. Agita la cabeza de un lado a otro, con su melena negra azotándole el rostro. Está mirándola y parece gritarle algo. Ese extraño movimiento de cabeza es, al parecer, una forma de llamar su atención —Veronica sigue atada y no puede hacer señas con las manos—, porque en cuanto Molly la mira, ella deja de moverse pero sigue mirándola y gritando. Repite una sola palabra:

—¡Otra vez! ¡Otra vez!

Molly comprende, con una sensación que le hunde el estómago, que Veronica quiere que le dispare de nuevo al abuelo.

Lo mira. Él deja de toser, se limpia la boca con la manga y luego vuelve la cabeza hacia ella.

Molly ha visto al abuelo enfadado unas cuantas veces, pero nunca con ella. Ahora la mira con tanto odio que la piel se le hiela. No va a regañarla: va a matarla. Molly está segura. Así que, cuando él se lanza hacia ella, se impulsa hacia atrás para esquivarle. Él resbala en su propia sangre y cae de bruces.

Molly se pone de pie de un salto y corre a rodearlo. Ni siquiera se plantea ir a por el arma: no piensa volver a dispararla. En su lugar, corre hacia Veronica. Su audición ha vuelto un poco, y puede oír su propia voz entrecortada por el llanto:

—¡No puedo hacerlo, Veronica! ¡No puedo! ¡No puedo hacerlo, lo siento!

Veronica la mira y luego baja la cabeza de golpe. La mira otra vez, vuelve a bajar la cabeza. Es como si estuviera señalando algo con los ojos.

—¿Qué… qué pasa? —pregunta Molly, mirando a sus pies. Se seca las lágrimas y ve un cuchillo raro, de hoja delgada, en el suelo.

—¡Cógelo! —grita Veronica, su voz se abre paso entre el zumbido de los oídos de Molly—. ¡Córtame las correas, Molly!

Y entonces Molly lo entiende.

Se agacha, toma el cuchillo, y justo cuando está a punto de cortar la correa que sujeta el brazo de Veronica a la silla, Veronica grita:

—¡Cuidado!

Molly alza la vista y ve al abuelo acercándose. Está de pie, aunque encorvado, con una mano presionando la herida de bala y la otra extendida hacia ella. Su rostro está pálido, pero su expresión decidida. Molly grita e intenta retroceder, pero choca contra la mesa de centro.

Veronica le da una fuerte patada con la pierna libre y golpea al abuelo justo debajo de la rodilla. Él grita, pierde el equilibrio y vuelve a caer.

Veronica fija la mirada en Molly.

—Córtala. Córtala ya, Molly. ¡Rápido!

Molly mira su mano, insegura de si aún sostiene el cuchillo. Sí lo hace. Coloca la hoja sobre la correa y empieza a serrar.

—¡Más fuerte! —le apremia Veronica—. ¡Empuja más fuerte! No importa si me cortas.

Molly aumenta la presión, y la hoja se desliza hasta la mitad de la correa.

El abuelo se incorpora de un salto y agarra el brazo de Molly justo cuando la correa se rompe. Ella grita e intenta zafarse, pero él es demasiado fuerte, y la arrastra hacia sí, gruñendo.

Veronica le arranca el cuchillo de la mano y se lo clava al abuelo en la cara. Él grita de dolor y la suelta.

Veronica retira el cuchillo, y Molly no quiere mirar, pero no puede evitar ver, fugazmente, el ojo perforado del abuelo antes de que él lo cubra con la palma. El otro ojo se cierra un instante, luego vuelve a abrirse y se fija en Veronica. Está a punto de atacarla, pero ella ha aprovechado esos segundos para cortar las otras dos correas, y ya está libre.

Vuelve a golpear al abuelo con el cuchillo, pero esta vez él logra apartar el rostro. Veronica salta de la silla y echa a correr.

Durante un momento terrible, Molly piensa que la deja atrás. Que simplemente huirá, abandonándola a solas con el abuelo.

Pero entonces la ve agacharse para recoger el arma. El abuelo debe de adivinar sus intenciones, porque se pone en pie y avanza tambaleante hacia ella, con ambos brazos extendidos.

Está a solo unos pasos cuando Veronica dispara.

Molly ve cómo la cabeza del abuelo cambia de forma. Ve una lluvia de algo salir despedido. Y lo ve desplomarse en el suelo.

Después, no ve nada más.

22

VERONICA

EN CUANTO SE ASEGURA de que Flemming no volverá a levantarse —definitivamente no lo hará; el disparo le ha dado de lleno en la cara y le falta medio cráneo—, libera la correa del arma y la enrolla alrededor del muslo, unos centímetros por encima de la herida. Tira con fuerza y la ata lo más apretado que puede.

Satisfecha de que no se soltará, cojea hasta donde está la niña. El dolor del muslo se ha transformado casi por completo en entumecimiento. Es como si la pierna ya no existiera. Debe de ser por la pérdida de sangre: ha estado sangrando como una bolsa agujereada. Ahora, con la correa en su sitio, el flujo parece haberse reducido a un goteo lento.

Molly se ha desmayado junto al sillón. Veronica comprueba que respira y que no tiene heridas. Dejándola allí, salta a la pata coja por el pasillo. En el dormitorio de Alice encuentra lo que busca: el maletín del médico. Al mirar dentro, ve un amplio surtido de

instrumental y frascos, entre ellos uno etiquetado como Antiseptic Solution. Lo agarra y vierte el líquido directamente sobre la herida.

Arde como el infierno, lanzando llamas que suben hasta la cadera y bajan hasta los dedos del pie. Veronica grita y casi pierde el conocimiento. Parpadea con fuerza, deja caer el frasco y toma una bolsa transparente llena de bolas de algodón. La rasga con los dientes, se sube la pernera del pantalón —por suerte, muy elástica— y aprieta un puñado de algodón contra la herida, provocando otra oleada de dolor. Luego toma un rollo de gasa y empieza a vendar la pierna, fijando el algodón en su sitio.

Respira con rapidez mientras observa sus propias manos trabajar. La gasa da vueltas y más vueltas, cubriendo poco a poco la herida. Se asegura de apretarla todo lo posible y nota la presión del algodón. Hay mucha sangre —tanto el pantalón como la piel están empapados—, pero no tanta como temía. Veronica no sabe mucho de anatomía, pero sí que la vena femoral es de las más grandes, y si se corta, estás prácticamente muerto. Por suerte, Flemming no mordió lo bastante profundo para alcanzarla.

Cuando termina, la hemorragia parece haberse detenido por completo.

Veronica se tumba en la cama, respira hondo y empieza a dejarse ir. Nunca se ha sentido tan agotada en su vida. Ni siquiera después de un maratón.

Justo antes de quedarse dormida, piensa:

«Sigo viva.»

Y se duerme con una sonrisa.

23

TIM

DETIENE EL COCHE Y se aparta.

Está oscuro fuera. Las luces están apagadas. Tim ya no necesita las faros para ver, así que está bastante seguro de que los soldados más adelante no les han visto acercarse. Aun así están a más de una milla, pero Tim puede distinguir claramente la barrera.

—¿Qué pasa? —pregunta Helena, bostezando al despertarse.

—Han acordonado la ciudad —dice Tim—. No podemos usar ninguna carretera.

—¿Pero tu cabaña? —dice ella, girando la cabeza para ver la colina detrás de ellos—. ¿No está ahí?

—Sí. Pero Buddy está en casa de Alan. Al menos eso espero —esa última parte la dice Tim en voz baja.

—¿Y cómo llegamos hasta él?

Tim respira hondo.

—Creo que sería mejor que fuera yo solo. Como te dije, no puedo conducir hasta el pueblo; tendré que ir a pie.

—¿Entonces me quedo aquí esperándote?

—No —responde Tim, mirando a su alrededor. Son en su mayoría campos helados con alguna casa dispersa—. No me sentiría seguro dejándote aquí. Te llevaré hasta la cabaña. Espera en el sótano y yo bajaré a por Buddy.

—De acuerdo, pero, papá… ¿no crees que la policía te estará esperando arriba?

Lo mira.

—¿Por qué?

Ella señala el salpicadero.

—Bueno, escuchaste lo que dijeron por la radio antes. Después de que esa mujer colgara el vídeo en Facebook, eres más o menos famoso en todo el mundo. Y sonó como si también te buscaran.

Tim gruñe.

—No tienen ni idea de dónde estoy. No tienen forma de rastrearme.

—Pero tienen tu dirección.

—No, no la tienen —Toca su sien con el dedo—. Creen saber dónde vivo.

Helena frunce el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso?

Tim pone el coche en marcha para dar la vuelta.

—¿Papá? —pregunta ella, mirándole con atención—. ¿Qué has hecho?

—¿Recuerdas cuando nos mudamos a la cabaña?

—No, no lo recuerdo. Tenía como tres años.

—Sí. Intenté que la aprobaran como residencia permanente, pero no me lo permitieron. Quiero decir, es perfectamente habitable: agua corriente, calefacción, nada de humedad ni nada. A tu madre le gustaba el sitio, así que… pedí a un amigo que me echara una mano.

Helena le mira con escepticismo.

—¿Te echó una mano… cómo?

—Oficialmente, nunca nos mudamos a la cabaña. Según el Registro Civil, sigo viviendo en Parkvej 10.

Ella se queda en silencio y luego se burla.

—¿En serio? ¿Y nadie sabe que la casa está vacía?

—No. Tengo un coche viejo aparcado allí. Voy de vez en cuando, corto el césped, recojo el correo, vacío las canaletas. Y puse uno de esos sistemas que encienden y apagan las luces al azar. Ya sabes, para cuando te vas de vacaciones.

—Dios mío, papá. ¿En serio?

—Sí.

Ella estalla en una carcajada.

—¡Eres como uno de esos preparacionistas del apocalipsis! ¿Por qué te molestas en tanto?

—Simplemente no me gusta estar en la red —responde Tim con una sonrisa torcida—. Supongo que esa paranoia por fin da sus frutos, ¿eh? Tenemos un escondite perfecto y nadie sabe que existe. Hice que mi amigo lo dejara como si la cabaña llevara años derribada. El camino que sube hasta allí ni siquiera aparece en los mapas del GPS.

Helena trata de no sonreír. —Estás loco, ¿lo sabes?

—Nunca dije lo contrario.

Permanece en silencio un momento.

—Pero mira, papá. Ya que estamos confesando cosas ilegales… yo puedo subir hasta allí, ¿sabes?

Él la mira.

—¿Puedes?

—Sí. Sé conducir. —responde ella.

—¿Desde cuándo?

—Desde que Freddie me enseñó.

Tim aminora la marcha y la mira.

—¿Estás segura? Podría estar helado. Y la pista hasta allí…

—Conozco el camino como la palma de mi mano. Tendré cuidado —Se desabrocha el cinturón—. Tú ve a por Buddy y nos vemos allí.

Está a punto de abrir la puerta. Tim la detiene con la mano sobre su muslo.

—Espera.

—Papá, está bien, de verdad.

—No, escúchame. Hay un sótano bajo la cabaña. Sé que no lo sabes, pero está…

—Lo sé —confiesa Helena.

Ahora es Tim quien frunce el ceño. —¿Lo sabes?

—Sí. Nunca he bajado, pero la trampilla está bajo la alfombra de la cocina, ¿no?

—Sí…

—Lo encontré una vez cuando jugaba. No pude abrirla; había un candado grande. Pensé que era donde guardabas las armas.

—Lo es. Pero también hay una cama ahí abajo, y conservas de comida y agua para seis meses. Es muy seguro. Quiero que te escondas ahí hasta que vuelva. Por si… aparece alguien.

Helena parece entenderlo, y a Tim le alegra no tener que explicarse más.

—¿Tienes la llave?

—Es un código. La combinación es 2406.

Helena sonríe.

—Mi cumpleaños.

—Exacto.

Sin más discusión, sale y rodea el coche.

Tim la observa. Le impresiona cuánto le recuerda a Anya.

—Estarías orgullosa de ella, cariño.

Acciona el freno de mano y se quita el cinturón.

24

VERONICA

ES EL FRÍO LO que la hace volver.

Tiritando con violencia, abre los ojos, gime y mira a su alrededor. No reconoce de inmediato la habitación. Una luz grisácea entra por una única ventana. Veronica está tendida sobre una cama. Tiene la sensación de haber dormido durante días. El sueño fue tan profundo que su memoria tarda varios segundos en recordar los acontecimientos que la llevaron hasta allí.

—Molly —dice, incorporándose de un tirón.

El movimiento provoca un estallido de dolor en la pierna. Apretando los dientes, ve las vendas y recuerda, con excesiva nitidez, la sensación de los dientes de Flemming desgarrándole la carne.

—Dios mío… fue de verdad…

El dolor se atenúa poco a poco, transformándose en un latido cálido. Examina el vendaje con más atención, lo cual no resulta fácil, porque los dedos se le han quedado rígidos y temblorosos. No

parece un trabajo muy profesional, pero, al menos, el sangrado se ha detenido. La compresión sigue firme, y eso probablemente le salvó la vida. Quizá también haya ayudado que su circulación parezca haberse reducido a un hilo, dejándola helada.

Entonces percibe un sonido lejano. Lo reconoce enseguida. Es un helicóptero que se aproxima. Aún está lejos, podría dirigirse hacia la cabaña o a otro lugar.

Veronica se incorpora, probando con cautela su pierna mala. En cuanto se pone de pie, el dolor aumenta. Intenta saltar sobre la buena, pero enseguida pierde el equilibrio y tiene que volver a sentarse en la cama. La pierna herida duele como el demonio, sobre todo cuando intenta estirarla.

«Bueno, mis días de correr se acabaron, eso está claro.»

Busca algo que pueda usar como muleta. Lo mejor que encuentra es la lámpara de pie: una de esas retro, con mástil de madera, base ancha y pantalla de tela. Arrastrándose de lado, desenchufa el cable y lo enrolla en el palo para que no se enrede entre los pies. Luego retira la pantalla y desenrosca la bombilla. De pie otra vez, coloca el extremo superior bajo la axila. Funciona sorprendentemente bien. La lámpara es algo más pesada de lo que le gustaría, pero le da buen apoyo. Ya capaz de caminar, o más bien cojear, sale de la habitación y se alegra al notar que el pasillo está algo más templado.

Avanza hasta el salón, donde el aire es un poco más cálido todavía. La piel del rostro y las manos empieza a picarle con el cambio. Flemming sigue tendido exactamente donde lo dejó, junto al arma. Detrás del sillón ve las piernas de Molly y se acerca. Respira tranquila, como si simplemente durmiera.

Veronica piensa en dejarla descansar, pero el ruido del helicóptero ha aumentado.

Se acerca a la ventana y mira afuera. El cielo está cubierto, una niebla blanca y espesa lo envuelve todo, dificultando ver a lo lejos. No alcanza a distinguir la aeronave, pero es muy probable que venga hacia ellos.

«Gracias a Dios. Por fin.»

Va a la cocina, abre el grifo de agua caliente y bebe con ansia. El calor en el estómago le despierta el hambre. Abre el frigorífico y saca medio bocadillo que Alice no llegó a terminar ayer. Se lo come en un par de minutos y se siente un poco más fuerte. Va a despertar a Molly, pero descubre que ya no está allí.

Parpadea.

—¿Qué…? ¿Molly? ¡Molly!

—¿Sí?

Veronica gira tan rápido que casi pierde el equilibrio.

Molly entra desde el pasillo con una sonrisa radiante.

—¡Ahí estás! Pensé que… da igual. ¡Me alegra tanto verte!

Molly corre hacia ella y la abraza.

—Eh, despacio, cariño —dice Veronica, aunque no puede evitar devolverle la sonrisa—. ¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?

—No —responde Molly, mirándola. Su sonrisa se vuelve triste y los ojos se le llenan de lágrimas—. ¿Es real? Quiero decir… ¿de verdad pasó todo?

Veronica suspira y mira alrededor del salón.

—Me temo que sí.

Molly rompe a llorar.

—Fui a buscar a mamá, pero no pude… Pensé que quizá todo había sido un sueño…

—Ojalá lo fuera —dice Veronica, acariciándole la espalda mientras se apoya en la lámpara—. Escucha, Molly. La policía viene de camino. ¿La oyes?

Molly levanta la cabeza, olfatea y escucha. Luego asiente.

—Se ocuparán de ti. Seguramente nos llevarán a las dos al hospital para hacernos pruebas. Solo quieren asegurarse de que no llevamos la infección.

El rostro de Molly se tensa. —¿Qué harán con nosotras?

—Nada, tranquila. Solo te sacarán un poco de sangre y esas cosas. Cuando vean que...

—No, quiero decir, ¿qué harán si estamos infectadas?

—Bueno, no lo estamos —responde Veronica con una sonrisa—. Soy inmune, y ninguno de ellos te tocó la piel, así que tú también estás bien.

Molly la observa. En sus ojos hay verdadera preocupación.

Por alguna razón, el corazón de Veronica late más rápido.

—Escucha, cariño —dice, tomándola por el hombro—. No estás enferma, ¿de acuerdo? Si te hubieras contagiado, ya tendrías…

Veronica se queda callada al ver cómo Molly levanta la mano.

La sustancia negra cubre la parte blanda del pulgar, donde están las huellas. Se desliza hacia la palma, llenando los pliegues y extendiéndose hacia los otros dedos.

—Oh —dice Veronica, como si Molly acabara de avisarle de que se ha acabado la leche. No se le ocurre nada más que decir.

—Intenté lavarlo —confiesa Molly, mirando la palma—. Justo ahora. Pero no se quita —Levanta los ojos con una expresión culpable—. Debió de ser cuando toqué el párpado de mamá. Sé que no debía, pero no lo pensé en ese momento… fue solo un segundo.

De pronto, el ruido del helicóptero retumba ensordecedor en los oídos de Veronica.

—Está bien —se oye decir—. Tú, ehm… estarás bien, seguro. Probablemente eres inmune. Igual que yo.

Molly cierra la mano y la aprieta contra su pecho.

—¿Qué van a hacerme, Veronica?

Veronica traga saliva.

—Probablemente… probablemente, ehm…

No puede mentirle. Simplemente no puede.

Así que toma una decisión.

Apretándole el hombro con fuerza, le dice:

—Escucha, Molly. Tenemos que salir de aquí.

25

VERONICA

—¿ESTÁS SEGURA DE QUE puedes conducirla? —pregunta Molly con duda, mirando a Veronica mientras esta sujeta el mástil de la lámpara al lateral de la moto de nieve, que ronronea al ralentí—. Quiero decir, con la pierna mala. Tal vez sería mejor si…

—Estoy bien —la interrumpe Veronica, conteniendo el dolor—. Mientras pueda mantenerla extendida, no duele demasiado. Vamos, súbete.

No deja de mirar al cielo. El helicóptero suena muy cerca ya, pero aún no puede verlo. Hace unos minutos le pareció que pasaba justo por encima, y ahora parece dar la vuelta.

Seguramente están teniendo problemas para localizar la cabaña por culpa de la niebla.

Si el aire estuviera despejado, el helicóptero habría aterrizado hace veinte minutos, y ahora ambas estarían bajo custodia. Veronica dedicó esos diez minutos a ponerse la ropa de abrigo, los pantalones fueron lo peor; Molly tuvo que ayudarla, porque no podía doblar la

pierna. Cada vez que usaba un poco los músculos afectados, una oleada de dolor atravesaba la pierna entera, haciéndola sudar, temblar y casi desmayarse. Por suerte, encontró unas pastillas de morfina en el maletín de emergencia y se tomó dos con un vaso de agua; ya nota el efecto. Le dan un ligero mareo, pero el dolor se ha reducido mucho, y eso es un alivio enorme.

Otra cosa que juega a su favor es la temperatura, que ha subido apenas por encima del punto de congelación. Eso significa que no morirán de frío si la moto se queda sin combustible. Además, nota cómo el vehículo se asienta mejor sobre la nieve: será más fácil de manejar.

—Vamos —le dice a la niña—. Ahora tú.

Molly se sube al asiento y rodea la cintura de Veronica con los brazos. La escopeta queda entre ambas; sentir el metal presionando su espalda le resulta tranquilizador. También ha traído los cartuchos, una botella de agua y algo de cecina. Todo va metido en los bolsillos, haciendo que la chaqueta pese más.

Justo cuando gira el acelerador, una luz las sigue, y Molly da un grito.

Veronica levanta la vista y distingue la silueta del helicóptero suspendido sobre la cabaña. El foco de búsqueda va de un lado a otro, intentando encontrar un lugar donde aterrizar.

Veronica acelera, y la moto arranca. Toma el sendero de salida, pero no sigue la carretera; no la necesita. En lugar de eso, apunta directamente hacia el puerto. No está del todo segura de cuántas millas las separan, pero espera que haya suficiente combustible.

Pronto el sonido del helicóptero se convierte en un zumbido lejano, y luego desaparece.

El teléfono de Veronica lleva muerto días, así que no tiene otra referencia que su instinto.

La niebla se ha levantado un poco, lo que le permite aumentar la velocidad.

Debe de ser mediodía, a juzgar por la altura del sol, que no es mucha, tratándose de enero.

Han pasado frente a un par de casas, pero Veronica no se detiene a pedir ayuda. Considera que ponerse en contacto con alguien sería una mala idea: por un lado, portan la infección —Molly debe de ser contagiosa ya—; por otro, las dos están en busca y captura.

De vez en cuando le pregunta algo a la niña, sobre todo para asegurarse de que sigue despierta. Molly tiembla como una hoja. Veronica ya ha parado una vez para darle una Aspirina y un poco de agua.

—No nos siguen —le dice por encima del hombro—. Puedes relajarte, cariño.

Molly sigue temblando, pero Veronica se da cuenta de que no es por miedo. La niña está pálida, con la mirada vidriosa.

«Tiene fiebre. ¿Ya? Dios…»

Un nudo se le instala en el estómago. El hongo, o lo que sea, actúa más deprisa con cada huésped. Sus propios síntomas tardaron unas doce horas en aparecer después de tocar al pájaro por la mañana. Leo, en cambio, empezó a rascarse a media tarde. Y tanto Flemming como Alice se transformaron en cuestión de…

—¡Cuidado!

El grito de Molly le estalla en el oído, y Veronica da un respingo; casi se vuelcan.

—¿Qué demonios, Molly? ¿Qué estás…?

Entonces lo ve.

Han estado cruzando entre algunos árboles, y la visibilidad es tan mala que Veronica no iba muy rápido. Lo que tomó por otro tronco es en realidad una persona de pie en la nieve. Al acercarse, la figura se vuelve más nítida entre la niebla, y Veronica reconoce a Alice. Su cuerpo ya está transformado: la mayoría de su hermoso cabello ha desaparecido, los brazos son demasiado largos, la silueta demasiado alta. Pero es el camisón lo que la delata.

Veronica gira el manillar y traza un amplio círculo para evitarla.

Molly gime.

Alice no se mueve, salvo para girar la cabeza y seguirlas con la mirada. Veronica puede ver que sonríe. Espera que se abalance sobre ellas en cualquier momento.

Pero no lo hace.

Y luego desaparece entre la niebla.

—Esa… esa era mi madre —solloza Molly.

—Lo sé —responde Veronica, tragando saliva—. Lo siento mucho, Molly.

La niña rompe a llorar. Veronica sigue conduciendo, mirando el espejo cada tres segundos.

Alice no las persigue. Está claro que las dejó marchar por voluntad propia. ¿Sabía que Molly ya estaba infectada? Probablemente. Pero ¿por qué no atacó a Veronica? ¿Por qué no intentó devorarla, como hizo Flemming?

Veronica no lo sabe.

Pero no le gusta en absoluto la sonrisa que vio en el rostro de Alice.

TIM

ENTRAR EN LA CIUDAD resulta mucho más fácil de lo que temía.

Los soldados parecen estar apostados solo junto a las carreteras, y como Tim ya no conduce, simplemente echa a correr por los campos.

Una vez dentro, puede moverse con bastante libertad. Por grande y llamativo que sea, ninguno de los pocos transeúntes con los que se cruza parece advertir su presencia. Esperaba ver muchos coches de policía, helicópteros sobrevolando, soldados con equipo antidisturbios. Pero no ve nada de eso, y pronto le queda claro que la ciudad está siendo abandonada. No por los civiles —a esos se les ordena por radio, internet y altavoces que permanezcan en casa y se atrincheren—, sino por las autoridades, la policía y el ejército.

Han tirado la toalla. Después de que Alan volara por los aires, decidieron rendirse.

Tim lo entiende. Por lo que le contó Lundbeck, la situación sonaba mal. Tal vez las autoridades tengan incluso razón al abandonar la

ciudad y limitarse a intentar contener la propagación desde el exterior. Aunque no alberga ilusiones de que vaya a funcionar. Pero al menos se ahorrarán la vida de muchos policías y soldados que, de otro modo, librarían una batalla perdida contra el número cada vez mayor de personas que se transforman. Aun con su equipo de protección y sus armas, Tim está bastante seguro de que no servirían más que de alimento para los alienígenas.

El ambiente en la ciudad es de una tensión extrema. No solo por las calles vacías y los signos de los combates que ha habido: Tim también puede sentir el miedo. Alcanza a ver rostros que lo observan tras las ventanas, escucha algún que otro grito, y para hacerlo aún más inquietante, pronto empieza a captar los pensamientos de las víctimas de la infección.

Y son muchos. Docenas. Cientos, incluso. Le llegan desde distintas fases de la transformación y con diferentes emociones. Algunos disfrutan de sus nuevos poderes. Otros están confusos. La mayoría, asustados.

Tim pronto se siente abrumado, y se esfuerza por bloquear las señales, o sospecha que la cabeza le estallará.

«Tengo que encontrar a Buddy y largarme de aquí. Toda la ciudad está a punto de convertirse en una enorme jaula de leones.»

Mientras trota por las calles, siente lástima por la gente que se refugia en sus casas. Las viviendas normales no ofrecerán mucha protección contra la horda de alienígenas hambrientos de carne que está a punto de arrasar la ciudad. Entiende por qué las autoridades sienten la necesidad de mentirles, pero también le enfurece. Los que dan las órdenes en Copenhague probablemente saben que la causa

está perdida y planean un confinamiento nacional y una toma militar del país. Sellar Hornstedt —sacrificando en la práctica a veinte mil personas— les comprará unos días más para preparar el resto del territorio mientras los alienígenas se banquetean con los locales.

Tim solo tiene un puñado de amigos que viven en Hornstedt, así que no es algo personal. Es su brújula moral la que protesta. Veinte mil personas son demasiadas ovejas para el sacrificio.

La gente debería poder marcharse. O al menos tener la elección.

Pero no ve manera de hacerlo posible. A menos que...

Sus pensamientos se interrumpen bruscamente cuando una mujer sale disparada de detrás de una furgoneta aparcada. Lleva ropa normal, sin chaqueta ni zapatos, y mira hacia atrás con el rostro descompuesto de horror.

—¡No! ¡No, aléjate de mí!

A través de las ventanas de la furgoneta, Tim vislumbra a un hombre mayor, medio transformado, que solo lleva puestos los calzoncillos y la persigue. Instintivamente, da un salto hacia adelante y lo intercepta con el brazo cuando aparece. El antebrazo de Tim lo golpea por debajo de la barbilla, y el hombre casi da una vuelta completa antes de estrellarse contra el pavimento. Sin darle oportunidad de levantarse, Tim se inclina y le asesta dos puñetazos en la nuca, luego aplasta su talón sobre la base del cráneo, oyendo cómo cruje la médula espinal. El tipo emite un último gemido, se estremece y queda inmóvil.

Tim mira hacia la mujer. Ella se ha detenido al otro lado de la calle. Parece querer seguir corriendo.

—Está bien —le dice Tim—. Ya está muerto.

La mujer se lleva una mano a la boca.

—Era… era mi suegro.

—Lo siento —responde Tim—. Vuelve dentro. No confíes en nadie que esté infectado. Tarde o temprano se volverán como él —Hace un gesto hacia el cadáver.

La mujer lo observa con los ojos muy abiertos. Luego, una voz infantil la saca de su estupor:

—¿Mamá? ¿Maaamá?

—¡Estoy aquí, cariño! —grita, echando a correr por donde había venido—. ¡Estoy bien! ¡Vuelve a la casa!

Tim la ve levantar en brazos a la niña que la esperaba en la puerta. No puede tener más de cuatro años. Después, la mujer cierra la puerta de un golpe.

Tim respira con fuerza por la nariz.

Toma una decisión. No se marchará de ese lugar hasta haber hecho algo para ayudar a las personas que aún siguen vivas allí.

VERONICA

EL DOLOR EN SU pierna sigue siendo solo una molestia y, mientras no la mueva, resulta tolerable. Está sumida en pensamientos sombríos sobre qué demonios va a hacer cuando—si es que alguna vez llegan—alcancen el puerto, cuando de pronto aparece frente a ellas una pared de nieve. No es una duna natural: está claro que la ha formado una máquina quitanieves. Es demasiado alta para que Veronica pueda mirar por encima, y parece extenderse en círculo.

Veronica se detiene y se quita el gorro para oír mejor. Por encima del zumbido del motor, logra distinguir el sonido de otros vehículos. Apaga la moto de nieve.

—¿Por qué paramos? —pregunta Molly.

—Shhh —la manda callar Veronica—. Necesito que trepes y me digas qué hay al otro lado de la nieve. ¿Puedes hacerlo por mí?

Molly asiente y se baja de la moto de nieve. Se abraza a sí misma como si tuviera frío, pero aun así se acerca al muro de nieve y lo

escala. Asomándose por encima, vuelve a bajar unos momentos después.

—Creo que es el puerto —dice, secándose una lágrima—. Hay muchos coches. Creo que están esperando para subir al ferry. Era difícil verlo por la niebla.

Veronica siente una oleada de alivio. Al aspirar, puede oler la sal en el aire, lo que solo puede significar que están junto al agua.

—Perfecto —dice—. Es una gran noticia. Lo conseguimos. Hasta ahora todo va bien.

Molly se queda allí, temblando.

—Entonces, ¿solo conducimos hasta allí?

Veronica lo considera brevemente. Probablemente podrían subir a Molly al ferry sin despertar sospechas: salvo por el cerco tenue bajo sus ojos, que parece más bien maquillaje, no hay nada visible que delate su infección. Será mucho más difícil subir a Veronica sin que nadie note lo grave de su herida. Y en cuanto el personal lo descubra, sin duda llamarán a un médico y quizá también a la policía.

—¿Viste algún agente de policía? —pregunta Veronica.

Molly asiente.

—Había dos… no, tres coches patrulla allí.

Veronica aprieta los dientes con fuerza.

—Maldita sea. Probablemente están evacuando la isla.

—¿Y eso no es bueno? —pregunta Molly—. De verdad quiero irme, Veronica. Así puedo tumbarme y dejar de tiritar.

—Lo sé, cielo. Pero apuesto a que están revisando a todos los que suben, y si descubren que tienes fiebre… —Por la expresión de

Molly, se da cuenta de que no necesita explicarlo más.

—Entonces, ¿qué hacemos? —pregunta la niña.

Veronica se muerde el labio helado.

—¿Dijiste que había una fila de coches?

—Ajá.

—¿Venían de este lado? —Señala hacia la izquierda, en dirección opuesta al agua.

—Ajá.

—Vamos, entonces. Sube de nuevo.

—¿Adónde vamos? —pregunta Molly, encaramándose detrás de ella.

Veronica vuelve a encender el motor de la moto.

—Vamos a buscar quién nos lleve.

28

VERONICA

RODEANDO EL MONTÍCULO DE nieve, pronto alcanzan la carretera y el punto de entrada al puerto.

Molly tenía razón: los coches están realmente alineados, esperando su turno para subir al ferry.

Veronica se detiene detrás de un par de abetos y apaga el motor. Puede ver un coche de policía estacionado junto al camino. El agente, vestido con un abrigo grueso, botas, gorro con orejeras y mascarilla, va de vehículo en vehículo con lo que parece una pistola láser. La apunta hacia el conductor y los pasajeros, y luego pasa al siguiente.

—Están comprobando la temperatura de la gente —murmura Veronica—. Inteligente.

Se siente aliviada de ver que las autoridades se lo están tomando en serio, pero también preocupada por el hecho de que tendrá que infringir la ley y arriesgarse a que la atrapen.

Al parecer, Molly comparte la misma inquietud, porque dice en voz baja:

—Quizá… quizá deberíamos ir y hablar con la policía.

—No —responde Veronica con firmeza; casi le sale un gruñido, y se sorprende de lo decidida que suena—. No —añade un poco más suave—. No pueden ayudarte, Molly. El médico que vino a la cabaña… él mismo lo dijo; no saben qué es esto.

—Entonces… ¿qué vamos a hacer? —pregunta Molly, sonando aún más nerviosa—. ¿Voy a…?

Veronica se gira para mirarla.

—Eh. No pienses así. Voy a arreglarlo, ¿vale? Encontraré una solución. Tengo que hacerlo, porque yo soy la que… —Su voz se quiebra, y de pronto está a punto de llorar. Mordiéndose con fuerza el labio, continúa—: Vamos a llevarte fuera de la isla, y luego iremos al hospital. Tengo una amiga allí; trabaja como enfermera. Nos ayudará.

Veronica no sabía que ese era el plan hasta que lo dijo en voz alta, pero al escucharlo se siente un poco mejor con todo. De hecho, tiene sentido. Su amiga, Luna, trabaja en uno de los mejores centros oncológicos del país, y no la rechazará; le debe un gran favor después de lo que Veronica hizo por ella cuando—

El sonido de un silbato hace que Veronica gire de inmediato y se agache. Su mano va hacia el encendido, y casi vuelve a poner en marcha la moto de nieve. Espera que el agente corra hacia ellas, pero sigue junto a la fila de coches. Ha abierto la puerta del conductor de una ranchera negra y hace señas a alguien más adelante.

—Por favor, salga del coche, señora —oye decir al agente—. No voy a pedírselo otra vez amablemente.

Una mujer lo bastante mayor como para ser la madre de Veronica, con un abrigo de piel caro y guantes de seda, sale a regañadientes. Niega con la cabeza, haciendo que su cabello canoso y perfectamente peinado se balancee. Dentro del coche, en el asiento del acompañante, Veronica ve una jaula con un perro maltés que ladra estridentemente al agente.

—Le… le digo que no estoy enferma —dice la mujer con la voz entrecortada—. Esto es absurdo… Por favor, le aseguro que no hace falta esto.

El agente no responde. Retrocede un paso y mantiene el brazo extendido, indicándole claramente que no se acerque. Desde un lado llegan dos hombres con trajes protectores completos. No llevan equipo médico, sino esposas.

—¿Fiebre? —pregunta uno a través de la máscara.

—No, pero el perro —responde el primer agente, señalando el interior del coche—. Su pelaje está lleno de esa sustancia negra.

—Es solo pelusa de mi alfombra —dice la mujer, riendo nerviosamente—. Rodó por ella esta mañana antes de salir. Se lo digo…

—Por favor, gírese y ponga las manos en la espalda —ordena uno de los hombres con traje.

La mujer sigue balbuceando que su perro no está enfermo hasta que los hombres pierden la paciencia y la agarran. Le ponen las esposas y se la llevan arrastrando. Sorprendentemente, no se dirigen hacia el ferry, sino en la dirección contraria.

Hay una ambulancia aparcada detrás de la fila de coches. Abren las puertas traseras, y Veronica ve dentro a un hombre sentado con las manos a la espalda. También meten allí a la mujer y vuelven a cerrar las puertas. Uno de los hombres con traje intercambia unas palabras con el conductor, y luego la ambulancia se marcha.

—¿Ves? —dice Veronica con tono sombrío por encima del hombro —. No están curando a los enfermos. Solo los están conteniendo. Y no los dejan salir de la isla.

Molly traga saliva y asiente.

Veronica ve a los hombres con trajes y al agente regresar al coche de la mujer. El perro sigue ladrando.

—¿Y qué hacemos con eso? —pregunta el agente.

Uno de los trajes se encoge de hombros.

—Elimínalo.

—No —susurra Veronica—. Déjalo en paz. Estará bien en un par de horas.

—¿De verdad? —pregunta el agente, sacando su pistola—. ¿Quieres que simplemente…?

—Por supuesto que no, Bjarne —replica el del traje, agarrándole la muñeca. Mira alrededor y luego añade en voz más baja, casi inaudible entre los motores al ralentí—: No delante de todos.

El policía asiente y guarda el arma en la funda. Luego rodea el coche, abre la puerta del pasajero y saca la jaula. El perro ladra más fuerte e intenta morderlo a través de la rejilla.

—Vaya —dice el agente—. Tranquilo, pequeño. Solo vamos a dar un paseo. Cálmate.

Mira a un lado y otro, decidiendo dónde hacerlo. Luego ve un grupo de árboles algo apartado —en el lado opuesto de donde están Veronica y Molly— y se aleja del camino. Uno de los hombres con traje se sienta al volante y el otro hace señas al coche de atrás para que retroceda y puedan sacar el coche de la mujer.

—¿Qué va a hacer con el perro? —pregunta Molly.

—No te preocupes —le dice Veronica, aunque también siente lástima por el pobre animal—. Se irá un minuto o dos. Y los demás están ocupados. Esta es nuestra oportunidad. Vamos.

Bajan de la moto de nieve, y Veronica toma la delantera a través de la nieve, cojeando y conteniendo el dolor a cada paso. Por suerte, la morfina está haciendo efecto: la pierna le duele, pero mucho menos.

En cuanto dejan los árboles, cualquiera desde los coches podría verlas, pero la gente está distraída mirando sus teléfonos o hacia adelante.

Llegan hasta el último coche y corren detrás de él. Es un todoterreno con un anciano al volante.

En una postura incómoda, agachada, Veronica le pasa el arma a Molly y le susurra:

—Quédate aquí. Vuelvo enseguida.

Luego se endereza y camina hacia la puerta del conductor tan casualmente como puede, esperando que el hombre no mire por el retrovisor y note su cojera.

No lo hace, porque está hablando por teléfono.

Veronica toca la ventanilla, y él se sobresalta, casi dejando caer el móvil. Veronica le sonríe.

—Perdone —dice en voz alta—, pero me han dicho que le diga…

El hombre entorna los ojos y baja la ventanilla unos centímetros.

—¿Qué?

—Me han dicho que le diga —repite Veronica, señalando hacia la parte delantera del coche—, que su matrícula. No pueden leerla. Está cubierta de nieve.

—Ah, maldita sea —gruñe el hombre. Un nervio le tiembla en la comisura de la boca—. Sí, espera, hijo. Quieren que limpie la matrícula. Dame un segundo.

Mientras el hombre deja el teléfono y empieza a forcejear con el cinturón y a ponerse los guantes, Veronica se retira discretamente hacia la parte trasera del coche. En cuanto él sale, abre el maletero y hace entrar a Molly. La niña, llevando el arma, se mete y luego ayuda a Veronica. Para hacerlo, ella tiene que doblar un poco la pierna, y el dolor casi la hace gritar. Logra ahogar el sonido, y ya están dentro del coche. Cierra la puerta justo cuando ve aparecer otro par de faros entre la niebla, es el siguiente coche uniéndose a la fila.

Tres segundos después, el anciano vuelve a sentarse al volante, haciendo que el coche se balancee suavemente.

—¿Sigues ahí? … Sí, no tenía ni nieve encima… Lo de siempre… No, creo que saldremos dentro de una hora, al menos eso dijeron hace un rato… Sí, ya lo sé… Bueno, dile que no se preocupe, entonces…

Veronica mira alrededor en silencio. Hace calor dentro del coche, y el espacio del maletero está bastante justo. Por suerte, el hombre no llevaba mucho equipaje, o no habría habido sitio para ellas.

Pero hay un problema mayor: no hay nada que las oculte. Solo ahora Veronica se da cuenta de ese agujero en su plan. Si tuvieran una manta o algo, podrían esconderse debajo. Pero en cuanto el agente mire por la ventanilla trasera, las verá allí tumbadas.

—Sí, creo que me están haciendo señas para avanzar ya —dice el hombre—. ¡Por fin!

El coche arranca. Veronica baja un poco la cremallera de su chaqueta, solo lo suficiente para poder subírsela sobre la cara. Mira a Molly y le susurra:

—Haz lo mismo. Tenemos que ocultar la cara. Puede que no nos vean.

La mano de Molly va hacia su cremallera, pero luego parece tener una idea mejor. Alza la vista, estira la mano, agarra una manilla que sobresale del respaldo y tira suavemente. De ella se despliega una tapa que se extiende por completo, formando un techo perfecto sobre sus cabezas. Molly la sujeta y mira a Veronica en la oscuridad con una tímida sonrisa.

—¿Cómo sabías eso? —susurra Veronica.

—Tenemos un coche igual que este —dice Molly.

—Ah —sonríe Veronica—. Buen trabajo, Molly.

El coche se detiene de nuevo, y Veronica oye que alguien golpea una ventanilla.

—Sí, sí —gruñe el anciano.

Lo oye bajar la ventanilla, y el agente dice algo sobre la «temperatura corporal». Hay una pausa, un pitido, y luego el policía añade:

—Está despejado.

El anciano sube de nuevo la ventanilla, y el coche avanza otra vez.

Veronica mira a Molly.

—Ni siquiera los revisaron.

Molly deja escapar un suspiro tembloroso de alivio. Veronica percibe un leve olor cítrico en su aliento, y su efímero alivio se transforma en preocupación.

«Está en sus pulmones. ¿Cuánto tiempo le queda?»

TIM

LLEGA A LA CASA de Alan diez minutos después.

La camioneta de Tim sigue allí, justo donde la aparcó. Va a comprobar si Buddy está atrás. No está.

Tim no se molestó en cerrar con llave la camioneta. De hecho, dejó la llave en el compartimento oculto bajo el volante.

Sin duda la policía registró la camioneta, pero cuando Tim abre la puerta y busca la llave, la encuentra. Luego mete la mano bajo el asiento y encuentra también su Glock.

Vaya. A lo mejor ni se molestaron en registrarla.

Deslizando el arma por la parte trasera del pantalón, va hacia la puerta principal. Las luces están encendidas dentro, y el Mercedes de Alan está aparcado en el cobertizo. Tim sabe cuánto le gustaba ese coche a su amigo; se lo compró el año pasado.

—Perdón otra vez, colega —murmura Tim.

Prueba el picaporte, pero la puerta está cerrada. Sabe que Alan tiene un carísimo sistema de seguridad y que, si intenta forzarla,

saltará la alarma. No es que le preocupe que aparezca la policía, pero no quiere llamar demasiado la atención. Echa un vistazo alrededor y se asegura de que la calle esté vacía. En la mayoría de las ventanas de las otras casas hay luces, pero no hay nadie fuera.

La alarma antiaérea suena de nuevo, seguida del mensaje que Tim ha oído ya cuatro veces: —A toda persona que escuche esto: Este es un comunicado oficial. Refúgiese en el interior. Cierre puertas y ventanas. Protéjase. La ayuda está en camino.

Se repite unas cuantas veces y luego vuelve el silencio.

Tim se inclina hacia la puerta y dice:

—¿Buddy? ¿Estás ahí dentro?

No hay respuesta.

Tim rodea hasta la ventana del baño, con la esperanza de encontrarla abierta como la dejó. Está cerrada. Por supuesto, podría romperla con facilidad, pero aún prefiere no hacer saltar la alarma si no es necesario. Así que, en vez de eso,

—¿Señor? ¿Eh, señor?

Tim se gira y ve a un chico asomando la cabeza desde la esquina de la casa. Tendrá diez u once años y suena nervioso.

—¿Ha venido a por su perro? —pregunta el chico—. Lo tenemos aquí detrás. Venga, venga conmigo.

El chico le hace dos señas y desaparece de la vista.

Tim no lo sigue al instante. Se queda donde está, consciente de que le suenan todas las alarmas en la cabeza.

El chico no estaba transformado. Para empezar, podía hablar perfectamente, y Tim pudo distinguirle las facciones a pesar de la

oscuridad, sin rastro de la infección. Tampoco percibió ningún olor a limón en el chico.

Aun así… algo va mal. Está seguro.

«No tengo elección», piensa Tim, mordiéndose con fuerza. No sigue al chico de inmediato, sino que corre de vuelta al cobertizo. En la pared cuelga una palanca para ruedas. Tim la agarra y luego corre hacia la esquina donde vio al chico.

Entrando con cuidado en el jardín trasero de Alan, Tim mantiene todos sus sentidos en máxima alerta. El césped se ve gris a la luz de la luna. Enseguida localiza al chico. Está junto al pabellón del fondo. Es de madera, bellamente construido, con grandes ventanales a ambos lados. La puerta está al frente, y está cerrada. Detrás, Tim puede oír a Buddy respirar.

Al verlo, el chico señala la puerta.

—Está aquí dentro, señor. Lo hemos mantenido a salvo para usted.

—¿Quiénes «nosotros»? —pregunta Tim, concentrando la mayor parte de su atención en la visión periférica y el oído. No detecta movimientos ni sonidos. Huele a alienígenas, sí, pero eso puede venir de cualquier parte; sopla una brisa suave y, a estas alturas, tiene que haber ya unos cuantos completamente transformados en la ciudad.

—Yo y… mi padre —dice el chico, mintiendo a todas luces. Vuelve a señalar la puerta—. Ya puede ir a por él. Está ahí mismo.

Tim lo observa un momento. Lleva zapatos y un abrigo grueso, pero aun así tiembla. Parece más que nervioso: está aterrorizado. Tim sigue seguro de que el chico no está infectado, pero claramente lo están usando como señuelo de alguien que sí lo está.

—¿Hay alguien más en el pabellón aparte de mi perro? —pregunta Tim.

—No —responde el chico enseguida—. Solo su perro. Por favor, vaya a por él.

—¿Está bien? —pregunta Tim con calma—. ¿Nadie le ha hecho daño?

—No —dice el chico, negando con la cabeza—. No, está bien.

Como para confirmarlo, Tim oye a Buddy ponerse en pie. Lo oye contener la respiración, como si escuchara.

—Soy yo, Buddy —dice Tim un poco más alto—. ¿Estás bien?

Buddy ladra en una breve ráfaga. Suena bien. Deseoso de ver a Tim. Pero también tenso. Como si hubiera visto algo alarmante.

Escudriñando el césped helado, Tim ve varias huellas frente al pabellón. No puede decir si son todas humanas. Pero también distingue pequeños mechones de pelo de Buddy. Lo que significa que el perro, claramente, no entró en el pabellón por voluntad propia.

Tim se acerca, deteniéndose a diez pasos del pabellón.

—Quiero que abras la puerta —le dice al chico.

El chico se sobresalta.

—¿Yo? Pero yo… de acuerdo.

Coge el picaporte y abre la puerta.

Buddy está dentro, entre las sillas de jardín volcadas, atado con una cuerda al pilar central. A juzgar por el estado de la cuerda, Buddy no lleva mucho tiempo ahí, o ya la habría roído. Empieza a gemir al ver a Tim.

—Eh, Buddy —dice Tim—. ¿Estás bien?

Buddy se sacude el pelo y gime un poco más.

—¿Has visto algo? —le pregunta Tim.

Buddy suelta un ladrido seco.

—Por favor, señor —suplica el chico—. ¿Puede ir a por él? Quiero irme a casa.

—Claro —dice Tim, acercándose un poco. Ya no le queda duda de que es una trampa. Pero puede notar que no hay nadie más dentro del pabellón, y no hay explosivos ni nada por el estilo. Así que, sea cual sea el peligro, vendrá de fuera del pabellón. Probablemente en el momento en que él ponga un pie dentro—. Solo necesito preguntarle una cosa más —continúa Tim, mirando a Buddy mientras su mano va al arma—. ¿Dónde están, Buddy? ¿Dónde los viste?

Buddy se gira de golpe y llega hasta donde la cuerda se lo permite; luego se pone sobre las patas traseras y agita ambas delanteras hacia la parte trasera del pabellón.

—¿Ah, que se esconden detrás? —dice Tim en voz alta, dando un paso atrás—. No es muy astuto.

Mientras habla, oye a alguien empezar a moverse detrás del pabellón. La hierba helada cruje bajo sus pies cuando rodean el edificio por ambos lados, acelerando el paso.

—Apártate —le sisea Tim al chico mientras saca la Glock y dispara primero al alienígena que aparece por su izquierda. Es un varón, poco más que a medio transformar, muy joven; apenas un adolescente grande. Tim le acierta con dos balas en el cuello; el monstruo chilla y cae.

Saltando más atrás, Tim barre a la derecha con el arma y dispara justo cuando el otro alienígena se le abalanza encima: este es un hombre adulto, más transformado y más grande. Tim le dispara a quemarropa cuatro veces en el pecho, suficiente para desviarlo de su trayectoria. Aun así, Tim tiene que moverse de lado para evitar que lo arañe al caer. Le dispara dos veces más en la parte posterior de la cabeza, luego gira sobre sí mismo y vuelve a disparar al adolescente, que avanza arrastrándose hacia él, siseando y gorgoteando. Una bala le atraviesa la coronilla y lo abate.

Tim barre todo el entorno con la vista, asegurándose de que no se acerque nadie por ninguna dirección. El jardín está vacío. Tampoco oye a nadie venir.

Buddy ladra y el chico llora. Este va hasta el adolescente, inclina la cabeza y se cubre la cara con las manos.

Tim guarda el arma y se acerca; le pone una mano en el hombro. El chico da un respingo y se aparta.

—Tranquilo —le dice Tim.

—No —responde el chico, sorbiendo—. No está bien. Ese es Michael, mi hermano. Y mi padre… los has matado.

—Lo siento de veras —dice Tim—. Ya estaban muertos, hijo.

El chico estalla en llanto y vuelve a ocultar la cara.

—Ellos… ellos me obligaron… —dice entre sollozos.

—Lo sé, no te preocupes por eso. ¿Dónde vives?

El chico señala hacia el norte.

—A unas casas de aquí, por la carretera.

—¿Queda alguien vivo en tu familia?

—Mi madre. Y mi abuelo.

—¿Están en la casa?

—Ajá.

—¿Están infectados?

El chico deja de llorar un momento y mira a Tim.

—No. Papá no los tocó. Solo tocó a Michael.

—Eso está bien. Vuelve a casa, entonces.

El chico no necesita que se lo repitan; sale corriendo del jardín.

Tim va y desata a Buddy. El perro casi lo tira al suelo.

—Tranquilo, amigo. Yo también me alegro de verte.

Salen hacia la camioneta, y Buddy salta dentro en cuanto Tim abre la puerta. Él se sienta al volante y, justo entonces, capta otra señal de radio. Es una conversación cualquiera entre dos policías. Tim no se molesta en escuchar. Pero le da una idea.

«Puedo recibir. ¿Pero puedo emitir también?»

Al encender la camioneta, apoya la palma sobre la radio. Se siente un poco ridículo haciéndolo, y es consciente de que Buddy lo mira desde atrás.

—Ya, ya lo sé —murmura Tim—. Solo… déjame intentarlo.

Mirando fijamente a través del parabrisas, Tim se concentra. Abre su mente a las múltiples señales que van y vienen. Y entonces lo siente. La conexión. Abre la boca sin estar del todo seguro de qué decir, así que decide decir la verdad.

—Gente de Hornstedt…

Un segundo después, sus palabras retumban por los altavoces de alarma de la ciudad.

«Joder», piensa Tim. «Está funcionando de verdad».

Carraspea.

—Gente de Hornstedt. No debéis creer lo que os dicen las autoridades. La ciudad está llena de infectados. Os comerán a todos. Depende de vosotros si preferís atrincheraros e intentar defenderos o si queréis huir. Pero no contéis con la policía ni con el ejército; ya se están yendo —Vacila, escuchando cómo el mensaje se repite por toda la ciudad. Luego añade—: Ayudaos unos a otros. Salvaos. Nadie más puede hacerlo.

Luego retira la mano de la radio y siente una breve descarga estática cuando se rompe la conexión.

Mira a Buddy.

—Ya sé que no ha sido mucho, pero al menos es algo —Mete la marcha—. Vamos. Vámonos a casa.

30

VERONICA

—¿VERONICA?

La despierta la voz de Molly muy cerca del oído. Gruñendo, Veronica intenta incorporarse, pero el dolor de la herida de la pierna le recuerda de inmediato lo que ha pasado. Apenas consigue contener un grito.

—Seguimos en la parte de atrás del coche —susurra Molly, posando las manos en los hombros de Veronica—. No puedes levantarte ahora.

Veronica se frota los ojos e intenta ver a la niña en la penumbra. Solo entra una luz tenue por la rendija de la tapa. Veronica está sentada en una postura incómoda, de sirena, en la que al parecer también estaba durmiendo. La pierna buena le hormiguea por la falta de riego sanguíneo, y la parte baja de la espalda le duele casi más que la mordedura.

—¿Aún en el ferry? —murmura Veronica.

Molly se lleva un dedo a los labios y hace un gesto hacia la parte delantera del coche.

—Él sigue aquí.

—Ah.

Al escuchar, Veronica distingue la radio encendida. Y lo que tomaba por el ronroneo del ferry es en realidad el motor del coche al ralentí. Suponía que el hombre se habría bajado del coche durante la travesía, pero, por lo visto, no lo hizo.

—Creo que no les permiten salir de los coches —susurra Molly, respondiendo a la pregunta no formulada de Veronica—. Dijeron algo por los altavoces. Creo que estamos a punto de desembarcar. Por eso ha vuelto a encender el coche.

Veronica asiente e intenta distinguir el rostro de Molly.

—¿Cómo te encuentras?

La niña se encoge de hombros.

—Estoy bien.

Y lo parece. Sospechosamente bien. Veronica alarga la mano y le acaricia la mejilla. Le tira suavemente del lóbulo de la oreja, le pasa el pulgar por los labios y le toca con cuidado bajo ambos ojos. La piel de Molly está tersa y limpia.

—¿Y lo negro? —susurra Veronica.

Molly vuelve a encogerse de hombros.

—No lo sé. Simplemente… se fue.

—¿Se fue? —Veronica no puede evitar alzar un poco la voz, y Molly vuelve a mandarla callar. A estas alturas, sin embargo, varios motores zumban a su alrededor, y Veronica duda que el anciano pudiera oírlas aunque hablaran en tono normal.

—Sí. Me quedé dormida un rato. No sé cuánto, pero cuando me desperté me sentía mucho mejor. Y no lo encuentro en ninguna parte de mi cuerpo.

—Eso es… increíble —dice Veronica, examinando de cerca a Molly. Ojalá pudiera ver mejor su cara. Leer su expresión. La voz suena sin cambios.

¿Por qué desapareció tan rápido? Podría tomarse como buena señal, pero en su lugar le provoca un persistente mal presentimiento en la boca del estómago.

Molly prácticamente se saltó la fase de fiebre. Nada de quedarse en coma como los demás. Lo cual significa que, o bien lo ha superado, o…

Está avanzando mucho más deprisa en ella.

—Escucha —susurra Veronica, inclinándose y tratando discretamente de ver mejor los ojos de Molly—. Dices que te sientes mejor, y eso está bien. Pero… ¿te sientes tú misma?

Molly parpadea una vez.

—¿Cómo?

—Pues… ¿ha cambiado algo dentro de ti? Tus pensamientos, tus sentimientos. ¿Sigues sintiéndote como Molly?

La niña vuelve a parpadear.

—¿Como quién, si no?

Veronica no alcanza a responder, porque el hombre al volante gruñe de pronto:

—Ya era hora.

Luego el coche empieza a moverse. Avanzan despacio. Hay un bache. Descienden por una rampa bastante empinada. Veronica

recuerda la rampa de embarque y, unos segundos después, ruedan sobre asfalto. Nota que la luz que entra es algo más brillante ahora.

—Bien —susurra Veronica, sintiendo un breve alivio—. Lo logramos. Estamos en el continente.

—Genial —susurra Molly, con un tono neutro.

—Así que ahora estamos en Frederikshavn —prosigue Veronica, pensando en voz alta—. La clínica donde trabaja Luna está al norte de la ciudad. Está a solo veinte minutos.

—Pero… no sabemos adónde va él —susurra Molly, señalando con la barbilla al conductor.

Suena el teléfono del hombre. Lo oyen murmurar algo para sí, el tono cesa y él dice en voz alta:

—¿Sí?

Al otro lado hay un hombre, y el manos libres está activado.

—Papá, soy yo. ¿Cuánto te falta?

—Tranquilo. Acabo de bajar del maldito barco. Falta una hora. Voy para donde estáis.

—Genial. Porque los críos están que se suben por las paredes. Y mamá no para de decir que no llegamos. Creo que tiene razón, ¿sabes? Es cuestión de tiempo que cierren las fronteras. Así que quizá tú…

—Mira, caramba, voy tan rápido como puedo —corta el hombre—. Bastante suerte tuve de que nos dejaran salir de esa maldita isla.

—Pero quizá deberíamos pedir un taxi e ir tirando. Podrías encontrarte con nosotros en…

—Deja de decir tonterías. ¿Quién va a pagar un taxi para quinientos kilómetros? ¿Tú? Además, meterse en un taxi hará que

todos los vecinos sepan que pasa algo. Seguro que ya están nerviosos; si los alteramos, las autoridades cerrarán las fronteras seguro y entonces no iremos a ninguna parte.

—Pero…

—Te he dicho que voy a por vosotros. Aseguraos de tenerlo todo. Llevad toda la comida que podáis, de la que aguante. Estoy a solo una hora. Dile a tu madre que se calme de una vez.

Una breve pausa.

—Vale, papá.

—Nos vemos pronto.

La llamada termina.

Veronica y Molly se miran.

—Bien —susurra Veronica, cogiendo el arma—. Hora de la siguiente parte del plan.

Los ojos de Molly brillan en la oscuridad.

—¿Vas a dispararle?

—No. Claro que no. Pero tenemos que llevarte a la clínica, y dudo que él nos lleve voluntariamente.

Veronica apunta con el cañón a la portezuela trasera y comprueba el seguro.

—Muévete —susurra—. Lo más lejos de mí que puedas.

Molly se desliza hacia un lado, dejando a Veronica un ángulo limpio para disparar sin riesgo de alcanzarla. No quiere disparar, pero puede que tenga que hacerlo. El anciano es, a todas luces, duro de pelar, y Veronica no está en condiciones de enfrentarse a él físicamente. La pistola es su único as en la manga, y al menos necesita hacerle creer que está dispuesta a usarla.

Veronica frunce los labios y silba suavemente.

No hay reacción del conductor.

Silba un poco más fuerte. Él gruñe y baja el volumen de la radio.

Veronica espera, conteniendo el aliento.

Pero el hombre sigue conduciendo, así que lanza un tercer silbido.

—¿Qué demonios…? —murmura él. El coche empieza a desacelerar, y Veronica le lanza a Molly una mirada significativa, articulando en silencio: «Prepárate; no te muevas».

El hombre detiene el coche, tira del freno de mano y, al parecer, se queda escuchando unos segundos. Veronica oye otro coche acercarse y adelantarlos. Por la velocidad, ya están en la autopista. Lo cual es bueno: probablemente haya menos casas o peatones alrededor. Menos testigos.

Aparentemente, el hombre decide que el sonido venía del motor o de algo similar y que ya ha desaparecido, porque masculla algo y vuelve a poner la marcha.

Cuando reanudan la marcha, Veronica vuelve a silbar, más fuerte esta vez.

—¿Qué demonios? —exclama el hombre, clavando el freno—. ¿Hay alguien atrás?

Tira del freno de mano otra vez, se desabrocha el cinturón y abre la puerta para bajar, haciendo que el coche se balancee suavemente. Veronica oye sus pasos rodear el coche hacia atrás. Se oye un clic y el portón se abre.

La luz del día es mucho más brillante de lo que esperaba, y Veronica no tiene más remedio que entornar los ojos casi hasta

cerrarlos. A duras penas distingue la silueta del hombre, y le clava el cañón en el vientre.

—No te muevas. Ni una palabra. Quédate absolutamente quieto o te vuelo las tripas. No creas que no lo haré.

La voz se le quiebra por la tensión, pero eso solo añade desesperación a sus palabras, y el hombre se queda inmóvil. No puede verle la cara por la tapa, y tampoco las manos: una sigue sujetando el portón y la otra cuelga a su lado.

—Levanta la tapa —ordena Veronica—. Despacio. Sin trucos. Tengo el dedo en el gatillo.

—Escuche, señora —empieza el hombre, con ese nervio molesto latiéndole en la comisura de la boca otra vez—. No sé qué quiere, pero yo…

—Quiero que levante la maldita tapa como le he dicho y que cierre la boca.

El hombre gruñe, pero obedece. Con la mano que sujetaba el portón, libera la tapa y la deja deslizarse hacia atrás. Se inclina un poco hacia delante, y el cañón se le clava en la chaqueta.

—No… no alcanzo más —dice.

—Suéltala —ordena Veronica, parpadeando para contener las lágrimas. Sus ojos se acostumbran poco a poco a la luz y logra enfocar mejor. Realmente están en una autopista, y al ver los árboles desnudos a un lado de la calzada, Veronica capta enseguida que el continente no ha recibido ni de lejos tanta nieve como la Isla de Heir.

El anciano suelta la tapa, que se enrolla del todo y encaja en su sitio.

Veronica fuerza la vista para verle la cara. Él mira de ella a Molly, solo ahora dándose cuenta de que la niña también está allí.

—¿Qué demonios hacéis vosotras dos en mi maletero?

Otro coche se acerca por detrás, pero ni siquiera reduce la velocidad. El anciano aparenta haberse bajado solo a coger algo del maletero.

—Tenemos que ir a un sitio —dice Veronica—. Vamos ahora mismo. Puede llevarnos usted o puede quedarse aquí, en el arcén. ¿Qué opción prefiere?

El hombre entorna los ojos; no por la luz, sino por el enfado.

—Tiene usted mucha cara, señora.

—No es lo que le he preguntado —responde Veronica, incorporándose un poco. Quiere colocarse mejor por si el hombre intenta algo. La pierna lanza una punzada y ella hace una mueca.

—Está herida —observa el anciano—. Esa herida es fea.

—Dé un paso atrás —gruñe Veronica entre dientes.

—Veronica —susurra Molly.

—Cállate —le dice sin apartar la vista del hombre, lamentando que la niña acabe de revelar su nombre—. Hablo yo. Y usted, dé un paso atrás. ¡Ahora!

El hombre no retrocede. En lugar de eso, señala la pierna de Veronica.

—Si no te ven eso pronto, se te infectará. ¿Quieres que llame a una ambulancia?

—Veronica, creo que él…

—¡Callaos! —chista Veronica—. Los dos.

Parpadea con fuerza y fija la mirada en el hombre.

—Si no te echas atrás ahora mismo, te juro por Dios que aprieto el gatillo.

El hombre suspira, como si fuera a obedecer.

Entonces ocurren dos cosas casi a la vez.

Primero, Molly grita:

—¡Tiene un arma!

Y, acto seguido, el hombre alza la mano que hasta ahora había estado fuera de la vista. Parece un bate de madera recortado. Con la otra mano aparta la pistola y luego descarga el palo contra Veronica.

Ella espera que apunte a su cabeza y, por instinto, se cubre la cara. Pero el golpe no va a la cabeza. El hombre le descarga el garrotazo en la pierna mala, justo por encima de la rodilla, a unos ocho centímetros de la herida.

Veronica grita cuando un dolor intensísimo explota y le prende fuego a toda la pierna al instante. Aprieta el gatillo sin saber adónde apunta el arma, y el disparo le borra el oído. Siente caerle lluvia de cristales hechos añicos y ve al hombre tambalearse hacia atrás, llevándose las manos a la cara. Aparentemente no está herido, solo sorprendido, porque vuelve hacia ella casi de inmediato. Veronica —todo el cuerpo temblándole de dolor, la mente a punto de desvanecerse— consigue bajar el arma y apuntarle al pecho. Pero justo cuando dispara la segunda vez, él llega hasta ella y vuelve a desviar el cañón de un manotazo.

Él se inclina, alza el garrote y sisea algo que Veronica no alcanza a entender. Entonces, justo cuando va a golpearla otra vez, esta vez claramente a la cabeza, algo irrumpe en el campo de visión desde un lado. Molly se le lanza encima, haciendo que el hombre tropiece

hacia atrás. Él forcejea para quitársela de encima mientras ella, al parecer, le araña la cara.

Veronica —a medio camino entre la conciencia y el desmayo— tantea la caja de cartuchos y carga dos más en el arma. Luego se arrastra hasta el borde del maletero, deja caer ambas piernas al suelo e ignora otra oleada de dolor. Sin levantarse, apoya la culata en el hombro y grita:

—¡Apártate, Molly!

El grito sobra, porque el hombre logra zafarse de Molly justo entonces, y ella cae al suelo helado con un golpe seco. Bufando y despatarrada, se incorpora de inmediato y está a punto de lanzarse de nuevo contra él cuando Veronica grita:

—¡Molly! ¡Basta!

La niña se revuelve para fulminarla con la mirada, y Veronica ahoga un jadeo.

Molly da miedo.

Tiene sangre fresca alrededor de la boca. Durante un segundo espantoso, a Veronica le parece que a la niña le han dado un puñetazo tremendo. Pero luego ve sus ojos y comprende que no es sangre de Molly.

Dios mío…

Los ojos de Molly se han apagado, uno más que el otro.

Veronica vuelve la vista al anciano, que sigue allí, de pie. Se tambalea como si las piernas fueran a cederle. Se lleva la mano a la cara y se toca la mejilla con cuidado. La tiene abierta y sangra abundantemente. También tiene cortes profundos en la ceja, en la frente y a lo largo de la mandíbula. Y en un lado del cuello falta un

trozo de piel donde Molly le ha hincado el diente. La sangre mana a borbotones y salpica el suelo.

—Pequeña… zorra… loca —murmura el hombre, mirando su mano ensangrentada. Luego cierra los ojos y se desploma.

31

VERONICA

DURANTE VARIOS LARGOS SEGUNDOS, ninguno de los tres se mueve.

El anciano se queda tendido, desangrándose en el suelo.

Veronica permanece sentada en el borde del coche, sin oír más que su propio pulso martilleante.

Molly está a unos pasos, limpiándose la sangre de la cara con la mano. Mira la sangre, y su expresión oscila entre la lujuria y el asco. Parece como si estuviera intentando decidir si quiere o no lamerse la sangre de la mano. Veronica quiere decir algo, quiere gritarle a Molly que no lo haga, pero no le sale la voz. El dolor aún la mantiene al borde del desmayo.

Por lo visto, sin embargo, la humanidad que aún queda en la niña termina imponiéndose, porque baja la mano y le lanza a Veronica una mirada culpable.

—No quise matarlo.

Veronica le lee las palabras en los labios. Se limita a negar con la cabeza y mira carretera abajo. Un par de faros se acercan a lo lejos. Si algún coche hubiera pasado en los últimos treinta segundos, sin duda habrían visto lo que ocurre en el arcén. Pero, por suerte, el tráfico es muy escaso a esta hora temprana de la tarde.

—Viene alguien —dice Veronica—. Será mejor apartarlo de la vista.

Ella no puede. Apenas puede ponerse en pie, mucho menos arrastrar un cuerpo.

Para su sorpresa, Molly se pone manos a la obra. La niña agarra al hombre por las muñecas y, echándose hacia atrás, gruñe mientras lo arrastra hasta un lado del coche. Aunque el suelo está helado, no debería ser capaz de mover a un adulto hecho y derecho. Pero lo hace.

Y cuando regresa, el coche llega a su altura y aminora.

Un chico joven, negro, baja la ventanilla.

—Eh, ¿necesitáis ayuda?

—Estamos bien —se oye responder a Veronica, parpadeando—. Gracias.

—Porque, ya sabéis, tengo pinzas para batería… —Señala con el pulgar hacia su maletero.

—Nuestro coche está bien —dice Veronica, cruzándose de brazos mientras intenta sonreír—. Solo… estamos descansando.

—Ah. Ya. —El chico la recorre con la mirada y luego mira a Molly. Parece que intenta discernir si pasa algo raro—. ¿Sabéis que acaban de decretar un toque de queda, verdad? No podéis salir de la ciudad.

—Oh —dice Veronica, comprendiendo por qué hay tan pocos coches en la carretera—. No, estamos volviendo.

El chico mueve la mandíbula.

—¿Seguro que estáis bien?

—Sí, estamos bien —le dice Molly, dedicándole una sonrisa genuina. El oído de Veronica casi ha vuelto a la normalidad a estas alturas, y puede notar que la voz de Molly suena distinta. Más aguda. Más chillona. Para el chico, probablemente solo suene a pubertad o a dolor de garganta.

—De acuerdo, entonces —dice él, asintiendo—. Pues cuidaos.

Vuelve a subir la ventanilla y se marcha.

Veronica baja la vista y ve un gran charco brillante de sangre. Es visible desde donde está, pero el chico no se dio cuenta porque el asfalto es muy oscuro. Además, ya empieza a oscurecer.

Mira a Molly.

—¿Estás bien?

La niña olisquea, asiente, aparta la mirada y luego vuelve a mirar a Veronica.

—¿Qué pasa, Molly? —A Veronica le asusta la respuesta.

Molly se encoge de hombros.

—No… no estoy segura de que esto sea buena idea.

—¿Qué no es buena idea?

Molly vuelve a olisquear, gira el torso y mira hacia los árboles, como si deseara irse. Hace un frío glacial, y Veronica tirita a pesar de la parka. Molly, en cambio, parece muy cómoda en el aire frío.

—¿Molly?

—¿Hmm? —Molly vuelve la vista a Veronica como si se hubiera olvidado de que estaba allí. Por un segundo, los ojos le parecen raros. Como si no mirara a Veronica en absoluto, sino a otra cosa. Algo… apetitoso. Luego se le pasa.

—¿Qué no es buena idea? —pregunta Veronica.

—Nosotras —dice Molly, tajante—. Estar juntas. Me siento… me siento rara, Veronica.

Veronica se muerde el labio.

—Escucha, cariño. Vamos a llevarte al médico y te vamos a curar. Te lo juro.

Molly vacila y luego asiente levemente.

—Sube al coche —dice Veronica, levantándose con una mueca—. Tiene cambio automático. Debería poder conducirlo.

32

HELENA

AÚN ESTÁ OSCURO CUANDO llega a la cabaña.

Aparca la camioneta frente a la casa, apaga el motor y corta las luces. Se queda sentada un momento, contemplando la vista de su antiguo hogar de infancia. Parece casi igual que antes, solo más envejecido. Las ventanas necesitarían una buena limpieza, y el tejado está cubierto de musgo. La puerta principal está cerrada y dentro no hay luces encendidas. Lo toma como una buena señal.

Al bajar del coche, se estremece al recibir una ráfaga helada. Mira hacia el prado. Los árboles son esqueletos negros recortados contra el cielo gris.

Está por ahí, en alguna parte. La roca, o lo que sea.

De niña, Helena solía jugar en el bosque. Son algunos de sus recuerdos más felices. No sabe si lo que siente es solo por saber que el extraño objeto está ahí fuera, o si realmente puede percibirlo. En cualquier caso, mirar hacia el bosque le causa ansiedad.

Saca la llave para abrir la puerta. Justo cuando la introduce en la cerradura, otra ráfaga sopla y algo blanco le pasa rodando por los pies. Al mirar hacia abajo, ve lo que parece una pluma de ave. Le siguen otra, y otra más. Helena se agacha y recoge una. Está manchada con lo que solo puede ser sangre.

Mira en la dirección de donde vinieron las plumas y ahoga un grito.

Ha visto cadáveres de pájaros antes, cuando un zorro o un halcón sorprendían a una paloma, y sabe que normalmente eso deja un montón de plumas sueltas por el suelo.

Pero lo que ve es como si alguien hubiera cortado una gran almohada y la hubiese vaciado sobre la hierba. Cientos de plumas cubren el césped, algunas moviéndose con la brisa. El rastro viene del gallinero. La puerta está entreabierta, como si su padre hubiera olvidado cerrarla.

El corazón de Helena late más deprisa.

Probablemente sea solo un zorro. Son listos. Podría haber aprendido a saltar y tirar del pestillo.

Otra ráfaga trae consigo el inconfundible olor a sangre de pollo: Helena lo reconoce del tiempo en que su padre sacrificaba un gallo para la cena.

Permanece allí, frente a la puerta de la cabaña, sin saber qué hacer. El viento amaina un instante y la noche se vuelve completamente silenciosa. En el silencio, le parece oír un leve traqueteo que viene del gallinero.

Podría ser la puerta moviéndose suavemente en las bisagras. O algo que respira ahí dentro. ¿Una gallina que no murió del todo? ¿O el depredador que hizo la matanza? ¿Sigue ahí?

A Helena le entra una necesidad urgente de orinar. Algo en la situación le inspira miedo. Se repite que solo puede ser un zorro o un tejón, pero no logra convencerse del todo.

Quiere llamar a su padre, pero él le pidió expresamente que no lo hiciera salvo que fuera absolutamente necesario, porque encender el teléfono permitiría a las autoridades rastrear su ubicación en la cabaña, y puede que aún lo estén buscando —aunque Helena supone que ahora tendrán cosas más importantes en que ocuparse.

De todos modos, no quiere molestarlo si resulta que solo ha sido un perro callejero que vino a darse un festín con las aves.

«¿Qué diría papá si estuviera aquí?»

La respuesta es obvia: le diría que se escondiera en el sótano mientras él iba a revisar el gallinero.

Pero la idea de agazaparse bajo tierra sin saber siquiera qué ocurrió con las gallinas le resulta insoportable. Necesita saberlo.

Deja la llave puesta en la puerta y, conteniendo el aliento, sigue el rastro de plumas acercándose al gallinero. El olor a sangre y vísceras se hace más intenso. Entorna los ojos para ver por la rendija de la puerta, pero dentro está muy oscuro. Se inclina hacia adelante, tratando de distinguir las sombras.

Apenas queda nada de las aves salvo manchas de sangre y plumas por todas partes. En un rincón, desplomado en el suelo, yace el depredador, acurrucado y roncando.

Por un momento, a Helena le parece un oso. Solo que no tiene pelo y es demasiado delgado. Su piel es oscura, y no lleva ropa. La cabeza la tiene escondida bajo el brazo, y solo cuando ve la mano de seis dedos la verdad la golpea con fuerza.

Está mirando a uno de los infectados. Alguien mucho más avanzado en la transformación que la mujer que la atacó en BESTSELLER.

Retrocede justo cuando el ser —si aún puede llamársele persona— se revuelve y emite un gruñido, como si hubiera sentido su presencia.

Helena se aparta del campo de visión. Se da la vuelta y está a punto de correr hacia la cabaña, pero en el último segundo lo reconsidera. Correr por la hierba sería un suicidio. Esa cosa la alcanzaría en un abrir y cerrar de ojos —ya puede oírla incorporarse.

En su lugar, Helena rodea la esquina del gallinero.

Apenas se oculta cuando el monstruo irrumpe fuera con estrépito.

Helena aprieta los labios y cierra los puños. Oye a la criatura emitir sonidos nada humanos. Luego, el ruido de pasos rápidos y pesados corriendo hacia la casa.

Se obliga a asomarse. Ve la figura detenerse ante la puerta de la cabaña.

De pie, el monstruo es mucho más grande; su silueta parece menos humana y más la de una araña gigante que ha perdido la mitad de las patas. Gira su cabeza calva hacia la camioneta y, con un chillido, corre hacia ella, se inclina y mete medio cuerpo dentro del vehículo.

«Corre», le dice un pensamiento. Es tu única oportunidad. Si no entras ahora, te encontrará y te matará.

Así que echa a correr hacia la puerta principal. En cuanto lo hace, queda completamente expuesta; la criatura podría apartarse del coche en cualquier momento y verla.

Son apenas diez metros, pero le parecen una eternidad.

Llega a la puerta. A través de una neblina rojiza ve sus propias manos buscar la llave. La gira. Se mueve con dificultad —o quizá sean sus músculos, que se niegan a responder. Detrás de ella, la criatura revuelve el coche, gruñendo y resoplando.

Por fin, la llave gira del todo y la cerradura cede con un chasquido. El sonido retumba como un disparo. Hace que el monstruo se quede en silencio al instante.

Helena abre la puerta, moviéndose como en arenas movedizas, con el corazón a punto de estallarle en el pecho, la vista parpadeando. Entra y se vuelve justo a tiempo para ver cómo la criatura sale del coche. Sus ojos vacíos se fijan en ella. Lanza un chillido y se abalanza. Helena da un portazo y se pega a la pared.

Pasa, tal vez, medio segundo.

En ese lapso, una tormenta de pensamientos le atraviesa la mente.

«Debería haber ido directo al sótano.»

«Debería haber llamado a papá.»

«Ni siquiera debería haber venido sola.»

Helena mira la alfombra a pocos pasos. Debajo está la trampilla. Pero no llegará a tiempo.

Entonces la puerta estalla con un estruendo cuando el monstruo se lanza contra ella. La cerradura prácticamente explota y la puerta sale volando hacia Helena. Apenas logra protegerse la cabeza con los brazos. Aun así, el golpe le saca el aire de los pulmones y no puede evitar un jadeo ronco.

La criatura no parece oírla. Ruge y atraviesa el recibidor. Cuando la puerta vuelve a balancearse medio cerrada, Helena la ve

desaparecer en la cocina, suponiendo que ella huye hacia el interior.

«Muévete. ¡Ahora!»

La voz en su cabeza suena igual que su madre cuando exigía algo sin discusión.

Helena sabe adónde quiere llevarla ese pensamiento. Podría salir corriendo al coche y escapar. Pero incluso si lograra bajar la colina, la criatura notaría la ausencia del vehículo y la alcanzaría.

Así que solo hay un lugar al que ir.

Tambaleándose, llega hasta la alfombra, sintiendo de nuevo que sus brazos y piernas pesan una tonelada. Mientras oye al monstruo gritar desde el salón, se arrodilla y aparta la alfombra. La trampilla sigue ahí, con su candado, encajada en la ranura que su padre talló hace más de diez años. Se camufla con las tablas del suelo.

Helena coge el candado con los dedos temblorosos, lo gira y ve los números. Y al ir a marcar la combinación, comprende con horror que no recuerda la cifra.

Sabe que es su cumpleaños.

Pero no puede recordar qué día es.

«Dios… vamos… ¿Cuál es la fecha? ¿Cuándo es tu maldito cumpleaños?»

Oye al monstruo destrozar cosas en el salón. Los ruidos bloquean aún más su pensamiento.

Vamos… vamos, maldita sea…

Cierra los ojos y concentra toda su energía en evocar un recuerdo. Cualquiera.

Ve una escena de una fiesta. Su séptimo u octavo cumpleaños. Están en el jardín, bajo el haya. Su madre lee un libro en la hamaca.

Su padre enciende la barbacoa. Helena juega con el regalo que acaba de abrir: un maletín de plástico con utensilios de peluquería. Zumban las moscas, cantan los pájaros.

Hace calor. Es verano. No hay colegio. Es…

Julio.

Veinticuatro de julio.

Helena abre los ojos, y el recuerdo se disuelve como humo. Empieza a marcar los números.

Ha puesto los dos primeros cuando nota que la cabaña se ha quedado en silencio. La garganta se le cierra. Gira la cabeza hacia la cocina. No ve nada en la oscuridad. Escucha. Una tabla del suelo cruje.

«Está escuchando.»

Helena vuelve a concentrarse en el candado. Marca las dos últimas cifras; el cierre salta. Lo quita con el mayor sigilo posible, notando que las manos por fin le responden algo mejor. Agarra el borde de la trampilla e intenta levantarla, pero no cede.

«No… no, por favor… ¿también está cerrada por dentro?»

Pero eso no tiene sentido. Lo intenta de nuevo, tirando más fuerte, y esta vez la trampilla se levanta del suelo. Es mucho más pesada de lo que recordaba. Al subirla hasta la mitad, ve por qué: tiene casi cinco centímetros de grosor y parece de acero. En la parte interior hay un asa y tres cerrojos deslizantes.

Mira hacia abajo y ve una escalera que desciende a una oscuridad aún más densa que la que la rodea. Tendrá que tener cuidado, o…

Otra tabla cruje, mucho más cerca.

Helena gira la cabeza bruscamente.

Y ahí está. De pie en el umbral de la cocina, a solo diez pasos. Dentro de la casa parece aún más alto; está encorvado para no golpearse la cabeza calva. Sus ojos se clavan en los de ella, inmovilizándola, y la boca se abre en una sonrisa enorme que deja ver filas de dientes afilados como cuchillas.

Reaccionan al mismo tiempo.

El monstruo se abalanza rugiendo.

Helena se lanza de cabeza por la abertura hacia el sótano.

La trampilla golpea su espalda y la empuja hacia adelante antes de cerrarse de golpe. Helena intenta agarrarse a los peldaños, pero no logra asir ninguno. En su lugar, se golpea la barbilla contra uno, haciendo que los dientes le castañeen con un chasquido doloroso. Luego cae al suelo duro y casi se desploma. Ignorando el dolor en la mandíbula, encuentra la escalera y trepa de nuevo. Aún tiene grabada la imagen de los cerrojos, y estira una mano para buscarlos. Toca la trampilla, pero antes de localizar los cierres, una grieta aparece.

—¡No! —grita Helena al ver cuatro dedos largos y delgados asomarse y empezar a levantar la tapa.

Instintivamente agarra la manija con ambas manos y se deja caer, tirando de la trampilla con todo su peso.

Por fuerte que sea el monstruo, claramente no esperaba tanta resistencia, y la tapa se cierra de golpe, cercenando los cuatro dedos.

El monstruo lanza un alarido, el sonido es amortiguado por el grueso metal, y Helena no pierde tiempo: encuentra los cerrojos y los desliza hasta oírlos encajar.

Luego desciende de la escalera, siente el suelo firme bajo los pies y se queda allí, en la oscuridad, varios minutos, escuchando los rugidos, los aullidos y los golpes de la criatura sobre la trampilla.

No parece ceder.

Al menos no por ahora.

«He sobrevivido. Por ahora.»

Tragando con fuerza para bajar el corazón de la garganta, Helena empieza a buscar una luz.

33

VERONICA

TRAGA DOS PASTILLAS MÁS de morfina y las baja con un sorbo de café tibio del termo del viejo. Pero el dolor de la pierna nunca llega a amainar del todo, ni la sensación de mareo desaparece.

Alterna sofocos con escalofríos. Parpadeando para apartar gotas de sudor, fuerza la vista para ver bien la carretera, mientras lanza miradas nerviosas a Molly.

La niña, a diferencia de Veronica, parece sentirse perfectamente bien. Al menos no tiene dolor ni molestias. Aunque sí parece inquieta. Respira un poco deprisa y no deja de retorcerse las manos en el regazo. Los dedos ya se le ven un poco largos, y Veronica está casi segura de que la niña ha crecido unos cuantos centímetros.

Han vuelto a entrar en la ciudad. Veronica querría saltarse todos los semáforos que encuentra, pero debe conducir con cuidado. Si las detiene la policía, no habrá manera de que Molly reciba ayuda. La clínica está a solo cinco minutos.

«Casi allí. Concéntrate. No te desmayes. Puedes hacerlo.»

Se da cuenta de que está usando las mismas afirmaciones que cuando corre largas distancias y llega el agotamiento. De no ser una corredora de fondo experimentada, probablemente no habría sido capaz de sobreponerse al dolor y la fatiga como ahora.

Molly gruñe.

—¿Qué? —pregunta Veronica, alarmada, mirándola—. ¿Qué pasa?

La mano de Molly va a la boca, y por un segundo parece que va a vomitar. En cambio, saca algo de la boca y lo sostiene entre dos dedos finos. Es una muela. Mira de reojo a Veronica. Veronica no sabe qué decir. Molly baja la ventanilla y tira el diente.

Mientras siguen conduciendo, Veronica nota cómo la niña pasa la lengua una y otra vez por los dientes delanteros bajo los labios.

«¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo antes de que se transforme por completo? ¿Cuánto antes de que se me lance al cuello y me lo abra de un mordisco?»

No lo sabe. Molly ha superado claramente la fase de enfermedad y ha empezado a transformarse. Leo, a estas alturas, ya había salido a la noche a cazar carne humana. Cómo es que Molly ha logrado mantener bajo control esos impulsos depredadores, Veronica no tiene ni idea. Pero sospecha que el equilibrio puede romperse en cualquier momento.

Por fin llegan a la clínica.

Veronica aparca en una plaza para discapacitados junto a la puerta principal. Abre la guantera y encuentra unas gafas de sol.

—Toma —dice, tendiéndoselas a Molly—. Ponte esto.

La niña coge las gafas con gesto sorprendido, pero se las pone sin protestar. Veronica sale del coche, llevándose el poste de lámpara.

Ya casi es de noche. Una mujer mayor, de aspecto frágil, está junto a las puertas de cristal, apoyada en una muleta y fumando un cigarrillo. Lleva ropa de hospital bajo un abrigo pesado.

—Jesús —dice cuando Veronica se acerca cojeando—. ¿Por qué no llamaste a una ambulancia?

Veronica la mira.

—Necesito tu muleta.

La mujer sonríe.

—Ya me lo imagino.

—No, dámela —dice Veronica, acercándose a saltitos—. Tú vas y te consigues otra.

La mujer frunce el ceño y aprieta el agarre cuando Veronica intenta coger la muleta.

—Mira, entiendo que estés herida, pero a mí me acaban de operar y…

—Dame la maldita muleta —gruñe Veronica, agarrándola.

Pero la mujer la aparta de su alcance y se echa atrás —claramente puede caminar perfectamente—.

—No. ¡Es mía!

Antes de que Veronica pueda hacer nada, Molly aparece por un lado y agarra la muleta. La mujer está a punto de protestar cuando Molly se quita las gafas de sol y le enseña los dientes en una mueca.

—Suéltala —dice, con la voz ya claramente deformada.

La mujer suelta la muleta como si de pronto quemara. Da unos pasos tambaleantes hacia atrás y deja caer el cigarrillo.

—Jesús… ay, Jesús… ¿qué demonios… qué demonios te pasa?

Molly le pasa la muleta a Veronica, que agradece poder apoyarse en algo que no le hace daño en la axila.

—Vamos —le dice a Molly.

La niña lanza a la mujer una última mirada malvada, luego se vuelve a poner las gafas y sigue a Veronica. Al entrar en la clínica, Veronica no puede evitar fijarse en que el andar de Molly se ha vuelto más rebotado. Las piernas le han crecido, como demuestra que los pantalones le quedan unos cinco centímetros cortos. Ahora miden lo mismo, y pronto Molly será más alta que ella.

El vestíbulo está cálido y casi vacío, salvo por un celador empujando una cama por el suelo y dos mujeres tras el mostrador.

Una de ellas ve enseguida a Veronica y se levanta.

—Dios mío, ¿qué te ha pasado?

—He tenido un accidente —responde Veronica sin más—. Necesito ver a Luna Poulsen.

—Mire, no somos ese tipo de hospital —le informa la mujer—. No tenemos urgencias. Puedo llamarle una ambu…

—No, necesito ver a Luna Poulsen —repite Veronica. Al llegar al mostrador, se apoya en él, respirando con dificultad—. Trabaja aquí. Es amiga mía.

La mujer, confusa, mira a su compañera. La otra es mayor y, al parecer, con más antigüedad, porque toma el relevo.

—Me temo que no funciona así. Para empezar, no puede entrar y pretender ver a una doctora. Y, además…

—Bien, la llamaré yo misma… —Veronica rebusca el teléfono.

—Además —prosigue la mujer—, la doctora Poulsen no trabaja esta noche.

Veronica se detiene y guarda el móvil.

—Mierda. Vale. Escuchen… solo necesitamos ver a un médico. Cualquier médico. Por favor, es importante.

Las puertas se abren y la anciana entra en el edificio.

—¡Algo va mal con ella! —chilla, señalando a Molly—. ¡No es… está… mal!

Las dos mujeres del mostrador, obviamente, creen que se refiere a Veronica.

—Mire, veo que está muy malherida —dice la mujer, descolgando un teléfono—. Y traeré a alguien para que se asegure de que recibe la ayuda adecuada. Pero estoy segura de que dirán lo mismo: que hay que trasladarla a un hospital.

—Solo llamen a un médico —murmura Veronica, cerrando los ojos cuando la sala le da una vuelta entera por un momento. Puede sentir a Molly justo detrás, cambiando el peso de un pie a otro con impaciencia.

—¡Les digo que algo va mal con ella! —sigue gritando la mujer—. Deberían llamar a la policía o algo. ¡Y me ha robado la muleta!

La recepcionista más joven sale de detrás del mostrador y va hacia la anciana, diciéndole que se calme.

En menos de treinta segundos, un médico joven y calvo avanza a zancadas hacia Veronica.

—¿Cuál es el problema? —pregunta.

—Esta joven…

—Estoy herida —dice Veronica—. Mi pierna…

El médico mira brevemente el vendaje ensangrentado y luego vuelve a mirarla a la cara, estudiándola.

—Está en shock —concluye—. Llamen a una ambulancia.

—No —murmura Veronica—. Solo necesito hablar con usted…

—Llame a una ambulancia ahora —dice el médico a la mujer del mostrador, tomándole el brazo a Veronica—. Dígales que estaré con ella en H5 cuando lleguen.

—Gracias —susurra Veronica, a punto de romper a llorar de agotamiento y alivio—. Vamos, Molly…

Molly la sigue. Detrás de ellas, la anciana sigue gritando.

34

HELENA

USA LA LUZ DEL móvil para buscar un interruptor en la pared. No encuentra ninguno.

Arriba, el monstruo claramente no tiene intención de rendirse. Debe de estar golpeando o pisoteando la trampilla, produciendo golpes profundos y rítmicos que resuenan en el sótano como truenos lejanos.

«¿Cuánto aguantará?»

Al principio, Helena pensó que había ganado unas cuantas horas, pero, a juzgar por el sonido de los golpes, no está tan segura de que la trampilla resista más que unos minutos. Ha sentido lo fuertes que son los transformados, y ni siquiera una puerta de acero podría contener a uno durante mucho tiempo.

—¿Dónde está la maldita luz, papá?

La oscuridad engulle su voz sin darle respuesta. Da la vuelta al teléfono e intenta llamarlo. La pantalla muestra SIN SERVICIO.

Prueba ese truco de las películas, levantando el móvil por encima de la cabeza. Ni una sola barra de señal.

—¡Maldición!

Debe de ser el sótano lo que bloquea la cobertura.

Los golpes parecen volverse más fuertes. Entre ellos, se oyen gruñidos y gemidos, y algo más, algo más cercano: un goteo suave. Apunta la luz hacia la escalera y ve polvo cayendo como nieve. Hormigón pulverizado.

Dios. Está rompiendo la entrada.

Helena deja de buscar el interruptor. En su lugar, se adentra en el sótano, siguiendo la pared. Es más grande de lo que pensaba. Ve las camas de las que le habló su padre —parecen catres militares—, una mesa, un par de sillas, dos grandes frigoríficos que parecen estar encendidos y algunos muebles más. Apenas les presta atención. Lo que busca es una forma de contactar con su padre: algún tipo de radio o teléfono que funcione a pesar del hormigón, o algo con lo que defenderse.

Encuentra lo segundo.

En la pared del fondo hay un armario de acero, casi tan alto como ella. La puerta y los laterales están perforados con agujeros redondos, que le permiten ver las armas y docenas de cajas metálicas.

Todas tienen etiquetas con nombres como ".40 S&W", "9 mm", "7.62 NATO" y "12 ga." Nada de eso le dice nada. Intenta abrir la puerta, pero encuentra otro candado de combinación, más pequeño. Prueba los mismos cuatro dígitos, pero no se abre. Luego prueba la fecha de cumpleaños de mamá. Nada. La de papá. Tampoco.

—¡Joder! —sisea, apartándose un mechón de pelo que le cae en los ojos—. ¿Cuál es el código, papá?

Los golpes arriba han cambiado. En lugar de disminuir, como sería de esperar cuando llega el cansancio, ahora son más rápidos y fuertes. El sonido es más vibrante, como si la trampilla ya no encajara bien en el marco o las bisagras empezaran a ceder.

Helena no puede pensar en ninguna otra persona importante en la vida de su padre cuya fecha podría haber usado para el código. Pero tal vez no sea un cumpleaños… o tal vez…

—Quizá no es una persona —murmura, marcando 0212—, el cumpleaños de Buddy.

El candado se abre con un clic.

—¡Sí!

Abre la puerta de golpe y se queda mirando las armas un segundo. Hay dos pistolas, y elige la que parece más nueva. Es mucho más pesada de lo que pensaba. Supone que está descargada —algo que parece confirmarse por el agujero en la parte baja del mango, donde imagina que va el cargador. Hay varios cargadores apilados ordenadamente en un recipiente abierto; el problema es que ninguno tiene balas, así que tendrá que cargarlos primero.

Deja el teléfono sobre uno de los estantes y empieza a revisar las cajas de munición. Las dos primeras contienen balas sueltas demasiado grandes —está casi segura de que son para rifles o escopetas. Las del tercer estuche, el que pone "9 mm", parecen del tamaño correcto. Saca una e intenta meterla, pero se le cae al suelo.

Mira la pistola, le da la vuelta, intenta echar hacia atrás la parte superior, como ha visto hacer en las películas. Lo consigue,

revelando un pequeño espacio que debe de ser la recámara. Quizá pueda meter la bala directamente ahí.

Se agacha y entrecierra los ojos para encontrar la bala que se le cayó. Debe de haber rodado, porque no la ve por ninguna parte.

De repente, la trampilla cede.

El sonido del metal al romperse y chocar contra el suelo es ensordecedor. Helena ve una débil luz filtrarse entre una nube de polvo. Una sombra se mueve arriba, y el monstruo emite algo parecido a un grito de victoria.

El corazón de Helena casi se detiene. No está lista. Está completamente expuesta de nuevo, y esta vez no hay dónde huir.

Está a punto de levantarse cuando lo ve, justo delante de su cara: pegado a la parte inferior del armario, un solo cargador. Este sí tiene balas. Helena lo agarra y lo encaja en la pistola; entra con facilidad. Cuando hace clic en su sitio, siente una oleada salvaje de euforia.

Se pone en pie justo cuando el monstruo se deja caer por la abertura, aterrizando con gracia sobre la trampilla doblada. Escanea el sótano, aparentemente capaz de ver sin problema en la oscuridad, y los horribles ojos blancos se fijan en Helena.

Ella apunta el arma con ambas manos, estirando los brazos como ha visto en la televisión. No espera a que el monstruo se le acerque: aprieta el gatillo de inmediato. No esperaba que disparara de verdad; creía que habría algún tipo de seguro. Pero o bien ya estaba quitado, o no lo hay. Porque el arma dispara.

Un destello cegador ilumina la estancia, y algo golpea sus tímpanos. El retroceso es mucho más violento de lo que imaginaba; los codos se le doblan y casi deja caer la pistola. Pero consigue

aferrarla, parpadea y ve la silueta del monstruo aún de pie. No puede distinguir si gruñe o grita, porque su oído no es más que un zumbido, pero está claro que no está muerto, así que Helena vuelve a disparar, y otra vez, y otra más, apretando los dientes mientras sigue apretando el gatillo.

No cuenta cuántas veces dispara. En un momento, siente algo silbar junto a su mejilla, casi rozándole la oreja. Luego, de pronto, el gatillo se vuelve blando y el arma deja de disparar.

Helena mira al monstruo, horrorizada al ver que aún sigue en pie.

«Oh, no. He fallado todos los disparos…»

Pero entonces la figura se ladea. Agarra la escalera con una mano, como buscando apoyo. Luego las rodillas le ceden, se desploma y cae al suelo.

35

VERONICA

EL MÉDICO LAS CONDUCE a una especie de sala de exploración. Ayuda a Veronica a sentarse en el diván y, distraídamente, le indica a Molly que se siente en la silla junto a la pared. La niña obedece, aún con las gafas de sol puestas.

Luego el médico va hasta un armario y empieza a ponerse unos guantes.

—¿Puede quitarse la chaqueta? —pregunta sin darse la vuelta—. ¿O quiere que la ayude?

En lugar de bajarse la cremallera, Veronica aparta la manta y saca la pistola. La apunta contra el médico, inspirando hondo para calmarse.

—Siento mucho tener que hacerle esto —dice.

Algo en su tono hace que el médico se vuelva. Se queda paralizado. Mira de Veronica al arma y de nuevo a ella. Luego levanta despacio ambas manos, una de ellas aún con el guante puesto.

—No hay necesidad de eso. La atenderé lo mejor que pueda hasta que llegue la—

—No he venido por tratamiento.

El hombre niega con la cabeza y suelta una risita nerviosa.

—Bueno, aquí no tenemos dinero. Es una clínica. Solo—

—Cállese, por favor. Es por ella —Asiente hacia Molly—. Necesito que la cure.

El médico, aún más desconcertado, lanza una mirada breve a la niña.

—¿Qué…? ¿Por qué…?

—Cierre la puerta con llave primero —le ordena Veronica—. Ciérrela. Ahora.

El doctor vacila un instante.

—Por favor, no me ponga a prueba —suspira Veronica—. Estoy agotada, y en las últimas veinticuatro horas he pasado por el infierno. Créame: apretaré el gatillo si tengo que hacerlo.

Se sorprende al descubrir que lo dice en serio.

El hombre también lo percibe, porque traga saliva y va a girar la cerradura.

—Por favor, baje el arma —dice al volverse—. Cooperaré. No hay necesidad de amenazas.

—¿Tiene una mascarilla ahí dentro? —pregunta Veronica, señalando el armario—. ¿Algo para cubrirse la boca?

Frunce el ceño.

—Sí.

—Póngasela, entonces.

—¿Quiere que yo…?

—Sí, usted. Vamos.

El médico obedece y se coloca la mascarilla.

—Y el otro guante —le indica Veronica.

Aún lo tiene en la mano, así que se lo pone.

—Bien —dice Veronica, temblando—. Tengo que contarle algo. Si se asusta e intenta salir… —mueve el arma, insinuando lo que hará —. Estábamos en la Isla de Heir.

Espera a ver si lo entiende. El médico frunce el ceño, sin captar la referencia.

—Ese virus o infección o lo que sea… del que todo el mundo habla… ¿cómo lo llamaban? —hace memoria, buscando las palabras del sanitario.

—¿Nigrumicosis? —pregunta el médico, arrugando la frente.

—¡Eso! Exactamente. Mucha gente en la isla lo contrajo. Y… Molly también.

Ambos miran a la niña, que los observa alternativamente. A Veronica le llama la atención lo incómoda que parece, como una adolescente demasiado crecida en una reunión de padres y profesores después de haberse metido en líos. Las gafas de sol ridículas hacen la escena aún más absurda.

—¿Quiere decirme que…? —El médico traga saliva de nuevo. Da un paso atrás; parece más un reflejo que un intento real de huir.

—Quédese donde está —le advierte Veronica—. Estoy casi segura de que solo se contagia por contacto, así que no se preocupe.

—¿Está completamente segura de que ella lo tiene? —pregunta.

Veronica mira a la niña.

—Quítate las gafas, Molly.

Molly se las quita.

—Madre mía… —murmura el médico. Parece que de verdad quiere salir corriendo, pero se mantiene en el sitio.

—Tómese cinco segundos para asimilarlo —le dice Veronica—. Luego arréglela.

La mirada de él es incrédula.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que haga lo que sea necesario para devolverla a la normalidad.

—¿Está loca? —se burla, señalando a Molly con ambas manos—. ¡Mírela! Está empezando a transformarse. ¡Nadie puede hacer nada por ella!

—No hable así —dice Veronica entre dientes—. No he llegado hasta aquí para que...

—Lo siento, pero es la verdad —la interrumpe el médico—. Por mucho que quiera ayudarla, no hay absolutamente nada que pueda hacer.

—¡Ni siquiera la ha examinado! —grita Veronica—. No ha hecho… no sé, ¡ninguna prueba o lo que sea! ¡Intente algo, por el amor de Dios!

—¿Intente algo? —repite él—. Esto no es cocina. No puedo echar algo en una olla y ver qué pasa.

—Sí puede. O juro por Dios que le vuelo la puta cabeza —Apunta. Tiembla tanto que no está segura de poder darle, incluso a tan poca distancia.

—Escuche, escuche —dice él, levantando las palmas enguantadas —. De acuerdo, mire: puedo darle algo. Puedo darle lo que quiera.

Antibióticos, antifúngicos, lo que quiera. Mire, se lo enseñaré… —Va al armario, abre la puerta y muestra filas de botellas, frascos y paquetes—. Lo tenemos todo aquí. Hasta podríamos someterla a radiación. Pero le digo que nada de eso servirá de nada —Da un paso hacia Veronica, no de forma amenazante, sino para que lo escuche bien—. Esto no es una enfermedad normal. Ni siquiera es de este planeta.

Molly emite un gruñido y se mueve en la silla, como si de pronto se sintiera alterada.

Veronica frunce el ceño.

—¿De qué está hablando?

—Supongo que no se ha enterado —prosigue el médico—. Pero están analizando el ADN de una de las primeras víctimas, y no es de aquí. Esta espora está cambiando a la gente. Está reescribiendo su código genético —Señala a Molly, pero sigue mirando a Veronica—. Siento decírselo tan crudamente, pero su chica… —niega con fuerza —. Ya no es humana.

Al oír esto, Molly salta de la silla con un rugido agudo.

—¡No! —grita Veronica cruzando la sala, pero Molly no la oye.

El médico retrocede y grita tras la mascarilla. Molly se le lanza encima como hizo con el viejo, solo que ahora es visiblemente más grande, y el doctor demuestra conocer alguna técnica de defensa: le agarra los brazos, gira sobre sí mismo y utiliza su propio impulso para estrellarla contra la pared. Molly queda aturdida, pero no inconsciente. Sacude la cabeza y se vuelve hacia él. En ese momento, Veronica ve en ella a Leo, y, de golpe, su mente agotada

comprende que ha cometido un gran error. Que, efectivamente, ya es demasiado tarde. Que nunca debió venir aquí.

—¡Detente, Molly! —grita, sin esperar que la obedezca. Y no lo hace. Molly lanza un gruñido y está a punto de abalanzarse de nuevo cuando el médico da un paso adelante y le clava algo en el cuello.

Veronica chilla al ver el gesto, temiendo encontrar un cuchillo o un bisturí o cualquier otro instrumento mortal saliendo del cuello de Molly. Pero lo que ve es una jeringuilla. Molly la agarra, la arranca, la mira y la tira a un lado. Luego gruñe y se lanza otra vez hacia el médico. Pero él ha corrido al otro extremo de la sala y ha cogido la silla en la que Molly estaba sentada antes. La sostiene como un domador de leones, observándola fijamente.

La niña cruza el suelo, pero de pronto una pierna le falla. Cae de rodillas con un gemido. Respira con fuerza, intenta incorporarse, pero en su lugar se desploma boca abajo. Girando la cabeza de lado, sus ojos vacíos se alzan hacia Veronica, y justo antes de perder el conocimiento, a Veronica le parece ver, por última vez, a la niña que fue.

HELENA

PERMANECE UN LARGO MOMENTO clavada en el sitio, en la oscuridad del sótano. Le duelen las muñecas y los codos por el retroceso. Le retumba la cabeza. Tiene la boca seca.

El monstruo está desplomado en el suelo, apoyado contra el peldaño inferior de la escalera. Increíblemente, aún respira; incluso desde allí, Helena puede ver cómo su caja torácica se expande y contrae.

«Lárgate de aquí.»

La voz de su madre otra vez.

Durante un instante, considera recargar el arma y rematarlo. Pero entonces la criatura empieza a moverse, y Helena sigue el consejo de su difunta madre. Suelta la pistola y, con la poca presencia de ánimo que le queda, se lleva el teléfono mientras regresa hacia la escalera.

Aún no oye bien, pero puede distinguir los sonidos de dolor que emite el monstruo en el suelo. Su respiración es entrecortada, un

silbido áspero, y deja escapar un gemido agudo. De varias heridas brota sangre; una de ellas está en la parte baja del cuello. Tose y escupe una cascada de saliva negra y espumosa.

Si Helena no supiera lo que sabe, pensaría que la criatura está muriendo. Que le quedan segundos de vida.

Pero, mientras la observa, ve cómo una herida en la parte superior del brazo se cierra y desaparece.

«Puede hacer lo mismo que papá. Solo que mucho más rápido.»

Al parecer, el monstruo no se ha percatado de que Helena está justo a su lado. Así que, con sumo cuidado, pasa por encima y apoya un pie en la escalera. No es fácil, porque el cuerpo aún se inclina sobre ella, pero logra subir sin tocarlo. Por un segundo, Helena queda suspendida justo encima de su cabeza. Si levantara la vista, la vería.

Pero el monstruo no levanta la vista. Aún está demasiado herido por los disparos.

Helena sube la escalera tan rápido y silenciosamente como puede. En cada peldaño espera sentir una mano fuerte agarrarle el tobillo, como siempre pasa en las películas de terror. Está casi convencida de que la arrastrarán hacia abajo y la matarán, y que todo terminará ahí.

Pero ninguna mano la agarra.

Mientras se incorpora por la abertura, que ahora está llena de bordes desgarrados, oye al monstruo emitir un chillido. Al ponerse de pie, no puede evitar mirar hacia abajo. Lo que ve hace que se le erice todo el vello de los brazos.

El monstruo la mira desde abajo. Solo le queda un ojo; el otro es un agujero negro. La bala parece haber rozado el borde de la cuenca, atravesando el globo ocular y destrozando la sien. Aun así, la criatura conserva la consciencia, porque, al verla asomada, su boca se contrae en un gruñido lleno de odio y se aferra a la escalera, empezando a trepar.

Helena debería huir, pero en cambio da un paso hacia un lado, hacia la lavadora, y antes de saber lo que va a hacer, agarra la maceta de barro que hizo para el cumpleaños de su madre hace años, y que su padre sigue usando para guardar las pastillas de jabón. Se vuelve, levantando la maceta por encima de la cabeza justo cuando el monstruo alcanza la parte superior de la escalera. Lanza el tiesto con todas sus fuerzas, golpeándole de lleno en la coronilla. Estalla en pedazos y lanza pastillas de jabón por todas partes. El monstruo emite un gruñido, pero, para sorpresa de Helena, logra seguir aferrado a la escalera.

Ella le da una patada en la barbilla, arrancándole un rugido de furia, y cuando está a punto de golpearlo otra vez, la criatura alarga un brazo para atraparla por la pierna. Helena se aparta y corre hacia la puerta. No le quedan opciones. Solo puede lanzarse hacia el camión y esperar escapar. Es un mal plan, pero es el único que tiene.

Al cerrar de golpe la puerta principal tras de sí, oye cómo se abre de nuevo antes incluso de llegar al camión. No mira atrás; simplemente se lanza al asiento del conductor. Pisa el embrague, coge la llave, la gira, y el motor arranca con una tos. Al mirar por el parabrisas, ve al monstruo acercándose al vehículo. No camina bien;

va encorvado, sujetándose un costado, como si aún estuviera herido. Y, por un instante fugaz, Helena cree que eso significa que lo logrará.

Entonces busca la palanca para poner la marcha atrás, pero su mano no encuentra nada. Mira hacia abajo, confusa, y ve que la palanca está completamente doblada hacia un lado. En un destello, recuerda cómo el monstruo había revuelto violentamente en el interior del camión.

«Oh, no… la rompió.»

Aun así, agarra la palanca e intenta forzarla hacia atrás, pero la caja de cambios solo emite un sonido horrible, un crujido metálico.

—¡No! ¡No!

Alarga la mano hacia la puerta, queriendo cerrarla, antes de recordar que el monstruo la arrancó y la lanzó lejos, pero entonces…

De repente, la criatura ha desaparecido.

Helena mira hacia donde la vio hace solo unos segundos. No hay nada. Gira la cabeza en todas direcciones, observando alrededor del camión al ralentí. No ve a la criatura por ninguna parte.

Conteniendo la respiración, espera a que aparezca de golpe y ataque el vehículo.

Pero no lo hace.

Durante varios segundos, no ocurre nada.

«¿Qué demonios? ¿Dónde se ha metido?»

VERONICA

—¿QUÉ… QUÉ LE DISTE?

El médico vuelve a dejar la silla con lentitud, sin apartar la vista de Molly —Algo que la mantendrá dormida un rato —dice—. Tenemos que largarnos de aquí. Antes de que cojamos el...

—No me voy a ningún sitio —le corta Veronica.

Él mira la pierna.

—La herida está claramente infectada. Necesita tratamiento ahora mismo.

—Ya puede irse —murmura ella, mirando a Molly—. Gracias por su ayuda.

Él duda.

—Venga conmigo, por favor —dice, casi con amabilidad ahora—. Déjeme atenderla. Está séptica, pero no veo señales de la espora en usted. Puede que no sea demasiado tarde para salvarle la vida.

—Créame —responde ella con voz fría—, es demasiado tarde. Vaya, por favor.

Él le echa una última mirada, como sopesando si seguir insistiendo. Luego se limita a girarse, abre la puerta y sale. Veronica se incorpora con una mueca, cojea hasta la puerta y la vuelve a cerrar con llave.

Mira a Molly. Respira a pequeños jadeos. Parece que está dormida.

Una luz roja parpadea junto a la ventana. El cristal no deja ver el exterior por motivos de privacidad, pero no hay duda: acaba de ver una luz policial.

«No importa si me detienen. En unas horas estaré muerta de todos modos.»

«Pero la niña….», no quiere que Molly acabe en manos de las autoridades. Dios sabe qué harán con ella.

Un fuerte golpe en la puerta hace que Veronica se sobresalte.

—¿Hola? —vocifera una voz masculina y áspera desde fuera—. ¿Nos oye ahí dentro?

De pronto, Veronica no está segura de qué hacer. Ya se había resignado a apretar el gatillo y acabar con el sufrimiento de Molly. Pero ahora… ahora quizá haya otra salida.

Se acerca a la ventana y la abre. Asomándose, ve el aparcamiento. Hay dos coches de policía aparcados junto a la entrada y una ambulancia, las luces aún encendidas, aunque los tres vehículos parecen estar vacíos. Más cerca de la ventana está el SUV.

Vuelve a escucharse un golpe en la puerta.

—¡Ábranos la puerta o vamos a tener que derribarla! —oye decir.

Veronica toma una decisión.

HELENA

HELENA SABE QUE EL peligro no ha terminado. Sabe que es un truco. Pero lo que no entiende es: ¿cuál es el sentido? ¿Por qué el monstruo intentaría de pronto usar una estratagema cuando estaba a segundos de atraparla?

Estirando el cuello, inspecciona el suelo alrededor del camión. No ve nada. ¿Podría haberse metido debajo del vehículo? Por delgado que sea, Helena duda que el esquelético cuerpo del monstruo cupiera bajo el chasis.

Y otra vez… ¿por qué iba a molestarse en esconderse?

Mira más allá, hacia la oscuridad. Recorre el césped, la entrada, el prado que conduce al bosque. Ninguna señal del monstruo.

Una frágil esperanza le permite al corazón aflojarse un poco.

«¿Se fue… de verdad… se fue?»

Está segura que no decidiría de pronto que no valía la pena perseguirla. A no ser que algo lo ahuyentara. O quizá… percibió otra cosa. ¿Algo más apetecible?

A Helena no le gusta nada la situación. Vuelve a intentar meter la marcha, pero no funciona. En cambio, saca el móvil y llama a su padre.

Justo cuando se pone el teléfono en la oreja, ve un movimiento en el retrovisor lateral. Una gran figura aparece mientras gira en la entrada: una silueta que conoce bien, pese a las recientes alteraciones. A su lado hay otra figura, con cuatro patas, igualmente familiar.

—¡Papá! —Helena jadea, cortando la llamada—. ¡Papá! Dios mío…

Intenta abrir la puerta, pero recuerda que está cerrada. Tira de la palanca, pero no sube con facilidad: también ha recibido un golpe mientras el monstruo hurgaba en el coche. O quizá simplemente no se ha usado en mucho tiempo.

—¡Papá! —grita Helena, golpeando la ventanilla cuando él se acerca por detrás del coche—. ¡Papá, estoy aquí!

Se detiene junto a la puerta del conductor y se asoma para mirarla.

—Hola, cielo. ¿Pasa algo?

—¡Sí! —grita ella, a punto de romper a llorar—. No puedo… no puedo abrir esto…

—No, es un poco caprichoso —dice papá—. Hay que darle un meneo. No, no así. De lado a lado.

Helena apenas logra concentrarse en lo que dice. Quiere salir, contárselo todo, advertirle de que quizá corren peligro. Buddy se desliza alrededor del camión, olfateando con ansiedad, lloriqueando. Si el perro la huele y quiere saludarla, o si percibe al monstruo y está inquieto, Helena no lo sabe.

—¡Papá! —dice, rindiéndose con la cerradura—. ¡Papá, tienes que escucharme…!

—No es tan difícil —responde su padre, señalando la cerradura—. Muévela un poco y luego...

—¡No, papá! —casi grita—. ¡Escucha! Había un alienígena. Me atacó…

Los ojos de su padre se abren.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—¡Hace un momento!

—Joder —resopla, mirándola de arriba abajo—. ¿Estás bien?

Instintivamente agarra la puerta, aunque sabe que está cerrada, y le da un tirón que hace oscilar el camión.

—¡Maldita sea!

—Estoy bien, no estoy herida —le dice Helena—. Pero puede que todavía—

—Espera, cariño —Da un trote alrededor del coche. Durante un instante tapa los faros con su cuerpo, que apuntan hacia la cabaña. Cuando la puerta principal aún abierta aparece un instante después, el alienígena está allí, mirándolos.

—¡Papá! ¡Paaapá! —Helena grita. Tira de la puerta sin resultado y señala la cabaña, gritando para advertirle.

Abre la puerta del pasajero y se asoma al interior.

—¿Qué pasa? —exige, mirando dentro del coche como si esperara ver algo peligroso—. ¿Qué ocurre, cari—

—¡Está justo ahí, papá! —Helena chilla señalando hacia la cabaña —. ¡Viene! ¡Cuidado!

Su padre retrae el torso y gira hacia la cabaña. Helena mira también. Ahora la puerta delantera está vacía. El monstruo no se ve por ninguna parte.

—¿Seguro que viste algo? —pregunta su padre, volviendo a mirarla.

—¡Sí! ¡Estaba justo ahí!

Como confirmación, Buddy empieza a ladrar estridentemente. Helena no ve al perro, pero suena como si estuviera detrás del camión. Su padre se gira a toda prisa.

—¿Buddy? ¿Qué pasa?

El monstruo reaparece de repente. Surge por detrás y atrapa a su padre antes de que Helena pueda avisarle. Le envuelve el pecho con ambos brazos, hunde los dientes en su cuello y lo derriba. Helena oye a su padre gemir de dolor hasta que el sonido queda ahogado por el ladrido desesperado de Buddy al abalanzarse contra la espalda de la criatura.

Helena no distingue bien lo que ocurre, pero oye al monstruo chillar, oye a Buddy ladrar, oye a su padre emitir un sonido gutural. Después hay un golpe sordo y Buddy sale disparado por los aires, cayendo al suelo con un quejido. Intenta levantarse, pero no puede.

Helena se encuentra trepando por la palanca de cambios rota y está a punto de salir por la puerta del acompañante cuando su padre, todavía con el monstruo pegado a la espalda como un caparazón viviente, irrumpe en el habitáculo del camión con tal fuerza que una de las bisagras se rompe. Helena grita y se repliega dentro del coche.

Su padre intenta quitarse el alienígena de encima: intenta lanzarlo por encima del hombro, busca su cabeza, lo embiste contra un lateral del camión, levantando dos ruedas unos centímetros y rompiendo la ventanilla. Pero la criatura se aferra como un león a la gacela. Al girarse, Helena ve con horror una fuente de sangre brotando del cuello de su padre donde el alienígena sigue mordiendo con fuerza. La cara de él se va tornando azul; comprende que lo está asfixiando.

Helena sale despedida del coche y empieza a dar patadas en la espalda del monstruo. Él no parece notarlo. Agarra un brazo y trata de despegarlo. No sirve de nada. Su padre hace un último movimiento, rueda y casi tira a Helena al suelo. El alienígena sigue agarrado, y aunque queda abajo, su padre no consigue soltarse. Ahora yace boca arriba y parece incapaz de resistir. Sus ojos se abultan en las órbitas, fijos en el cielo oscuro.

—¡Paaaaapá! —grita Helena.

No sabe qué hacer. No hay nada que pueda hacer. La criatura es demasiado fuerte. Si al menos tuviera el arma, pero no solo sigue en el sótano, sino que además se ha quedado sin balas, y encontrarla y cargarla le llevaría varios minutos. Para entonces, su padre estará muerto.

Solo puede quedarse allí, observando impotente cómo la criatura mata a su padre.

VERONICA

SIGUE MIRANDO POR EL retrovisor hasta que sale del pueblo.

No hay coches de policía siguiéndola.

No está segura de cómo ha conseguido escapar limpia. Y cómo logró sacar a Molly por la ventana es un misterio aún mayor.

Todo lo que Veronica sabe es que le costó muchísima energía, energía de la que ya no dispone. Curiosamente, la herida ya no duele tanto. En su lugar, toda la pierna se le ha quedado casi entumecida.

Se concentra en la carretera, forzándose a mantenerse despierta. Afuera está completamente oscuro, y conduce demasiado rápido por el paisaje abierto. Pero al menos no hay otros coches, así que solo corre el riesgo de atropellar a un ciervo o de salirse de la carretera helada.

Está a unos diez minutos de Hornstedt cuando, de repente, se oye un gruñido en el asiento trasero.

Veronica mira al espejo.

—¿Estás despierta?

Molly aparece en su campo de visión al incorporarse. Sus ojos nadan confusos, pero enseguida encuentran los de Veronica en el espejo, y su expresión se vuelve llena de odio.

—Lo siento —le dice Veronica—. Sé que no es agradable, pero… tenía que hacerlo.

Molly dice algo, pero las palabras quedan ahogadas por la cinta adhesiva que le cubre la parte inferior de la cara. También tiene los antebrazos atados detrás de la espalda, igual que las piernas. Si Veronica no se hubiera tomado el tiempo de envolverla con toda la cinta americana del bolso del viejo, Molly probablemente ya le habría arrancado un pedazo de cuello.

La chica empieza a gemir mientras lucha contra la cinta.

—No creo que se suelte —le advierte Veronica—. Usé todo el rollo.

Molly deja de forcejear y, en cambio, la fulmina con la mirada.

—¿Estás bien? —pregunta Veronica—. ¿Cómo te sientes?

Espera una reacción.

La chica solo niega con la cabeza. Al hacerlo, un mechón de su bonito cabello negro se desprende. Molly ni siquiera parece notarlo. A juzgar por su aspecto, Veronica puede ver que ha seguido transformándose mientras estaba inconsciente. La forma del cráneo ya no es normal. Cuesta distinguirlo por la cinta, pero su mandíbula parece mucho más ancha y alargada. Los hombros, más amplios y elevados. Y ahora es unos centímetros más alta que Veronica.

—Mira —continúa Veronica—. Ya no sé qué hacer… —Niega y suspira—. Debería haberme quedado en casa. O mejor aún, haberme entregado. Nada de esto habría pasado…

Empieza a llorar, tanto por el agotamiento como por el arrepentimiento. Se limpia las lágrimas y vuelve a mirar a Molly. La chica está completamente inmóvil, observándola.

—No quería dejarte en el hospital. No creo que te hubieran tratado bien. Y no tienen una cura —Se encoge de hombros.

Molly niega lentamente y dice algo.

—No te entiendo.

Molly gira el cuello, mueve la cabeza… y, para sorpresa de Veronica, empieza a roer la cinta desde dentro. Al principio parece un intento inútil, pero luego se oyen los sonidos de desgarro, y Veronica suelta una maldición y se aparta hacia un lado. Agarra el arma del asiento del copiloto, se vuelve todo lo que puede y apunta al pecho de Molly.

—Por favor, para, Molly.

Pero ya es tarde; la mayor parte de la cinta está rota. A través del hueco irregular, Veronica ve unos dientes largos y afilados que no se parecen en nada a los de Molly. Una lengua fina y rosada sale y lame alrededor del borde de la cinta, como una serpiente explorando su entorno.

—¿Vas… vas a intentar hacerme daño? —pregunta Veronica, con la pistola temblando en sus manos. Por la posición incómoda, no puede sostenerla bien, y seguramente la soltará si aprieta el gatillo, así que solo tendrá una oportunidad. Pero, a esa distancia, debería bastar… si no falla.

La lengua de Molly se retrae y ella chasquea los labios tras la cinta. Luego dice, con una voz apenas humana ya:

—Suéltame. Te perdonaré.

Veronica respira por la nariz.

—Quiero ayudarte, Molly. Quiero encontrar una manera de...

—No hay ayuda —dice Molly, negando con la cabeza.

—¿Por qué no? —pregunta Veronica, conteniendo las lágrimas. Teme la respuesta, pero aun así formula la pregunta—. ¿Es… es demasiado tarde?

Molly inclina la cabeza y responde con un tono casi condescendiente:

—Veronica. Demasiado tarde hace diez horas.

Veronica aprieta los labios con fuerza mientras las lágrimas vuelven a llenarle los ojos.

—Joder —murmura—. Joder, joder, joder.

Y por fin deja que la terrible verdad entre en su mente. Siempre ha estado ahí, desde que vio por primera vez aquella sustancia negra crecer en Molly. Una parte de ella ya sabía entonces que no habría un final feliz. Que acabaría así, hiciera lo que hiciera o por mucho que lo negara.

Y ahora ha llegado ese momento. Ya no puede fingir que hay esperanza.

Mientras solloza, los ojos de Molly están fijos en ella. Cualquiera que fuese el sedante, ya ha desaparecido por completo. La chica —que ya no es una chica, del mismo modo que Veronica no es una sirena— la observa con fijeza, esperando su decisión. Hay algo depredador en su rostro. Es como ser observada por un tigre hambriento. Veronica siente náuseas.

—Todo esto es culpa mía —llora—. Lo arruiné. Y ahora todos están muertos.

La boca de Molly se abre y se cierra, como si pusiera a prueba los músculos de la mandíbula.

—Está bien —dice con su nueva voz. Trata de sonar como su antiguo yo, con tono suave, pero Veronica nota que es una empatía fingida. No queda ni rastro de la dulce muchacha, solo una impostora—. Suéltame, Veronica.

Veronica sorbe por la nariz.

—Si te suelto… ¿qué harás?

—Irme —responde Molly enseguida. Mira de reojo hacia la oscuridad, como si de verdad anhelara echar a correr y desaparecer.

—Pero… ¿matarás a alguien?

La chica vuelve a abrir y cerrar la boca.

—Nooo —dice, alargando la palabra, dándole un tono de promesa.

Veronica parpadea, apartando las lágrimas, y asiente.

—Vale. —Traga saliva—. Voy a soltarte, Molly. Solo… dame un segundo, ¿sí?

Las aletas de la nariz de Molly se abren. Parece que se contiene para no lanzarse encima.

Veronica niega con la cabeza.

—Antes de soltarte, hay algo que quiero decir. Necesito que sepas cuánto lo siento. Nunca quise que nada de esto pasara. Sé que no puedes perdonarme, pero…

—Perdonarte —dice Molly al instante. Y levanta las comisuras de los labios tanto como puede, ofreciéndole a Veronica lo que sin duda pretende ser una sonrisa cálida. Pero parece la mueca de un cocodrilo.

De repente, a Veronica ya no le apetece llorar.

—No, quiero decir… no puedes perdonarme, porque ya no eres ella.

La horrible sonrisa se tensa, alerta.

—Adiós, Molly —dice Veronica, cerrando un ojo.

Molly salta del asiento con una fuerza explosiva. No intenta esquivar el disparo, si simplemente se hubiera apartado, Veronica probablemente habría fallado. En cambio, se lanza hacia adelante, abriendo la boca con tal potencia que la cinta restante se desgarra, y lo último que Veronica ve es una abertura demasiado grande llena de dientes que se le viene encima.

Entonces aprieta el gatillo y vuela la cabeza de Molly.

Veronica deja caer el arma y se desploma en el asiento.

No llora —ya no queda nada por lo que llorar—. No siente nada.

Solo se queda allí, en la oscuridad del coche. Siente el rugido del motor, huele la sangre y la materia cerebral. Espera que la muerte llegue. Cierra los ojos, con la esperanza de facilitarle el camino.

Pero no muere. Sus pulmones siguen respirando, su corazón sigue latiendo.

—¿Por qué? —pregunta, abriendo los ojos de nuevo—. ¿Cuál es el sentido de todo esto?

Ya estaba muerta antes de que el pájaro siquiera la golpeara. Iba a morir de todas formas, con un final bueno o malo. Creyó que su propósito era salvar a la chica, se aferró a esa idea hasta el último instante.

Pero ahora, Molly está muerta.

—Entonces, ¿cuál es el sentido, maldita sea? —exige Veronica, alzando la voz, mirando la noche—. Dímelo. ¿Se supone que tengo

que volarme la cabeza también?

No parece la respuesta correcta, pero no se le ocurre otra. La noche está quieta, no le ofrece nada.

—Vale —dice Veronica, tomando de nuevo el arma—. Vale, lo haré. Al menos, por fin podré…

Al girar el arma, la culata golpea el salpicadero, y una pantalla se enciende. Aparece el canal nacional de noticias. En una esquina se muestra la foto de un hombre, parece una ficha policial, y Veronica lo reconoce. Es el tipo del bosque. Aquel con el que casi chocó. El titular dice: «¿Monstruo o Mesías?»

Un reportero habla a la cámara con gesto muy serio:

—…el vídeo viral ha sido confirmado por varios testigos que aseguran que Iversen fue capaz de curar la herida de su hija solo con tocarla. El incidente ocurrió justo después de una pelea con una mujer infectada. Fuentes de la policía informan de que Iversen estaba ayudando a localizar a los infectados, aunque la declaración oficial asegura que es un fugitivo y no debe ser abordado si se le encuentra, ya que él mismo porta la enfermedad y parece estar mutando…

La imagen cambia a una cámara portátil en lo que parece una cantina. Hay varios agentes presentes y evidentes signos de lucha.

—Después del incidente —prosigue el reportero—, Iversen huyó con su hija y no ha vuelto a ser visto. Las opiniones se dividen acerca de su papel en todo esto. ¿Es un justiciero con poderes casi divinos que intenta detener el desastre, o simplemente otro monstruo infectado? Tras su desaparición, algunos temen que esté muerto, y con él, la última esperanza de la humanidad. Otros creen

que se exagera su papel en esta catástrofe creciente. En cualquier caso, la situación se agrava rápidamente: las cifras más recientes indican más de cuatrocientos casos confirmados de infección. Las autoridades han decretado un toque de queda nacional, y...

Veronica apaga la televisión.

Deja el arma sobre el asiento del copiloto.

Imágenes en su memoria. El bosque. El hombre corpulento. Está a menos de cinco kilómetros.

—Gracias —dice a la oscuridad—. Entendido.

Pone el coche en marcha.

HELENA

ESTÁ A PUNTO DE lanzarse de nuevo contra la criatura, dispuesta a arañarla con las uñas, incluso a morderla con los dientes si hace falta, cuando un segundo coche dobla repentinamente hacia la entrada. Lleva las luces apagadas, así que Helena no lo había visto venir por la carretera.

Se detiene de golpe, y antes incluso de que termine de rodar, la puerta se abre y una mujer cae fuera tambaleándose. Lleva un arma, cojea con dificultad y, incluso con la luz tenue, Helena puede notar que está realmente enferma.

Pero eso no la detiene. Se acerca directamente a la pelea, apunta el arma a la cabeza del monstruo y aprieta el gatillo.

La mayor parte del cráneo del alienígena desaparece. No vio venir a la mujer. Soltando el agarre sobre su padre, se desploma en el suelo.

Su padre cae de rodillas y manos, tosiendo y escupiendo. Le gotea sangre del cuello, pero no parece tan grave como Helena pensó al

principio. Tal vez el monstruo no intentó arrancarle la yugular, sino simplemente asfixiarlo. O quizá su padre está curándose más rápido esta vez.

Sea como sea, pronto consigue mirar a su alrededor. Al ver a Helena, extiende una mano manchada de sangre. Ella corre hacia él y la toma.

—Oh, papá… lo siento… no pude… lo intenté…

—Estoy bien —la tranquiliza con voz ronca—. ¿Buddy?

Solo entonces Helena recuerda al perro.

—Voy a comprobarlo.

Corre hacia el lugar donde Buddy cayó. Sigue allí, moviendo la cola con entusiasmo al verla acercarse. No se levanta y Helena entiende enseguida por qué: tres largos arañazos cruzan la parte superior de su anca. El pelaje está pegajoso por la sangre. No es tan grave como para desangrarse, pero está claro que no puede ponerse en pie.

—Oh, Buddy… —solloza, agachándose para dejar que él le lama las lágrimas con su lengua cálida y húmeda—. Me alegra que tú también estés bien.

Regresa junto a su padre. Él está sentado ahora, tocándose con cuidado el costado del cuello.

—Maldita sea… me dio bien…

—Estás sangrando —observa Helena.

—Sí, pero no pasa nada. Ya está cerrándose.

Puede ver que tiene razón: las pequeñas perforaciones desaparecen una tras otra, y la sangre casi ha dejado de fluir.

—¿Y qué hay de…? —dice él, girando la cabeza hacia la mujer.

Helena casi se había olvidado de ella también.

Ya no está de pie. Incapaz de mantenerse erguida, se ha tumbado de lado, aún sosteniendo el arma. Helena se acerca con la intención de darle las gracias por haber salvado a su padre. Pero al ver el rostro de la mujer, se da cuenta de que ya no está consciente.

—Se ha desmayado —le dice a su padre—. Creo que está muy enferma. Tienes que ayudarla, papá. Tienes que curarla como hiciste conmigo.

Su padre gruñe mientras se incorpora. Se tambalea un segundo, luego recupera el equilibrio.

—Vamos dentro. Hace un frío que pela.

TIM

LA CABAÑA ESTÁ CASI tan fría como el exterior.

Helena enciende el fuego enseguida, y Tim carga primero con Buddy, luego con la mujer hacia dentro.

Tim está exhausto y muerto de hambre. Siente que apenas puede mantener los ojos abiertos. Pelear con el alienígena y luego curar sus propias heridas le ha dejado sin fuerzas. El cuello aún le palpita con dolor cada vez que gira la cabeza.

Si quiere ayudar a Buddy y a la mujer, necesita comer.

—Cariño —murmura, dejándose caer en el sofá junto a la mujer—. Tráeme algo de la nevera, ¿quieres? Cualquier cosa que se pueda comer.

Helena asiente y va a la cocina. Vuelve al momento con los brazos llenos.

—No he encontrado nada más que esto…

—Está bien —dice Tim, haciéndole un gesto para que se acerque, con la boca hecha agua al ver la comida.

—Pero, papá, es…

—No me importa. Dámelo.

Ella deja todo sobre la mesa frente a él, y Tim se pone manos a la obra. Sorbe la mayonesa directamente del bote de plástico, tragándosela. Luego desenvuelve el queso y se come la mitad de un bocado.

—Hay un tarro de miel en la despensa —dice entre bocados—. Y una bolsa de azúcar. Ah, y creo que queda media botella de Jack.

Helena duda solo un instante, pero luego se lo trae. Tim engulle la miel y lame el interior del tarro. Después se echa el azúcar directamente a la boca, tragándola con tragos de whisky hasta dejar vacía tanto la bolsa como la botella. Se da un golpe en el pecho y suelta un largo eructo.

—Así está mejor —murmura, limpiándose la boca con el dorso de la mano—. Me siento reenergizado.

—Eso espero —comenta Helena, mirando el desastre sobre la mesa—. Te acabas de meter una semana de calorías de golpe.

Tim se vuelve hacia la mujer. Tiene la cara pálida, la frente perlada de sudor y tiembla. Tim ya sabía que estaba infectada por algo; notó un olor pútrido cuando la llevó dentro. Con cuidado, le sube el pantalón hasta la pantorrilla y descubre un vendaje húmedo.

—Está séptica. No sé si podré ayudarla.

—Tienes que intentarlo, papá.

—Lo haré —Se levanta y va hacia el perro—. Empezaré con Buddy. Será mucho más fácil.

Buddy se mueve un poco mientras Tim se arrodilla y apoya suavemente la palma sobre su pierna.

—Tranquilo, Buddy. Despacio ahora.

El perro le lame la mano y luego simplemente lo observa.

Tim cierra los ojos y se concentra. No tiene idea real de cómo se hace. Aún no sabe cómo lo logró con Helena. Solo sabe que estaba desesperado. El proceso en sí no fue algo que él hiciera… fue más bien algo que ocurrió a través de él.

Durante unos segundos no pasa nada. Buddy gime un poco, como si no entendiera qué sucede. Tim aprieta los dientes y se concentra con más fuerza. Piensa en Buddy. Lo recuerda de cachorro. Oye sus primeros ladridos, huele su pelaje, siente sus pequeños dientes clavándose en su brazo cuando jugaban a pelear. Tim no sabe por qué surgen esos recuerdos tan tiernos, pero su palma empieza a sentirse cálida y hormigueante.

«Está ocurriendo. Está funcionando.»

Buddy vuelve a gemir, pero esta vez suena diferente. Como si estuviera emocionado.

Entonces termina. Tim abre los ojos y levanta la mano. Buddy olfatea de inmediato las heridas… que ya no son heridas, sino cicatrices, cerradas y aún hinchadas por el proceso de curación.

Tim se frota la palma, sintiendo cómo desaparece el cosquilleo.

—Lo hiciste —susurra Helena sobre su hombro. Se agacha para abrazar a Buddy. El perro le lame la oreja y, poniéndose en pie, da vueltas a su alrededor como probando la pata.

—Buen chico —le dice Tim, recibiendo una lluvia de lametones bajo la barbilla. Luego se levanta y se vuelve hacia el sofá.

—Vamos, papá —le anima Helena al verlo quedarse mirando a la mujer—. Ahora ella.

—Sí —responde él, con un tono incierto—. Lo intentaré.

Se arrodilla junto a las caderas de la mujer. No está seguro de si debe quitarle el vendaje, pero decide que no, así que deja la venda en su sitio y apoya la mano encima. Al tocarla, la mujer se sobresalta, pero no despierta.

—Está sufriendo mucho —murmura, más para sí mismo que para nadie—. Está más muerta que viva.

—Quizá no sea demasiado tarde —dice Helena detrás de él.

—Quizá no —responde Tim, añadiendo en silencio: «Pero creo que sí.»

No es solo el estado de la mujer lo que le hace dudar de sus posibilidades de curarla; también es que ahora entiende un poco más cómo lo hace. Con Helena y con Buddy se apoyó en su amor por ellos. Sintió una conexión profunda.

Esta mujer, en cambio, es una desconocida.

Aunque… eso no es del todo cierto.

Al mirarle el rostro, Tim se da cuenta de que la ha visto antes. Fue un encuentro breve, pero siempre ha tenido buena memoria para las caras.

«La vi en el bosque», piensa. «Justo antes de encontrar la roca.»

No tiene idea de por qué ha venido a la cabaña, pero comprende cómo los encontró: al haberlo visto caminar por el bosque aún con el pantalón del pijama, debió de saber que Tim vivía por aquí.

¿Vino para ayudarlo? ¿Para protegerlo? Claramente, ha pasado por mucho para llegar. Debería haber ido al hospital hace tiempo, pero, evidentemente, era más importante para ella alcanzarlo.

Tim inspira hondo.

—Creo que estoy listo —se dice a sí mismo—. ¿Podrías bajar la música, cariño?

—¿Qué música? —responde Helena desde lejos.

—Esa canción —murmura Tim, cerrando los ojos—. Odio a Clapton.

—Papá, ¿de qué hablas? —La voz de su hija se va apagando—. No hay música puesta. Creo que tú…

Y entonces, Tim está en otro lugar.

1. **VERONICA**

Tararea una melodía mientras se ata las zapatillas de correr.

Veronica no se ha sentido tan bien en mucho tiempo. Sus piernas están listas, sus músculos llenos de energía, su mente expectante por lo que está por venir. Afuera brilla el sol. Promete ser un día perfecto, cálido y primaveral. No tiene ninguna preocupación en el mundo, y está a punto de entregarse a su actividad favorita.

Hay algo más que la hace feliz esta mañana.

Lo consiguió.

Salvó a alguien.

Y no a cualquiera. Lo salvó a él.

No está segura de quién es, pero sabe que es importante, y eso le basta.

Veronica no puede evitar sonreír mientras se coloca los AirPods. Antes de poner la música, asoma la cabeza por la puerta del dormitorio. Las cortinas están echadas; Leo sigue acurrucado bajo las sábanas.

—Hasta luego, cariño —le dice.

Él no responde. Probablemente esté dormido. Así que se acerca a la cama para darle un beso de despedida… pero, al apartar la manta, se encuentra la cama vacía.

Su sonrisa vacila por un momento.

—Oh —murmura—. Es verdad. Leo ya no está aquí.

¿Rompieron?

Veronica no está segura. Ver el lado vacío de la cama de Leo la entristece un poco. Pero no quiere sentirse triste. No hoy. Es un sentimiento demasiado familiar. Uno que ha llevado consigo como un compañero constante últimamente. Pero ahora, al fin, tiene la opción de dejarlo a un lado.

De vuelta a la puerta de entrada, toma el teléfono de la cómoda para encender la música. Ve un mensaje. Es de Molly.

La sonrisa de Veronica vuelve al leerlo:

«Hey, Nica. Solo quería decir que me alegró verte una última vez en la cabaña :) Y por favor no te sientas culpable. Hiciste todo lo que pudiste <3 M. »

Leer el mensaje de Molly hace que Veronica se sienta triste otra vez. Aún más que antes. No sabe muy bien por qué, pero de repente tiene la sensación de que algo malo ha pasado. Es casi como si Molly se estuviera despidiendo.

Decide responderle, así que escribe: «¿Está todo bien, cariño?»

Al enviarlo, aparece de inmediato un aviso: «El contacto ya no existe.»

Veronica frunce el ceño. Siente un peso posarse sobre su pecho. ¿Qué ha pasado con Molly? ¿Y con Leo?

¿Por qué se siente deprimida al pensar en ellos? Es un día precioso y no debería tener de qué preocuparse.

Decide no indagar más. Sea lo que sea, probablemente ya no pueda hacer nada al respecto.

Irá a correr. Eso casi la hace sentir mejor. Luego, cuando vuelva, podrá enfrentarse a lo que venga.

Enciende la música. La primera canción es Wonderful Tonight.

Veronica se detiene. Nunca había puesto esa canción en su lista. No le van las baladas; le resultan demasiado nostálgicas, sobre todo cuando corre. Pero decide dejarla sonar.

Abre la puerta y da un respingo al ver a un hombre en el rellano.

—¡Joder! —exclama, quitándose uno de los auriculares—. ¿Quién eres?

Sabe quién es, por supuesto. Es el hombre del bosque. Un poco mayor que ella y mucho más ajado. Pero sus ojos conservan una fuerza viva. Fiera, incluso. Y al mismo tiempo, amable. Preocupada.

—No deberías irte —le dice él.

—¿Por qué no? Me encanta correr.

Él niega despacio con la cabeza.

—Si te vas ahora, no volverás.

Veronica frunce el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Clapton canta que su chica está maravillosa esta noche.

El hombre extiende la mano.

—Ven conmigo. Me salvaste la vida. Déjame salvar la tuya.

—¿Salvar mi vida? —Veronica suelta una risa incrédula—. ¿De qué hablas? No estoy en peligro…

Él la observa con intensidad.

—Mira, es decisión tuya. Pero de verdad creo que deberías quedarte.

—¿Por qué? —pregunta Veronica otra vez. Por alguna razón, la voz se le quiebra—. No me queda nada. Todos se han ido. Y es culpa mía. Además… —esboza una sonrisa amarga—. Ya estoy muerta.

¿Ves? —Sin pensarlo, se levanta la camiseta y le muestra las pequeñas cicatrices—. Seis meses, como mucho.

Los ojos de él bajan a las cicatrices y luego vuelven a su rostro.

—Pueden pasar muchas cosas en seis meses. Podrías hacer mucho bien, ¿sabes? Al mundo.

Veronica sonríe, y mientras lo hace, una lágrima cálida le resbala por la mejilla.

—Creo que ya salvé al mundo. O al menos le di una oportunidad de luchar.

Él asiente lentamente.

—Lo hiciste.

Veronica traga saliva, forzando a su sonrisa a mantenerse.

—Tienes una hija, ¿verdad?

—Sí.

—Abrázala de mi parte.

—Si vienes conmigo, puedes abrazarla tú misma.

—No —dice Veronica, aún sonriendo. Cierra los ojos un instante y respira hondo—. No, ya he terminado.

Cuando los abre de nuevo, él sigue mirándola.

—¿Estás segura?

—Completamente. Voy a salir a correr ahora.

No se mueve; espera a que él se aparte. Y lo hace. Da un paso al costado, sin apartar la mirada de ella.

—De acuerdo, entonces.

—De acuerdo —repite Veronica.

Medio espera que él la detenga. Y sí, extiende otra vez la mano, pero como una invitación. Ella la toma y la aprieta brevemente.

—Gracias —dice él.

—De nada —responde ella.

Luego se coloca el auricular y baja las escaleras. La canción sigue sonando, más alta en sus oídos, diciéndole que es hora de volver a casa.

Y la sonrisa de Veronica regresa mientras acelera el paso. No puede esperar para salir ahí fuera. Para hacer lo que ama.

Mientras baja las escaleras de dos en dos, vuelve a pensar en Leo y en Molly, y también en Alice, en Flemming y en Sylvia. Y esta vez, la tristeza de su corazón se transforma en otra cosa, algo mucho más ligero.

Y de pronto comprende que todos la están esperando allá afuera.

Y Veronica siente que el corazón le va a estallar de alegría mientras corre cada vez más rápido escaleras abajo.

42

HELENA

ESTÁ DESPLOMADA EN EL sillón, envuelta en una manta, mientras el calor de la chimenea va templando poco a poco la habitación. Su brazo derecho cuelga por el lateral, y su mano acaricia la cabeza de Buddy. El perro yace en el suelo, respirando profundamente.

Helena lucha por mantenerse despierta. Ha sido un día increíblemente largo, y está agotada más allá de lo imaginable. Aun así, quiere permanecer alerta por si su padre la necesita.

Él lleva veinte minutos en la misma posición. Los ojos cerrados, la frente ligeramente fruncida, la mano apoyada sobre el muslo de la mujer. No se ha movido, no ha emitido ni un sonido.

La mujer, en cambio, se revuelve de vez en cuando, gime o murmura en sueños. No despierta, y su respiración se vuelve cada vez más débil.

De pronto, Helena se endereza con un gruñido, notando un hilo de saliva en la comisura de los labios. Lo limpia con el dorso de la mano, dándose cuenta de que se había quedado dormida sin querer.

Los ojos de su padre están abiertos, fijos en la mujer. Ha apartado la mano de su pierna. La mujer sigue tumbada. Está más tranquila, pero no despierta.

—Papá —dice Helena, aclarando la garganta—. ¿Funcionó?

Él responde solo con una respiración profunda.

Buddy se levanta y se acerca a la mujer. Le lame la mejilla una vez, luego vuelve junto a Helena.

Al observar más de cerca el rostro de la mujer, Helena nota que algo ha cambiado. Su cara parece más pequeña, su boca entreabierta. Ya no respira.

—Está… está muerta —se oye decir. Es extraño. No conocía a aquella mujer; ni siquiera había hablado con ella, y sin embargo siente una tristeza profunda por su muerte.

Su padre se pasa una mano por el pelo y se levanta.

—¿No pudiste salvarla? —pregunta Helena, alzando la vista hacia él.

—No era mi decisión —responde simplemente, y se encamina hacia la cocina.

Por un instante, Helena siente un fuerte déjà vu ante el comportamiento de su padre. Es exactamente lo que hacía siempre que ella o su madre intentaban hablar con él de algo importante: se cerraba en banda, se marchaba. Empieza a sentirse molesta, incluso enfadada. Quiere decir algo, pedirle explicaciones, exigirle que no vuelva a encerrarse en sí mismo ahora que, por fin, parecen estar reencontrándose.

Pero reprime el impulso de hablar. Se queda sentada un momento, sintiendo la frustración arderle en la garganta.

Escucha a su padre beber ruidosamente del grifo en la cocina, y le irrita aún más que se preocupe por saciar la sed antes que por responderle o honrar a la mujer que acaba de salvarles la vida.

Aun así, no dice nada. De verdad quiere poner de su parte para arreglar su relación, y aunque ahora se sienta dolida, algo dentro de ella le dice que lo maduro es darle espacio. Ha visto a su madre hacerlo muchas veces. Nunca lo entendió; siempre pensó que debería haber insistido en lugar de dejar pasar las cosas. Pero quizá… solo quizá, había sabiduría en guardar silencio.

Su padre vuelve al salón. Se detiene frente al sofá y mira a la mujer.

—Se llamaba Veronica.

Helena parpadea.

—¿La conocías?

—No. La vi una vez. Fue muy breve. Nunca hablamos.

Silencio.

Helena traga saliva.

—Deberíamos… deberíamos avisar a su familia.

—Ya no queda nadie —dice él sin rodeos.

—Ah.

De repente, Helena comprende que su padre no está siendo frío por incomodidad. Lo hace por respeto a la mujer.

—¿Qué… qué vamos a hacer, entonces?

—Voy a enterrarla —Se vuelve hacia ella, y para su sorpresa, Helena ve una lágrima en la comisura de su ojo. A pesar de la pupila medio velada, lo ve más humano que nunca. Instintivamente se levanta y lo abraza con fuerza.

—No te sientas mal —dice en voz baja—. Hiciste lo que pudiste.

Su padre respira con dificultad antes de decir:

—Cuando termine, nos iremos. No es seguro quedarnos.

Helena lo mira y ve cómo la determinación vuelve a su rostro.

—¿Por la trampilla? Lo siento, papá. No pude evitarlo. El alienígena la destruyó…

—Lo sé. Habría pasado de todos modos. Saben de este sitio. Estoy seguro de que es cuestión de tiempo que aparezcan más.

Helena frunce el ceño.

—Dijiste que sabían de mí por Alan. Él sabía que trabajaba en BESTSELLER. ¿También sabía de esta casa?

—No lo creo. Siempre me facturaba a la dirección falsa. No sé, quizá tengan otra forma de encontrarme. En realidad, ahora no importa.

Helena asiente hacia el camino de entrada.

—¿Sabías quién era el tipo de fuera?

—Creo saberlo. Creo que escuché su voz una vez. Dijo algo sobre sentirse poderoso. Luego me olvidé de él. Fue un error —Inhala hondo y mira alrededor del salón—. Tantos recuerdos. Pensé que envejecería aquí.

Sabe que habla de su madre. Entiende que marcharse de este lugar sería como perderla aún más. Quiere decir algo que le devuelva esperanza.

—Quizá podamos volver algún día. Cuando todo esto acabe.

Él la observa sorprendido.

—¿Crees que habrá un final feliz?

Otra oleada de déjà vu la golpea, tan fuerte que por un instante vuelve a la habitación del hospital donde su madre murió.

«Tengo mucho miedo, mamá —le había dicho, entre lágrimas—. ¿Y si esto no acaba bien?»

Su madre le había sonreído por última vez y le dijo...

—Siempre hay un final feliz, papá. Solo es cuestión de cuánto tengas que pasar antes.

Él la mira, percibiendo que esas palabras vienen de otro lugar. Luego sonríe.

—Espero que tengas razón.

Su expresión se torna seria de nuevo, y guardan silencio otro momento.

Helena no puede evitar preguntar:

—Entonces… ¿a dónde iremos ahora, papá?

—Sinceramente, no lo sé —Se vuelve hacia la ventana que da al bosque—. Pero antes de ir a algún lado, tengo que volver allí. Me está llamando.

Esa última frase la murmura casi para sí mismo.

A Helena no le gusta nada la idea de que su padre se adentre solo en el bosque para buscar esa cosa maligna que lo empezó todo.

—¿Estás seguro de que es buena idea? ¿Y si es peligroso?

—No puede hacerme nada que no haya intentado ya.

—Pero… ¿y si es una trampa? Si saben lo que sabes, quizá haya, no sé, veinte de ellos esperándote ahí.

Su padre guarda silencio unos segundos. Buddy deja escapar un leve gemido, como si tampoco aprobara la idea.

Finalmente, él dice:

—Podría ser una trampa. Pero también hay algo más ahí fuera. Algo que ellos no quieren que yo descubra —La mira, con las pupilas brillando de aquella vieja obstinación que ella conoce tan bien—. Por eso tengo que hacerlo.

***

Quiero decir unas palabras sobre el personaje que ha muerto en este libro: Veronica.

La adoraba. Me resultaba muy fácil escribir sobre ella. Sentía una conexión especial. Posiblemente porque está inspirada en una querida amiga mía, también aficionada a correr y que, casualmente, también ha tenido cáncer recientemente.

Supe en el momento en que Tim la vio en el bosque, allá por los primeros capítulos del Libro 1, que sería importante para la historia. Supe que tenía que narrar algunos capítulos desde su punto de vista. También supe que venía con una fecha de caducidad, que no estaría para siempre. Aun así, deseaba de verdad que llegara al final de la serie. Imaginaba a Tim y a ella formando equipo contra los alienígenas: él con sus habilidades sobrehumanas y ella inmune a la infección; parecían la pareja perfecta. Incluso los veía enamorándose. Creo que habrían hecho una gran pareja.

Y cuando comprendí que sería ella quien acabaría salvando la vida de Tim, deseé con todas mis fuerzas que él la salvara a ella a su vez. Sabía que podía hacerlo. Y sabía que ella lo merecía. Cuando un personaje ha sufrido tanto, la elección obvia sería dejarlo sobrevivir pese a todo.

Pero no sentí que fuera mi decisión. Al igual que Tim, tuve que dejar que ella eligiera. Y supe que ya había tomado su decisión. Había cumplido su propósito, como ella misma lo habría dicho.

Me entristeció, pero tuve que respetarla.

Por Nica.

***

Si quieres descubrir cómo empezó todo, puedes leer la precuela gratuita *Blackout*, disponible solo en

nick-clausen.com/gratis

-

O, si prefieres continuar, puedes conseguir el Libro 3 en

nick-clausen.com/invasores3